Fray Mocho

Revista Semanal



Nº. 853

Homenaje a la República Oriental del Uruguay, en el 103 aniversario de su Independencia

El martillero José María Santos, ha realizado en el Uruguay operaciones de venta por valor de veinte millones de pesos moneda argentina, en dos ejercicios económicos





D. José Ma. Santos es una firma que tiene la trascendencia de una empresa cuya magnitud ha alquirido carácter fundamental en las actividades generales y el progreso del Uruguay. El imperio de su voluntad, de su constancia, de su proba inteligencia, de su infatigable energía moral ha logrado el afianzamiento de esta obra, que por su vasto alcance irradia a todo el país, y aún al extranjero, prodigándose en incalculables beneficios comunes.

D. José Ma. Santos representa el triunfo del esfuerzo propio. Su casa de remates, que funciona con amplias y cómodas oficinas, en Montevideo, calle Misiones No. 1464, *fué elaborada con la dedicación honrada de toda su vida. Pertenece D. José Ma. Santos a la falange de los héroes de la paz y el trabajo, lucha en la cual se cae siempre gloriosamente pero en la que resulta difícil ceñir el lauro de la victoria. Lentamente, más con la firmeza que es prueba de íntima, de profunda convicción. D. José Ma. Santos levantó de la humildad de su patente de rematador este emporio de actividad que día a día abarca un perímetro mayor de acción y centraliza en él la labor de numerosos brazos y cerebros. Temperamento dinámico, su obra debía necesariamente regirse con la misma pulsación febríl. Allí convergen centenares de operaciones económicas y financieras que se resuelven en pocas horas, para ser sucedidas de otras nuevas, y luego de otras, en una rotación que no tiene fin. Punto cabal de todo, es D. José Ma. Santos. No hay cuestión por modesta que sea que escape a su inteligente control. Asunto confiado a sus manos, no se resuelve sino por ellas. Porque un sano concepto funcional y el interés superior del público constituyen su primera preocupación, hasta el punto de haber impuesto naturalmente la jerarquía que es fundamento de toda institución de orden, fuerza y confianza. He ahí, acaso, la clave del éxito de D. José Ma. Santos y del prestigio formidable de su casa. Todavía hoy, en la seguridad que dé la plenitud de una empresa, D. José Ma. Santos aparece con ejemplar puntualidad y creciente energía a la cabeza del considerable y meritorio personal que le secunda. Alto y noble testimonio de patriotismo, que demuestra cómo el trabajo es la más bella cualidad del espíritu humano y la contribución más pujante, el desarrolló y la prosperidad de una nación. ¡Qué hidalguía, también, esta que trasciende la vida de D. José Ma. Santos! Siempre se ha sentido honrado en el ejercicio de su profesión, como para demostrar que bien merece la admiración y el reconocimiento de sus conciudadanos quien a tan elevado rango supo llevar la dignidad del esfuerzo. Por eso su casa es una institución del Uruguay, y su rótulo es una garantía dentro y fuera del país. Basta señalar una referencia, que es difinitiva: D. José Ma. Santos cuenta para sus remates u operaciones diversas de Bolsa con la confianza total del Banco de la República, Banco Hipotecario, Banco de Londres y América del Sur, Banco Italiano del Uruguay, Banco de Cobranzas, Locaciones y Anticipos, Banco Popular del Uruguay, Banco Mercantil del Río de La Plata, Banco Territorial de Uruguay y otras importantísimas entidades. Ciertamente no se consigue una situación de crédito cino mediante pruebas excepcionales de prosperidad como las que apuntamos a continuación:*

La Casa de D. José Ma. Santos arroja, en efecto, los siguientes ejercicios: 1926- 1927, 79 *operaciones con un total de $ oro* 4.101.291.01 1927-1928, 114 *operaciones, con un total de $* 5.083.-488.70 *oro. El total general es de $* 22.043.471, *m|n. y, según se observa, entre uno y otro ejercicio hay un notable aumento de operaciones. Así pudo D. José Ma. Santos imponer su casa a la consideración de toda la banca nacional y extranjera. Designado rematador oficial de diversas entidades, ello es otro título que prestigia su rública, prestándole, como decíamos, la trascendencia de una empresa fundamental; columna de firme consistencia que sostiene por la virtud del trabajo el edificio nacional bajo el cual late el bizarro pueblo uruguayo.*



El martillero José María Santos, en su despacho de la calle Misiones 1461, en Montevideo.



Una elocuente demostración de la importancia e interés público que adquieren los remates efectuados por el martillero José María Santos

FRAY MOCHO

Fundado el 3 de Mayo de 1912 — Dirección, Redacción y Administración: CERRITO 607

Año XVII — Buenos Aires, agosto 28 de 1928 — N.º 853



En la epopeya gaucha de los Treinta y Tres Orientales

La patriada uruguaya, rememoramos. Para sentirla hondo, como vibración de guitarra entre los dedos del gauchaje, nos ponemos al lado del recuerdo; vivaz que resplandece al través de los tiempos y restaura el abrazo de fe, de coraje y sacrificio de nuestros mayores. Desde la cruz erigida por Zabala en el Cerro histórico, pasando por las incursiones sangrientas de los "bandeirantes" y los mamelucos, hasta la subversión heroica de Artigas y Rivera, la silenciosa conjuración libertadora del Puerto de las Vacas, la Proclamación de La Florida y los embates definitivos de, Sarandí e Ituzaingó, Uruguay ha sido siempre nuestro compañero de historia. Un común derrotero ha guiado nuestros pasos, y el mismo destino nos augura la actual indestructible fidelidad de sentimientos. Pueblos nacidos a un idéntico conjuro de independencia y trasfundidos, además, por la similitud de espíritu, la igualdad de orígenes, la analogía democrática de modalidades e instituciones, justo era que alcanzáramos el grado de amistad fervorosa que nos une. Desde una a otra orilla del Plata no se verán pues sinó testimonios fraternales, que fortifiquen, si cabe aún, una tradición de gloria común; y en los que está visible un alto ejemplo de inteligencia internacional, que seguramente no ha de pasar desapercibido a los ojos del mundo. La Argentina y Uruguay son, en efecto, una entidad homogénea, no obstante las naturales disposiciones geográficas y legales y la lógica órbita de libertad en que debe girar cada potencia. La Argentina y Uruguay han sabido demostrar en la historia cómo del recíproco respeto, del conocimiento mutuo de las naciones, del equilibrio de intereses económicos y sociales surgen espontáneamente la paz y la cordialidad intensa en que ha de basarse el futuro de la civilización.

¿De dónde proviene todo este legado, que custodiamos como la más preciosa dote? Hemos referido ya a la patriada uruguaya, a la epopeya gaucha de los Treinta y Tres Orientales.

D. Juan Antonio Lavalleja! Y una voz parece gritar "presente", desde el fondo del tiempo. Era un núcleo de emigrados. A nuestra orilla los vimos llegar cuando las falanges lusitanas de los Braganza rompieron las columnas de Artigas y el caudillo de la patria guardó en el exilio su esperanza libertadora. Compartieron nuestros afanes y nuestra obra, y también hallaron junto a nosotros la oportuna palabra de entusiasmo.

Otro día, partieron. Fué el 10 de Abril de 1825 Volvían a la patria, a convocarla para la jornada tantos años esperada. Bajo una luna clara, la misma luna clara e inmóvil que había presidido las horas de la esclavitud, como preside hoy las horas de la libertad plena y del progreso, D. Juan Antonio Lavalleja juramentó a sus compañeros de armas.

Treinta y tres hombres, nada más. Y querían conquistar la Independencia de un pueblo! Pero este pueblo era uruguayo, y uruguayo eran ellos, y así la jornada estaba ganada de antemano. El llamamiento repercutió en el alma gaucha. Los treinta y tres orientales avanzaron, abriendo camino en los corazones. Los treinta y tres orientales entraron cantando en la historia, seguidos en masa del gauchaje, que montó en pelo los baguales, hizo lanzas de sus facones y afinó en sus guitarras la décima de la Independencia. Los treinta y tres orientales eran entonces una columna, sumaban cientos, formaban una verdadera legión; pronto serían más, muchos más; y, ahora, miles, millones, una Nación soberana y admirable integra aquel puñadito de patriotas del 10 de Abril de 1825.

Uruguay acababa de abrirse espacio en el mundo, y de inscribir su nombre en la historia de las naciones libres. La proclamación de La Florida, ratificada con la suerte de las armas en Sarandí, el 12 de Octubre de 1825 fué la segunda etapa de una campaña cuyos rasgos de ferocidad, de bravura, de sacrificio, evoca la gesta de los aedas seculares. Página hermosa, a la cual estamos vinculados por el pacto de sangre de Ituzaingó, halló en el poeta épico la estrofa consagratoria y será eternamente un símbolo de lo que puede el espíritu al servicio de una causa noble.

La epopeya gaucha de los Treinta y Tres Orientales! Una crónica de las guerras antiguas relata un episodio glorioso: para cruzar un río los soldados de la vanguardia se tendieron, entrelazándose y formando el puente sobre el cual debía pasar el grueso del ejército. Bajo la metralla enemiga, los soldados perecían, todos; pero la muerte, al crispar sus miembros, hizo más fuerte el puente salvador. El grueso del ejército pasó, mientras el puente de organizantes cantaba el himno patriota. Pues, bien: nosotros sabemos que la epopeya gaucha de los Treinta y Tres Orientales superó en espíritu al sacrificio de los soldados tendidos en puente sobre el río. El camino que los condujo a la victoria, pudo conducirlos al dolor de la derrota, que ellos hubieran afrontado también con el himno de la libertad en los labios. Decididos, echando la vida al azar de la aventura, aquel núcleo de valientes dió su aliento romántico y bizarro al pueblo hermano, que con igual denuedo luchó en lo futuro para alcanzar el nivel de organización, de cultura y prosperidad en que le sorprende la rememoración histórica.

Unámonos, pues, a la fiesta del Uruguay. Por la fe argentina que acompañó a los Treinta y Tres Orientales en su hazañosa empresa; por el tributo de sangre nuestra en Ituzaingó; por el cariño nunca desmentido que fundó la comunidad de los pueblos del Río de la Plata.

EL PAPAGAYO

Por Guillermo Apollinaire

La nave holandesa "Alkmaar" regresaba de Java con un cargamento de especias y de otras materias preciosas. Hizo escala en Southampton, y los tripulantes tuvieron permiso para bajar a tierra.

Uno de ellos, Enrique Versteeg, tenía consigo una mona que llevaba en el hombro derecho, un papagayo apoyado en el hombro izquierdo, y, anudada en la cintura, una pieza de tejido indiano que pensaba vender, en la ciudad, junto con los dos animalitos tan exóticos como interesantes.

La Primavera había apenas comenzado y obscurecía pronto. Enrique Versteeg marchaba a buen paso por la calle un poco nebulosa que los fanales de gas no alcanzaban a iluminar. El marinero pensaba en su próximo regreso a Amsterdam, en su madre, que no veía hacía tres años, y en su prometida que lo esperaba en Monikendam. Hacía cálculos sobre el dinero que obtendría de los animalejos y de la tela, y buscaba con los ojos un negocio donde vender sus exóticas mercancías. En Above Bar Street un señor muy bien vestido lo detuvo, preguntándole si buscaba un comprador para su papagayo.

—Desearía comprar ese pájaro – le dijo. — Vivo solo y necesito de alguien que me hable, sin verme en la obligación de responderle.

Como la mayor parte de los marineros holandeses, Enrique Versteeg hablaba inglés. Pidió un precio que el desconocido halló conveniente.

—Sígame — dijo. — Vivo muy lejos. Usted mismo pondrá el papagayo en una jaula que tengo en mi casa y me mostrará sus telas; puede ser que me agraden.

Contento de su buena suerte, Enrique Versteeg siguió al caballero, y, durante el trayecto, le hizo los elogios de la mona, con la esperanza de vendérsela también.

Era — decía — de una raza muy rara, de las que mejor resisten al clima de Inglaterra y que se encariñan con sus patrones.

Pero, después de un rato, el marinero cesó de hablar. Echaba sus palabras al viento, ya que el desconocido no le respondía y ni siquiera parecía escucharle. Continuaron caminando en silencio, uno al lado del otro. Sólo la mona, añorando las florestas del trópico donde había nacido, emitía de cuando en cuando un pequeño grito semejante al vagido de un niño recién nacido. El papagayo agitaba las alas.

Después de una hora de marcha, el desconocido dijo bruscamente:

—Ya nos acercamos.

Estaban fuera de la ciudad. La calle hallábase franqueada de grandes parques rodeados de verja; de cuando en cuando, a través de los árboles, brillaban las ventanas iluminadas de alguna casita de campaña; oíase a ratos, en la lejanía del mar, el grito siniestro de alguna sirena.

El desconocido se detuvo ante un cancel, sacó de su bolsillo un mazo de llaves y abrió la puerta, que volvió a cerrar después que Enrique hubo entrado.

El marinero estaba impresionado. Parecióle percibir, en el fondo del jardín, una elegante "villa", pero sus persianas cerradas no dejaban pasar ni siquiera un hilo de luz.

El desconocido silencioso, la casa sin vida, todo era muy lúgubre. Pero Enrique recordó que el desconocido vivía solo.

"Es un hombre original", pensó.

Y como un marinero holandés no era lo bastante rico como para inducir a nadie a una emboscada con objeto de robarlo, se avergonzó de su primer momento de ansiedad.

* * *

—Si tiene usted fósforos, enciéndalos — dijo el desconocido, introduciendo la llave en la cerradura de la puerta de la "villa".

El marinero obedeció y, cuando estuvieron adentro, el desconocido encendió una lámpara que iluminó un salón amueblado con gusto.

Enrique Versteeg se tranquilizó completamente. Ya acariciaba la esperanza de que su extraño compañero le comprase también la tela.

El desconocido, que había salido de la sala, volvió trayendo una jaula.

—Meta aquí su papagayo — dijo. —Cuando esté domesticado y sepa decir lo que yo quiero, lo pondré en su pie.

Después de haber cerrado la jaula rogó al marinero que tomara la lámpara y pasara a la habitación contigua, donde había una mesa cómoda para tender la tela.

Enrique Versteeg pasó a la habitación indicada. Inmediatamente, la puerta cerróse tras de él y la llave giró en la cerradura. Estaba prisionero.

Quedó atónito; luego dejó la lámpara sobre la mesa e hizo por arrojarse contra la puerta para desfondarla, presa de desesperación.

Pero una voz lo detuvo:

—¡Si da un paso más, es usted muerto, marinero!

Alzando la cabeza, Enrique percibió una abertura desde la cual el desconocido lo amenazaba con un revólver. Aterrorizado, se detuvo.

Era inútil luchar: su cuchillo no podía serle útil en ese trance: ni siquiera un revólver le hubiese servido para nada.

El desconocido que lo tenía en su poder se ocultaba tras el muro y a un lado de la abertura, a través de la cual lo vigilaba y pasaba la mano que empuñaba el revólver.

—Escúcheme — dijo — y obedézcame. El servicio forzado que usted deberá hacerme será recompensado. Por otra parte, no tiene usted medio de salida. Debe obedecerme o lo mataré como a un perro. Abra el cajón de la mesa. Encontrará un revólver de seis tiros, cargado con cinco cartuchos. Tómelo.

El marinero holandés obedeció casi inconscientemente. La mona, sobre el hombro, gritaba de terror y temblaba. El desconocido prosiguió:

En el fondo de la habitación hay una cortina. Córrala.

Enrique hizo lo que le había sido ordenado. En un dormitorio sobre el lecho con las manos y los pies ligados, yacía una mujer que lo miró con ojos llenos de dolor y de pánico.

—Suelte las ligaduras de esa mujer — dijo el desconocido — y sáquele la mordaza.

La orden fué ejecutada, y la mujer que era joven y bellísima, dejóse caer de rodillas al lado de la abertura, gritando:

—¡Harry, es una trampa infame! ¡Me has traído a esta "villa" para asesinarme! Me dijiste que la habías alquilado para pasar en ella los primeros meses de nuestra reconciliación. Yo creía haberte convencido... Pensaba que por fin habías comprendido que nunca fuí culpable... ¡Harry, Harry, soy inocente!

—No te creo — dijo con voz seca el desconocido.

—¡Harry, son inocente! — repitió la joven, sin fuerzas.

—Si estas son tus últimas palabras, las recordaré con cuidado. Ellas me serán repetidas por toda la vida.

Y la voz del desconocido tembló un poco; pero, tornándose en seguida firme, prosiguió:

—Te amo aún; si te amase menos, te mataría con mis propias manos. Pero esto es imposible, porque te amo... Y ahora, marinero, si antes de que haya contado hasta diez no ha tirado usted a la cabeza de esa mujer, caerá muerto a sus pies. Uno, dos, tres...

Antes de que el desconocido tuviese tiempo de contar hasta cuatro, Enrique, enloquecido, disparó sobre la mujer que, siempre arrodillada, lo miraba fijamente. La joven cayó en el rostro contra el suelo. La bala la había herido en la frente. Inmediatamente otro disparo, partido de la abertura, hirió al marinero en la sien derecha. Enrique cayó contra la mesa, mientras la mona, profiriendo agudos chillidos de espanto, se ocultaba en su chaqueta.

* * *

Al día siguiente, algunos transeuntes oyeron extraños gritos que partían de una villa de las afueras de Southampton, y avisaron a la policía. Esta derrumbó las puertas y entró.

Fueron hallados los cadáveres de la joven y del marinero.

La mona, saliendo bruscamente de entre la blusa de su patrón, saltó a los ojos de un policía. El miedo de los presentes fué tal que dando un paso atrás, uno de ellos mató a tiros al animalito antes de animarse a seguir adelante.

La justicia indagó. Apareció evidente que el marinero había matado a la dama y luego se había suicidado. No obstante las circunstancias del drama estaban rodeadas de misterio. Los cadáveres fueron identificados fácilmente, y todos se preguntaron como lady Fingal, esposa de un par de Inglaterra había podido encontrarse sola, en una aislada casa de campo, con un marinero llegado la víspera a Southampton.

El propietario de la "villa" no pudo dar ninguna explicación que ayudase a la justicia.

La "villa" había sido alquilada ocho días antes, por un tal Collins, de Mánchester, que no pudo ser hallado. Este señor llevaba anteojos y tenía una larga barba roja que bien podía ser postiza.

Lord Finngal llegó de Londres a toda prisa. Adoraba a su esposa. Su dolor fué desgarrador.

Como todos, no comprendió nada. Después de estos sucesos abandonó la vida mundana. Retiróse a su casa de Kensington, sin otra compañía que la de un doméstico mudo y un papagayo que repetía sin cesar:

—¡Harry, soy inocente!

EL GOLPE

Todo golpe es fecundo: el de la azada
hace a la flor resucitar del suelo;
el del cincel traslada del modelo
la línea por el mármol indicada.

Triunfan en la lid reñida, el de la espada;
el del llanto en la tierra, dá consuelo,
el de la gota que desprende el cielo
deja la verde espiga elaborada.

Labran los de las fábricas grandiosas,
forjan los de figuras luminosas
cuando en los yunques el martillo bate;

y al entablar la lucha con la vida,
es el alma por los golpes combatida,
la más dura y mejor para el combate!

Salvador RUEDA

SOR TERESA

Por la Condesa de Castellá

Dieron las seis; una dama gentilísima bajó de balsonado coche, y empujando una verja entornada cruzó el minúsculo jardincillo que sirve de atrío a la iglesia del Salvador; por una puerta lateral penetró en la portería del convento, sucediendo entonces, a la cruda luz diurna y al bochorno callejero, el bienestar de las húmedas tinieblas. Ante las ventanas apersianadas y altas flotaban cortinas de blanco lienzo, y filtrábase una claridad lechosa que favorecía la fresca penumbra del piadoso recinto; las sombras indecisas jugueteaban sobre el muro, y deslizándose al pavimento de madera acusaban su impecable limpieza, como la de los bancos que se alineaban contra un zócalo pintado en la pared.

Los pasos discretos de la dama turbaron apenas el augusto silencio; sin embargo, apareció un hombre de mediana edad y estatura, regordete, sonriente, pulcramente trajeado de negro, el cual al ver a la recién llegada, acercósele muy solícito.

—¿La señora Marquesa por aquí? ¡Cuánto se alegrarán las Hermanas!...

—Tanto como yo, Benigno... pero esta tarde solo veré a Sor Teresa.

—El caso es que por la festividad hay completas solemnes y debe cantar la Hermana; pero si V. E., no tiene prisa, pase al último locutorio para esperarse.

Asintió la señora, y el mandadero descolgó un manojo de llaves, y precediéndola por callados locutorios, la dejó instalada en el más amplio y retirado. Con respetuoso saludo cerró tras sí la puerta, y quedó sola la Marquesa de Aldamar.

. . . .

Cuando Mariana se vió al abrigo de importunos, sentóse a sus anchas en el sitial de cuero claveteado, y, tendiendo la mirada en torno suyo, detalló la estancia conventual...

A un lado cruzábase el hierro de la reja con infinitos huecos, simétricos, como los de un panal de abejas místicas, que cerraban por dentro ligeros bastidores de madera y sarga; enfrente estaba la ventana, donde solo aparecían las copas de los árboles, y destacándose de las paredes sin mácula veíase algún cuadro religioso, no exento de mérito, que alternaba con versículos del salmista y palabras de los santos, impresos en grandes cartelones.

Todo estaba igual que hacía veinte años, cuando en una tarde maravillosa de junio entró en clausura la pequeña Mariana de Langreo. En manos de la comunidad quedó la huerfanita, como precioso depósito de los abuelos, que la llevaron a Madrid para educarla; cesando al mismo tiempo la vida fácil que llevaba la niña en un caserón solariego y provinciano que rodeaban extensos bosques, lindados con un arcaico población.

¡Qué tesoro de cariño derrocharon religiosas y educandas para hacerle llevadera la orfandad prematura, que aun para los ricos tiene crueles abandonos... Sor Teresa, especialmente, fué su madre. Era la monja Aznar hija de un duque poderoso y palaciego; había tomado el hábito después de llorar amargamente su temprana viudez, y el claustro la había acogido y consolado sin malograr sus dotes de inteligencia y de corazón, ni amenguar sus instintos de mujer fina y sus altiveces de gran señora.

Con mil desvelos cuidó a Mariana; la vigilaba y atendía, formando su espíritu conforme al ideal nobilísimo del suyo; como en vergel escogido iba sembrando la flor de las virtudes y arrancando la cizaña de los defectos, al par que inculcaba en la tierna almita un ardiente amor al bien, como la afición al estudio y al trabajo, que, con la elevada idea de su dignidad de mujer y por su condición y aristócrata. "Le permitiría ser más tarde ejemplo, columna y hasta el *apóstol* de la alta sociedad"...

Al llegar a este punto de su soliloquio mental, Mariana suspiró profundamente, y, apoyando la graciosa cabeza en el respaldo del sillón, cerró los ojos...

En oleadas pasaron los recuerdos por su mente, trayendo sus horas apacibles de sus años de colegiala. Vió el refectorio limpísimo, por cuyas ventanas penetraban las enredaderas del jardín, llenos de flores y cantos de ruiseñor; allí las violetas perfumaban el aire, y Mariana sabía donde buscarlas, haciendo con ellas un ramito que, atado a los pies del crucifijo, guardaba cuidadosa en los pliegues de su corpiño de anascote.

Luego venía la espaciosa sala de trabajo, donde bordaban escuchando de la lectura de los grandes místicos; la predicación y penitencia que llenan las vidas del santoral romano; y al ver brotar bajo su aguja una flora multicolor, en los albos damascos, volaba su idea por entre coros de vírgenes, cuya pureza remedaba la blancura de los fondos; el martirio y trasverberaciones de maceradas carnes, que fingía el color atormentado de las sedas, y los reflejos del oro deslumbrante se le antojaban nimbos...

Recordaba el coro, que trascendía a mirra y cedro, el rezo en los sitiales de nogal escultórico, las ricas lámparas y una raja severa, asomándose a una iglesia policroma, donde el culto tenía esplendores de catedral en miniatura y los ornamentos y alhajas fueron don regio...

Así vivió Mariana aquella vida endiosada y espiritual; feliz en su misticismo; absorta en devota aspiración y tan olvidada del mundo, que hizo temer a sus deudos una vocación religiosa definitiva. ¡Pero un día salió del convento! Sor Teresa, más pálida que de ordinario, le anunciaba urgente visita; cogidas de la mano atravesaron el claustro con los cuadros familiares con la historia del profeta Daniel; la escalera, que adornaban colosales lienzos de los Santos Padres fundadores y de Jesús Nazareno... Cerca de la puerta de clausura sonó el "Angelus". "Recemos por última vez". Mariana se arrodilló llorando: había comprendido; la arrancaban a su amado retiro para siempre...

¿Qué fué la vuelta a la casa paterna y a los años de vida elegante, al lado de una abuela indulgente que rodeaban amigos frívolos?, ¡humo nada más!

...Más tarde, su boda con el opulento Aldemar causaba la envidia de la gente... pero los secretos dolores de su matrimonio, la inferioridad moral del esposo...

. . . .

Aquí las ideas comenzaron a embrollarse; se acentuaba su melancolía y la dama sintió invasora laxitud... Un moscón entró de la calle, y revoloteando rozó la frente de la joven, que no se movió siquiera; pero sus zumbidos sonáronle a Mariana como hervor de resaca y bramar de furioso oleaje...: Luego creyó ver dos niñas que reían y lloraban, subidas a una roca... Cuando, alarmada, quiso tomarlas en sus brazos maternales, el mar se interpuso.

* * *

—¡"Dios sea bendito!" ¿Eres tú, hija mía?

La marquesa abrió los ojos y se levantó de un salto.

Detrás de la reja, en la luz crepuscular del locutorio, estaba en pie Sor Teresa; de las negruras del hábito se destacaban las blancas tocas, la cruz de plata y el rostro, como las bellas manos marfileñas que le daban una edad incierta, aunque frisaba en los sesenta años.

—Sí... soy yo — decía Mariana, vuelta en sí y besando la diestra que le tendía la religiosa. Yo, que vengo a que me aconseje Vuestra Caridad.

—El caso es... que no te esperaba... y debiste aguardar mucho rato—prosigue la hermana, sentándose y sin parecer prestar atención a las últimas palabras de la joven. ¿Tú por aquí? ¡en agosto!... ¿Y tu casa de San Sebastián?

—De ella vengo. Acabo de llegar con las niñas, pero dejando allí a

Manolo, — porque... no podía quedarme más tiempo...

Sor Teresa levantó los ojos y lanzó a Mariana una mirada penetrante, en la que se leía inquietud y sorpresa.

—Mariana, — dijo, — es preciso que te dejes de reticencias y circunloquios conmigo, que de sobra veo el estado de tu ánimo; además, si no me engaña la vista, estás pálida y ojerosa; llevas aun el traje de viaje; nunca te vi tan turbada, aunque en los días malos siempre viniste a buscar a Sor Teresa...

—Es que necesitaba...

—No te reprocho, niña, al contrario; yo sé que mis palabras y actos tienen responsabilidad para "Nuestra Santa Casa", — y tú sabes que pertenezco en cuerpo y alma a "Nuestra Orden", — y por ello difícilmente me aventuro a ser consejera en casos arduos y prácticos de la vida, pero en el tuyo es deber de conciencia. Perdiste a tus padres en edad muy temprana, y al confiarte a mi cargo quise ser madre para ti... (Pausa). Pero las madres espirituales podemos muy poco, si no es para el efecto y la oración...

Un sollozo de la marquesita cortó la palabra a la monja, y entre un diluvio de lágrimas, las palabras salieron en tropel. "Manolo estaba *resuelto* a pedir el divorcio; ¡a quitarle a sus hijas!, y lo que era más triste... ¡con razón!

Y en la calma del locutorio, que teñía de rosa marchito un crepúsculo glorioso, oyó la religiosa una extraña confesión.

..."Era verdad que *ella*, la virtuosa Marquesa de Aldemar, sorda a las tentaciones y mundana adoración, había salido de su casa una noche con el pretexto de ir a la alquería valenciana, y acompañada de Petra la fiel doncella, — consagró ocho días, los últimos, a un hombre moribundo que la amó con locura... Había sido... un impulso incoercible, una fuerza de sugestión sobrehumana que la arrancara a su miedo, al saber que moría solo y en la miseria el pobre Enrique de Almeda; había llegado al pueblecillo costeño donde agonizaba en una casucha el gran señor, asistido por un criado viejo que no quiso abandonarle...

...Allí... hubo que pasar por la esposa del enfermo... para... no escandalizar a las gentes y que el cura no negase sus auxilios ni pareciera deshonroso el dinero que prodigaba la forastera... para que nadie extrañase el íntimo diálogo que sostuvieron ambos, la última tarde, mientras poníase el sol, coloreando de rojo el mar latino".

. . . .

Sor Teresa había palidecido intensamente, y con los ojos bajos y los labios trémulos escuchaba atenta... Luego cruzó las manos, y con voz que tenía un acento indescifrable preguntó muy despacio:

—Y... ¿nada más?...

—Sí... que llegó Manolo el día que volvíamos los criados y yo de enterrar al pobre Almeda... Le habían dado un soplo... Adivinó la situación y...

—("Reticente"). Y al ver a tu marido, no "supiste" hacer valer tu buena acción, contándole tu aventura, sin avergonzarte. (severa.) Tu escapada fué imprudencia... y temeraria, pero "no es motivo de divorcio", si no has cometido ligereza mayor...

Mariana apeló a todo su valor, y apoyando el encendido rostro en la reja, musitó dolorosa:

—Yo amaba a ese hombre. El lo supo... al morir y colgó de mi cuello un medallón con su retrato; "eso" y la primera y única carta que yo guardaba cayeron a las pocas horas en manos de Manolo. ¡Ahora, ya sabe Vuestra Caridad, "toda" mi desgracia!...

Un silencio absoluto siguió a la revelación; en la sombra creciente cayó el sonido de una campana, y la Marquesa de Aldemar, que esperaba palabras de acerba censura, se oyó decir:

—Mariana... ¡pobre hija mía!...

Sor Teresa, puesta en pie, tendíale ambas manos, y mientras la joven, asombrada, las cubría de lágrimas y besos, habló así:

—De grandes males te ha librado el Señor, a pesar tuyo; no le seas infiel y te sacará con bien de lo demás. Desde ahora... vida nueva... a seguir siendo modelo de madres y esposas... "a olvidar"... recibiendo estas humillaciones como penitencia de un efecto... pecaminoso que la muerte ha purificado. Tocaron ya el "Angelus", y habrá divorcio (Con aplomo), porconsolada. Vamos, serénate; no te quitaran tus hijas (Persuasiva), no habrá divorcio (Con aplomo), porque yo hablaré a tu marido como no puedes tu hacerlo; telegrafíale inmediatamente que se venga. Yo escribo esta noche a Miramar a mi hermano; ya sabes como lo quiere el Rey.. y si es preciso...

—(Vivamente alarmada). — ¡Entonces esto se sabría!...

—Déjame hacer a mí, criatura...

La religiosa empezó a cerrar los bastidores y crujieron los pestillos; cuando solo quedaba abierta una hoja, murmuró:

—Mariana; "¡vade impace!..."

—Adiós... madre mía...

—Adiós, hijita... y musitando): Nadie sabe la hermosura de ese corazón!

. . . .

Minutos después, la dama salía del convento; en el aire tibio y perfumado del anochecer madrileño vibraba la alegría de las campanas al vuelo.

* * *

Febrero. De "La Epoca".

"Ayer regresaron de la Torre "Bermeja, donde han pasado lar-"ga temporada, los marqueses de "Aldemar, presentando en el acto "sus respetos a S. M. el Rey, que "acaba de concederles la Grande-"za de España".

ARTIGAS

La historia americana es pródiga en héroes de enérgico perfil aquilino. Surgidos a la lucha en una época en que la guerra era ya estrategia, técnica pura, aprendida en las escuelas militares antes que en la experiencia cabal de los campos de batalla, sólo aquí, en América, donde todo estaba aún por organizarse, pudo aparecer el héroe espontáneo, el héroe por virtud de su valor más que por pericia.

Generales improvisados, miliciadas ciudadanas, cuarteles que no eran sino campamentos levantados en la tregua de la pelea, tales las fuerzas del ejército que, sin embargo, acorazonado en su patriotismo legendario, llevó a cabo una de las más grandes, la mayor, acaso — de las campañas libertadoras de que haya memoria en el tiempo.

Es en verdad magnífico el panorama de la historia americana. Faltos también de cronistas contemporáneos, recién ahora asoman los episodios y las figuras que dieron relieve a la labor gloriosa de la Independencia de estos pueblos. Y se va extendiendo, entonces, la perspectiva histórica. Alrededor de las imágenes centrales del vasto movimiento, se iluminan los rasgos de otros de iguales proporciones, de idéntica significación por su obra y por la influencia colectiva y en el destino de las nacionalidades. Entre éstas corresponde el primer término a D. José de Artigas, héroe de la libertad del Uruguay, padre de la patria hermana, general improvisado en el curso de sus acciones guerreras, y a quien la justicia le ha llegado tardía, pero, por lo mismo, amplia y definitiva.

D. José de Artigas tenía el cuño del verdadero americano de combate. Hecho a las vicisitudes de la guerrilla; rastreador como nadie del suelo oriental, que conocía como la palma de su mano; espíritu firme, austero y bondadosa; gran dominador de las armas y de la guitarra, su fisonomía acompañaba magníficamente su temperamento. Era fino, nervioso. En sus pómulos salientes, en su mirada profunda, que sabía otear las distancias infinitas, lo mismo que la naturaleza moral del amigo o del enemigo; en su ademán recio, en su alto cuerpo erguido sobre los talones que hacía resonar imperiosamente, D. José de Artigas daba la impresión del hombre llamado a sobresalir en todas las circunstancias. Y así sucedió. El jefe uruguayo capitaneó las montoneras bizarras que se batieron mil veces por la Independencia de la patria. Fué tan celoso de la integridad de los derechos de su pueblo, que igualmente se batió por ello contra propios y extraños. Mucho antes de la proclamación de La Florida y de las sucesivas incidencias históricas, tuvo la clarividencia del destino del Uruguay. Desde las insurgencias de 1813. hasta los desastres gloriosos de la India Muerta y del Estero de Catalán, D. José de Artigas no tuvo otra bandera que la bandera de la Independencia absoluta del Uruguay. Lo recordamos en Tacuarembó, izándose sobre la grupa de su cabalgadura para concentrar las columnas deshechas y heroicas y lanzarlas en un solo frente inexpugnable sobre los "baudeirantes" y los mamelucos lusitanos, cuando — ¡todavía, uruguayos! — quedaba por romper sobre el enemigo la bordona y el poncho compañero.

Nosotros no sabemos, después, de un retiro tan doloroso y sereno como el suyo. La conferencia de Guayaquil reveló la generosidad austera de D. José de San Martín; pero se iba el vencedor de Chacabuco y Maipo con la certidumbre de la realización del destino de la patria. El jefe de las montoneras uruguayas partió, en cambio, bajo el signo de la derrota. La patria sojuzgada debió depararle, sin embargo, la contemplación de su triunfo libertador. Desde el exilio, bajo el sombrío amparo del doctor Francia, un día le fué señalada la vislumbre de la Independencia del Uruguay. El viejo gaucho habrá acariciado en las pupilas el ensueño de su tierra libre, y habrá presentido en las horas de la muerte que la justicia reparadora del tiempo avanzaba terriblemente para inscribir su nombre en el panteón de los hombres ilustres. D. José de Artigas ha sido reivindicado ya ante la posteridad. Figura ejemplar, noble, dotada de caracteres que la historia ha recogido en páginas auténticas para substraerlas al olvido en que se hallaba, el héroe nacional del Uruguay es, en esencia, el héroe típico de América. Típico al modo de Güemes, de Lamadrid, de Las Heras: general tallado en el fragor de las guerrillas, gaucho valiente y generoso, obrero infatigable de la libertad y de la justicia de los pueblos.

Padre, he ahí a tu hijo

Por Rada Jaconis.

Sentíase toda transmutada en alegría que irrumpía de su pecho con ímpetu a la vez dulce y salvaje. El martirio, la tortura, la angustia de su ser se desvanecían como una sombra ante los luminosos ojos negros de su hijito.

Se lo habían traído envuelto en todas aquellas cosas queridas que tantas veces acariciara con la mano, a la espera del fausto advenimiento de esa criatura de sus sueños y de su carne. Y esa mano era ahora más suave, más tierna, más incorpórea, al posarse en la diáfana frente del niño y en sus mejillas pálidas.

A la mujer que había entrado con el niño para mostrárselo le dijo:

—Acérquemelo. Aquí... Aquí... Que sienta su carita en mi sien.

¡Ah! ¡Era algo tan ténue, tan suave, que parecía irreal! Y Susana giró un poco más la cabeza para beber el aliento casi imperceptible de aquellos labios pequeñitos y rosados.

Luego, con voz moribunda de gozo, murmuró:

—¡Hijito mío!

Nada, nada había en su cerebro más que ese inmenso amor, que ese espacio infinito de ternura, y el deseo de poder abandonar el lecho para merecer a su hijo, para mimarlo, para llamarlo con los mil diminutivos creados por su fantasía en esos meses de espera. Le parecía tener en el corazón un único haz en que todos los júbilos de la vida, prietos y encendidos, iluminaban su existencia con una exaltación sin nubes, con la única exaltación que no sabía de amarguras ni de decepciones.

Y la pequeña criatura, inmóvil su sueño inconsciente, alimentaba aquella luz con los casi imperceptibles latidos de su corazón.

Era una luz suave y al mismo tiempo vívida que le penetraba en el pecho colmándola de una infinita dulzura sensación hasta entonces desconocida por ella.

Madre e hijo, silenciosos entablaban un diálogo supremo en que sus almas connigaban sin necesidad de palabra:

—¿Quién eres, grano de gloria?

—Soy tu hijo.

—Mi hijo, sí. La luz que ilumina sin ofuscar. El lazo que ciñe sin lastimar. Y yo, ¿quién soy?

—Tú eres mi madre. La boca que al besarme se purifica. La mano que al acariciarme se torna santa.

Nunca, nunca en su pecho había temblado tal júbilo sin sombras.

Niña inexperta y cándida, aceptó, en un momento de tristeza y de zozobra, el afecto y la estima de un hombre. Su soledad poblada de fantasmas, habíase serenado por la magia de una voz dulcísima que le susurraba al oído: "Te amo, Susana"...

Y ella, mirando los ojos del hombre que la amaba, pensó: "Yo también te amo".

Pero la dicha soñada llegó recubierta de espinas, enferma de pasión, atormentada de dudas, agria de desencantos. Aquel hombre incomprensible, aquel hombre a veces demudado de amor y otras gélido de indiferencia, era un enigma doloroso e impenetrable. Y la pobre Susana no se hubiera atrevido a afirmar que era amada de verdad, como ella hubiera deseado serlo: sin inquietudes, sin sobresaltos, sin arranques, con la serena placidez de las tardes de estío.

Ella, sencilla y cándida. El, complejo y torturado: Y la vida en común fué entonces un padecimiento incesante, un lento y angustioso morir.

Y, para no morir, Susana deseó un hijo. Un hijo que suscitase en los ojos del esposo toda la ternura que lo sustrajese a aquel amor desgarrado y contradictorio, un hijo que lo transformase y le devolviese la alegría de sus veinte años.

Cuando sintió agitarse en su ser el nuevo germen de vida, dijo al esposo:

—Alfredo: voy a ser madre.

Y tomándolo de la mano como a un niño, llevólo junto a la ventana para murmurarle casi al oído:

—Nunca supiste comprender cuánto te quiero. Tal vez porque no he sabido expresarte con palabras el torbellino que se agita en mi pecho. Hoy, sin embargo, quisiera que me comprendieses. No por mí, sino para que pienses en la magnitud de lo que pronto habrá de suceder. Nada te pido. Todo te doy. Todo: hasta este hijo que en vano habías esperado desde nuestro casamiento.

Temblaba. Estaba pálida. Alfredo, conmovido, la estrechó entre sus brazos.

La gravidez de la esposa, el respeto a la maternidad inminente, endulzó las maneras de aquel hombre. Pero en el fondo de sus actos subsistía la reserva, la desconfianza, la duda que lo caracterizaban. Hubiérase dicho que temía despertar a la luz de la hermosa verdad... Y aguardaba, aguardaba en silencio, como si un grito suyo o una palabra hubiesen podido detener la realización del milagro.

Muchas noches, cuando Alfredo se marchaba para regresar muy tarde, Susana se sentía desfallecer agobiada bajo el peso de una opaca tristeza.

Adoraba a aquel hijo futuro, y le dolía ver a su Alfredo encaminarse indiferente hacia extraños y misteriosos senderos de perdición cuya existencia ella no conocía claramente, aunque sospechándola merced a su intuición de esposa.

La ternura por el hijo suavizaba el rencor que podía palpitar en su alma contra el marido. Y hubiera querido que Alfredo lo comprendiese así, que Alfredo no rehuyese sus miradas, al regresar a la casa, y que la besase con un poco menos de fingido transporte. ¡Cuánto, cuánto le hubiera agradecido, por ejemplo, que la besase en la frente, y no en la boca! Ella no podía sentir en sus labios aquel sabor a otros besos, a los besos de las otras mujeres que le robaban el amor de Alfredo.

Era ya muy entrada la noche. El agua de la lluvia resbalábase de los techos inundando los patios. De pronto, Susana sintió la garganta atenaceada por una mano de hierro. Sofocada, afanosa, saltó del lecho.

Trémula, sin comprender lo que le sucedía, avanzó a tientas en la estancia sombría en busca de un calmante. Pero una nube le ofuscó los ojos. Tendió desesperadamente las manos, tanteó las paredes en busca del timbre, y se desplomó sobre el piso.

La levantó él, al regresar de la calle.

Al entrar en la estancia no la vió sobre el lecho. Miró a su alrededor, quiso avanzar, y de súbito, sintió que su pie tropezaba brutalmente contra algo yacente en el suelo. Era ella, que al recibir el rudo golpe, gimió apenas:

—Alfredo!...

Y luego, cuando la depositó en el lecho, oyó que los labios de la esposa, entreabriéndose en su rictus de rebelión, murmuraban:

—Basta! ¡Es necesario que esto termine!

¿Era necesario que terminase qué?...

Ella misma no sabía. O: por lo menos, no atinaba e explicarlo.

Y desde ese día, la dulce esposa aguardó el advenimiento de su hijo. ¡El hijo que realizaría el milagro de salvar al esposo!

Y cuando, por último, el niño vió la luz y estremeció el aire con su primer vagido, la madre pensó: "¿Qué dirá cuando sepa?... Son las cuatro de la mañana... ¡Y aún no ha regresado!...".

De pronto, cuando ya comenzaba a desesperar, vió aparecer delante suyo a Alfredo... A un Alfredo extraño a un Alfredo transformado y como idealizado por el calor del alba que penetraba por el amplio ventanal.

Y lo vió inclinarse sobre ella, observarla como a una criatura nueva, distinta... Sintió su mirada, su mano temblorosa que le acariciaba la frente.

Y luego, un sollozo desgarrador, un acongojado llanto de contrición y de arrepentimiento le devolvió en verdadero esposo: un esposo amantísimo, dulce, fiel...

Susana, temblando de dicha, comprendiendo que el hijo había realizado el milagro de salvar al padre, ofreció la frente ol beso de Alfredo, y señalándole la criatura, le dijo:

—Padre: he ahí tu hijo.

Y cuando los ojos de Alfredo se posaron en la carita del niño, las lágrimas que temblaban en ellos porecieron transformarse en pequeñas estrellitas de amor.

Ella volvió a experimentar la misma sensación aquella de la luz celestial que le penetrara en el corazón cuando le trajeron el hijo. Le parecía tener en el corazón un único haz en qué todos los júbilos de la vida iluminaban su existencia con una exaltación sin nubes.

Como murió el secretario de Rubén Darío

Cuando Rubén Darío desempeñaba el puesto de cónsul de Nicaragua en París, hizo nombrar canciller del Consulado al caballero mexicano D. Julio Sedano, a quien había conocido y con quien había hecho amistad en Nicaragua. Más tarde el poeta fué elevado a la categoría de ministro plenipotenciario de su patria en España y lo llevó a Madrid en calidad de secretario particular. D. Julio era persona muy bonachona, de carácter tranquilo, un tanto ingenuo, fino en sus modales, elegante en su vestir, hombre de alta estatura, frente despejada, mirada tranquila, usaba barba entera a lo Maximiliano, el mártir de Querétaro, a quien, por otra parte, se le parecía mucho en su aspecto físico. Los amigos de Rubén le habían reprochado muchas veces el haber tomado como secretario a un señor que no estaba a la altura de su misión, a lo cual el poeta respondía que le agradaba esa fachada de gran señor que tenía su secretario y también su gran parecido con el desgraciado archiduque de Austria.

Siempre se le veía a Sedano andar por las calles de Madrid, llevando una cartera voluminosa bajo el brazo, donde guardaba los artículos que debían aparecer en la revista "Mundial", dirigida por su ministro y amigo. Cuando estalló la guerra, Rubén Darío se trasladó a su país, y su secretario a París, donde residía su esposa, que era francesa. En aquellos momentos, la vida en la capital de Francia era harto difícil, por lo que determinó trasladarse a Barcelona, donde contaba con amigos que seguramente le ayudarían, como efectivamente ocurrió, y así se ocupó en traducciones, copias y escritos para diarios y revistas. En la ciudad condal, don Julio iba a comer a un restaurant situado al lado de la Rambla del Centro, cerca de la calle de San Pablo. En dicho restaurant las mesas eran para seis personas, y en una de ellas tomaba asiento el secretario de Rubén Darío y también un señor vestido de riguroso luto, persona muy correcta en sus modales, pero de aspecto siempre triste y de muy poco hablar. Después de algunos días de encontrarse tarde y noche a las mismas horas y en la misma mesa, el señor de luto, que hablaba perfectamente el español, ya estaba enterado de que don Julio Sedano poseía pasaporte diplomático. Desde ese momento tomaba asiento invariablemente al lado del mexicano. El señor de luto, lo llamaremos así, era poseedor de un pasaporte suizo, al parecer completamente en regla, pero temía entrar en Francia, cosa que lamentaba extraordinariamente porque acababa de perder a una tía suya en París y le quedaba otra que pasaba grandes miserias y a la cual no podía traer a su lado en Barcelona, porque las comunicaciones sólo estaban al servicio del ejército y la frontera estaba cerrada y vigiladísima. El señor de luto concluyó por cautivar completamente a Sedano, haciéndole ganar unos duros con escritos y traducciones que le dió. Un día le dijo que había recibido una carta de la tía que estaba en París, rogándole que le hiciera el favor de llevarle unos papeles para poder iniciar la testamentaría de su difunta hermana. Le ofreció pagarle el viaje de ida y vuelta y darle una buena retribución. Sedano aceptó lo que para él era una ganga y, además apro- vecharía este viaje para visitar a su esposa. La tía, que hablaba correctamente el francés, vivía en la rue Blanche, cerca de "La Trinité", y recibió a Sedano con gran alborozo, invitándolo a almorzar. Dos días después el mexicano regresaba a Barcelona con la contestación lacrada. Pasado algún tiempo, el señor de luto vuelve a la carga y le dice que su parienta está muy enferma y lo llama a su lado. Sedano le hace algunas objeciones, pero el otro invoca su pasaporte suizo que está en regla; y yendo acompañado por un caballero que tiene pasaporte diplomático, no tendría ninguna dificultad en cruzar la frontera. El canciller apenado ante la situación de su amigo acepta la proposición y se va a París; esto ocurre un día lunes, comprometiéndose los dos amigos en encontrarse en la estación del Quai d'Orsay el viernes, para regresar juntos a Barcelona. El día convenido Sedano llegó a la estación media hora antes de la salida del tren, se aloja en un compartimento, reservando dos asientos, uno para él y otro para el amigo, que no debía tardar en llegar. Faltaban unos minutos para que arrancara el tren cuando dos señores entran en el compartimento y uno de ellos, desprendiéndose la levita para poner al aire la insignia de comisario de policía, se encara con el mejicano y le dice:

—¿Usted es Julio Sedano?

—Sí, señor.

—¿Usted va a Barcelona?

—Sí.

—¿Espera usted a una persona que ha venido a visitar a su tía que vive en la rue Blanche?

—Exactamente.

—Esa persona fué introducida en Francia por usted, bajo la protección de su pasaporte diplomático...

—El tenía su pasaporte suizo que estaba en regla.

—Bien; síganos. Queda arrestado.

—¿...?

—Por haber introducido en Francia a un coronel alemán, que es un espía peligroso.

Mientras permanecía preso a disposición del Consejo de guerra que debía juzgarlo, la policía buscó por todo París al espía alemán y a su famosa tía de la calle de Blanche, pero no pudo jamás dar con ellos.

El fiscal pidió la pena de muerte para Sedano. Muchas personas se interesaron en salvarle la vida: entre ellos un escritor diplomático sudamericano que en su afán de hacer algo en favor de ese pobre hombre hasta fué a pedir clemencia a uno de los militares que componían el tribunal militar. Se le contestó que no se metiera, pues podría ser citado él también ante un Consejo de guerra. Otro tanto le ocurrió a don Julio Bambill, que era a la sazón canciller de la Legación Argentina y que hoy ocupa el puesto de director del Museo de San Martín, en Boulogne-sur-Mer, al cual le dijeron que no expusiera su vida por interceder en favor de un traidor a Francia.

Cuando Sedano escuchó su sentencia de muerte, respondió que era inocente, pues él nunca había traicionado a Francia.

Quince días después de su arresto fué fusilado en la Caponnière de Vincennes. Murió valientemente y no permitió que le vendaran los ojos.

Austino J. TRONGE.

Revista del mundo

La electrificación ferroviaria de España

El Gobierno del General Primo de Rivera acaba de inaugurar el ramal Aruin-Besasia, electrificado en toda su extensión y considerablemente mejorado en cuanto a sus demás elementos de servicio público. La empresa se ha realizado con el concurso exclusivo de la Compañía Hidroeléctrica Iberia, la cual ha obtenido para ello una corriente de más de 1500 voltios en la fuerza de los ríos Ebro y Cinca.

Prosiguiendo su vasto y patriótico plan de electrificación general de las vías ferroviarias de la península, el gobierno del general Primo de Rivera se propone ahora llevar adelante la etapa Madrid-Avila, que comprende el Puerto Guadarrama y que será seguramente un impulso decisivo para la realización completa de su empresa. De tal modo que puede afirmarse el rápido progreso de las comunicaciones en España. La madre patria pasará a ser pronto la primera entidad europea en materia ferroviaria. La magnitud de la tarea emprendida, y realizada ya en su mayor parte, permite asegurarlo. El Gobierno del General Primo de Rivera, que se ha caracterizado por su espíritu práctico, procurando en lo posible desalojar la politiquería caciqueril y el ambiente de desidia administrativa cultivado a propósito en anteriores períodos, cumple así los fines enunciados al hacerse cargo del poder. El carácter español está patente en estas iniciativas y hechos de verdadera conquista moral y material. La madre patria recupera con el esfuerzo solidario de sus hijos, el lugar que le corresponde en la civilización de Occidente. La electrificación total de su territorio, mediante recursos técnicos y económicos absolutamente propios, demuestra su enorme capacidad constructiva, el saneamiento indudable de sus finanzas, y, por otra parte, la confianza que ha sabido inspirarle el Gobierno del General Primo de Rivera.

Falló la broma

El herrero de cierto pueblo de acuerdo con varios amigos, decidió dar una broma al enterrador. Al efecto se hizo construir un ataúd, y fingiéndose muerto fué conducido al cementerio.

El enterrador al echar la caja a la fosa, oyó ruido dentro, y, ni corto ni perezoso, abrió la tapa a golpes de azadón.

Apenas abrió el ataúd, saltó fuera el herrero, solazándose del susto que el enterrador iba a llevarse; pero éste le descargó tan fuerte golpe en la cabeza con el azadón, que le hizo rodar por tierra sin vida, procediendo después a enterrarlo decorosamente.

Encontróse después con los amigos del muerto quienes le preguntaron si había alguna novedad, a lo que contestó el enterrador:

—¿Sabéis lo que os digo? ¡Que otra vez, cuando llevéis alguien a enterrar, me lo llevéis bien muerto, que no tenga yo que rematarlo como he tenido que hacer con el herrero!

Curiosidades botánicas

Existe una estrecha relación de parentesco entre los animales y los vegetales?

Sí, contesta sir Jagadis Ch. Bose, científico indio de reputación universal, el cual, durante varios años, ha estado haciendo descubrimientos sensacionales referentes a las plantas.

En un principio existía una honda división entre los reinos animal y vegetal. Sólo los poetas escribían la vida de los árboles y las emociones de las flores, pero nadie tomó en serio a los poetas hasta que Bose declaró que éstos tenían razón y que toda la vida es esencialmente sobre la tierra la misma.

Este reputado botánico prueba que las plantas tienen todos los sentidos del ser humano, excepto, quizá, el del oído; que tienen sistema nervioso y emociones; que se cansan, que se excitan, embriagan y deprimen; que sienten el dolor porque tienen corazón, músculos y otros semejanzas anatómicas con el cuerpo humano.

Jagadis Chunded Bose nació hace setenta años, en el sur de la India, de padres bengaleses, que le dieron una cultura selecta. La casa nativa está situada entre la selva, con sus peligros, y las riberas infectadas entonces de piratas.

En ella construyó un jardín en miniatura, que tenía un ingenioso sistema de irrigación con tubos y un pequeño puente para cruzar el arroyo. Completada su educación en las escuelas Indias, marchó a Cambridge a estudiar medicina. Graduado con las más altas notas fué nombrado profesor de Física del British Government's Presidency, de Calcuta.

A los treinta y cinco años, con un aparato provisional, estudió los rayos del radio, trabajo que publicó la Real Sociedad y por el que obtuvo la felicitación de la Universidad de Londres. Estos trabajos no eran sino jalones para sus posteriores estudios sobre la vida de las plantas. Llegó a ser un formidable técnico eléctrico, hábil para recoger los latidos del corazón vegetal y registrar las sutiles reacciones nerviosas de las plantas.

Ensayando en los metales, comprobó que éstos se fatigaban, les afectaban los tóxicos. ¿Ocurriría igual con las plantas?, se preguntó. Para comprobarlo corrió al jardín de su casa londinense y recogió hojas de castaño de Indias. Experimentando en ellas vió que respondía vigorosamente a sus intentos. Deseoso de ampliar sus ensayos encontró que las zanahorias eran extremadamente sensitivas aun en sus raíces.

Fruto de estas comprobaciones fué el formularse la pregunta: "¿Pueden las plantas, eléctricamente, revelarnos el secreto de su vida?" La Real Sosiedad contestó rotundamente que no.

De hecho, la actitud de la Real Sociedad era un beneficio porque hicieron que las plantas hablasen por sí mismas. "Lograré que escriban su historia", había dicho Bose, y al cabo de veinticinco años de trabajo tenaz lo logró.

Bose ideó un registrador eléctrico para que por medio de él las plantas escribiesen, y este aparato es suficiente para acreditar al perspicaz botánico indio.

La delicadeza de este aparato es admirable. Aumenta los movimientos de 10 a 100. Un crecimiento de 0,00025 milímetros al segundo, se traduce en un movimiento de cerca de un pie en ese mismo espacio de tiempo. Cuando la ráfaga de luz pasa velozmente por la escala podemos casi oír a la planta que dice: "Ved cuán ágilmente crezco".

Las demostraciones de Bose llegaron a interesar a la Real Sociedad que antes las rechazaba. Las conclusiones más notables de Bose pueden sinterizarse así:

Las plantas tienen un sistema nervioso por el cual reciben mensajes y actúan sobre ellos dos líneas telegráficas precisamente locales.

Tienen como músculos, que actúan y poseen movimientos vivos de toda clase, internos y externos.

Son sensitivas al tacto, al paso de una nube, al aire viciado.

Reaccionan a las drogas y a los venenos como el hombre. Se estimulan, excitan, fatigan, embriagan y deprimen.

Mueren con espasmo, emitiendo alto voltaje eléctrico en el momento de su muerte.

Tienen un equivalente del corazón, sin elemento pulsador, que lleva la savia a los tejidos.

En su último libro, *Autógrafos de plantas y sus revelaciones*, dice: "No existe reacción vital en los animales superiores que no esté simbolizada en la vida de las plantas". La diferencia entre los reinos es de grado, no de clase. Las plantas y los animales tienen "una multiforme unidad en un sencillo océano del ser".

Quizás de todas las observaciones que Bose nos ofrece, la mayor paradoja sea su relato de la *muerte* de un guisante. "Tomad la mitad de un guisante verde, dice, y conectar sus superficies interna y externa a un galvanómetro. La mitad se elevará en temperatura. En el punto de muerte, 140° F., una intensa descarga eléctrica pasa a través del organismo... Si 500 partes de mitades de guisante se colocasen en series la presión resultante sería de 500 voltios, cantidad más que suficiente para causar la electrocución de una persona".

Para localizar los nervios de las plantas Bose emplea un hilo metálico conectado a un galvanómetro y a un registrador. "Cuando el contacto eléctrico se hace en un músculo en reposo, el galvanómetro permanece quieto. Pero si el contacto se hace con un *corazón que late* las pulsaciones generadas corresponden a las pulsaciones mecánicas". Para localizar el corazón "yo introduje la sonda poco a poco en el organismo, y tan pronto como hice contacto con el espacio pulsador las señales eléctricas fueron visibles".

El crimen del mulato

—Ya es hora de que tu padre hubiese regresado, Ricardo — exclamó la señora Fergusson, con una entonación de ansiedad en su voz. — Dijo que iba hasta la cabaña de Murrion y podía estar de regreso hace ya dos horas.

Ricardo, un muchacho de fuerte contextura y de diez y seis años de edad, vigoroso y ágil miró a la madre y trató de tranquilizarlo con una sonrisá.

—No tengas temor alguno, madre. Mi padre sabe cuidarse. Además lleva su escopeta. Acaso haya ido hasta el Barranco Grande y se ha entretenido cazando. Voy a ver si lo encuentro en el camino.

Ricardo tomó el sombrero y salió de la cabaña.

Ante sus ojos aparecían una soberbia escena. En torno suyo limitaban el horizonte las Montañas Canadienses, y en muchos puntos sus picos se hallaban cubiertos de blanca nieve. La atmósfera era clara.

Pero nada de aquello llamaba lo atención del joven, que bajó el ala del sombrero sobre sus ojos para protejerlos del aire que parecía cortar. A poco andar vió en el camino una figura humana que avanzaba con la cabeza bajá.

—¡Ahí viene! — murmuró. — Pero una observación más detenida le hizo agregar: No. No es él. Es Pedro Harmon.

Al pronunciar este nombre frunció el entrecejo. Pedro era un mulato, ladrón y pendenciero, ton hábil que aun cuando vivía constantemente fuera de la ley nada podían probarle los jueces. Nunca iba a la cabaña de Fergusson.

—Sí. Es él — después de detenerse. — ¡Qué extraño que venga por este lado! Desde que padre lo castigó por una de sus raterías no había vuelto.

Esperó a pié firme hasta que el mulato se acercó. Habitualmente el semblante de Pedro ocultaba con una expresión de humildad la maldad de sus instintos, pero aquel día sus ojos tenían un reflejo que impresionó al joven.

—¿Está en casa tu madre? — preguntó.

—Sí. ¿Para qué quiere verla?— exclamó Ricardo lanzando una mirada de desconfianza al arma que el mulato llevaba al hombro.

—Tengo que comunicarle una noticia — dijo Pedro... — ¡Una mala noticia!

El corazón del muchacho latió apresuradamente. ¡Malas noticias! ¿Se referirían a su padre?

Llegaron en silencio a la cabaña y entraron. La señora Fergusson parecía presentir algo, pues se puso rápidamente en pie e interrogó con la mirada al mulato.

—Se... Se trata de su esposo — balbuceó. — Esta mañana yo salí cuidando los ovejas de Big Drop y lo ví caminando por el borde del precipicio. Tras él marchaba el macho cabrío con los cuernos más grandes que he visto en mi vida. Fergusson notó que lo perseguía cuando ya era tarde. Se atacaron y cayeron rodando por la pendiente... ¡Seiscientos pies de profundidad!... ¡Han ido a dar al torrente que corre por el fondo!...

Ricardo contuvo la respiración. Si lo que decía el mulato era cierto comprendía que no había esperanza de encontrar con vida a su podre. El precipicio era muy profundo y allá abajo entre las sombras corría tempestuoso el torrente. El que perdía pie en la altura estaba perdido.

¿Pero, decía Pedro la verdad? ¿No se notaba un reflejo singular en sus negros ojos?

—¿Está usted seguro de que ha muerto? — preguntó sollozondo la señora Fergusson.

—Yo me acerqué luego al lugar



LA SEÑORA. — Está sonando el teléfono. ¿Quiere ver quién llama?
LA DONCELLA. — Será alguno de sus amigos, señora; los míos hablan siempre por la tarde.

—respondió el mulato. — Me arrodillé, miré hacia el fondo y no vi ni a Fergusson ni al animal que lo atacó. Nada más que el ruido de las aguas llegó hosta mis oídos, ni un lamento ni un pedido de auxilio... — Hizo un gesto de fingida desesperación y salió de la choza.

Ricardo y su madre no se dieron cuenta de su partida. La pobre mujer había caído desplomoda sobre una silla y el muchacho hacía cuanto podía por consolarla.

—Oiga, madre — decía desesperadamente. — Es necesario tener alguna otra prueba antes de creer ciegamente lo que dice Pedro Harmon. Es el mentiroso más grande de esta región... Voy a llegarme corriendo hasta la choza de Murrión a ver si averiguo la verdad de lo ocurrido.

—Sí, sí, — respondió la madre. —Tal vez...

Pero Ricardo no oyó nada porque ya avanzaba rápidamente por el estrecho sendero que conducía a la vivienda de Murrión, su más inmediato vecino en aquellos solitarios lugares.

Media hora más tarde, rendido y jadeante llegaba a su destino.

La puerta de la choza estaba cerrada y por la chimenea no salía humo. Una mirada por la ventana hacia el interior le demostró al joven que Murrión había partido para una de sus periódicas jiras de caza.

—¡Y pensar que mi padre salió de casa para verlo! — murmuró.— Lo mejor que puedo hacer es volver al lado de mi madre y observar por el camino.

Emprendió el viaje de regreso, pero esta vez por el camino que pasaba por la montaña, y que conducía al borde del barranco, por cuyo fondo corrían las turbulentas aguas. El sendero se hacía cada vez más estrecho y escarpado, y

EX-VOTO

A veces te sueño hierática y fina,
vistiendo amplia falda de pálido gris,
como una infantica de raza divina.
Y en la mano llevas un diáfano lis.

Revive en tí el fausto magnífico y hueco
de los viejos Austrias y del Escorial.
Y como un modelo suntuoso del Greco
en el pecho apoyas la mano imperial.

Te envuelve el misterio de un siglo ya muerto.
—El lirio de seda deshójase, yerto.—
Y al ir, taciturna, por mi habitación,

de tu falda antigua de crujiente tela
observo que llevas, en vez de escarcela,
pendiente el ex-voto de mi corazón...

Manuel B. MUJICA LAINEZ

la marcha era tan difícil como peligrosa, pero Ricardo había sido criado en la montaña y su agilidad y fuerza lograban vencer las dificultades.

Una vez o dos encontró señales de pisadas que, aunque no muy claras, no por eso escaparon a sus expertos ojos, y reconoció que eran las del desaparecido. Alentado por esos indicios continuó la marcha, hasta que se detuvo bruscamente, exclamando al ver algo más abajo del nivel del sendero un viejo sombrero ribeteado de cinta.

—¡Es el de mi padre!

Se echó al suelo y trató de recuperar la prenda, más apenas hubo apartado unas malezas que dificultaban su acción una exclamación de angustia brotó de sus labios. En lo copa del sombrero se veía claramente la señal dejada por dos balas. Su entrecejo se frunció. Los cuernos del macho cabrío no habían podido hacer aquello... y por lo tanto Pedro Harmon había mentido.

¡El falso juego estaba descubierto!

AL BORDE DEL PRECIPICIO—

Lentamente, con gran cuidado Ricardo se incorporó y observó detenidamente en torno suyo. No tardó en descubrir otros rastros. Eran las señales dejadas por las botas de su padre, el hueco reciente puesto al descubierto al desplomarse una roca de regulares proporciones, a un costado del sendero...

—Todo esto es obra del mulato —murmuró. — Pedro ha mentido descaradamente. Alguien — él acaso, — ha disparado dos tiros a mi padre y luego lo han hecho caer al agua... Volveré a casa — continuó metiéndose el sombrero de su padre en el pecho, bajo la camisa. —Estas señales pueden bastar para una formal acusación.

Pero no se resolvía a apartarse de aquel sitio y de nuevo volvió a buscar con ansia otro indicio. Su vista se fué acostumbrando a la oscuridad y así pudo distinguir como o unos sesenta pies más abajo del punto en que se hallaba algo que, aún cuando estaba entre las ramas de un pequeño árbol, no formaba parte de él. Era el cuerpo de un hombre.

Ricardo pensó rápidamente que no había tiempo para ir hasta el valle en busca de auxilios. Si su padre, — ya no dudaba que se trataba de él — solo estaba inconsciente, cualquier movimiento podía hacer que resbalase y fuere á una muerte segura. Tenía, pues, que tratar de asegurarlo antes de intentar ir en busca de ayuda.

No era tarea fácil llegar hasta allí más el joven no vaciló y comenzó el descenso sereno, con calma, avanzando pulgada por pulgada, expuesto a cada minuto a resbalar y caer arrastrando el cuerpo de su padre en la caída.

Aquellos sesenta pies le parecieron un trayecto de millas. El cuerpo del hombre era, efectivamente, el de Fergusson, pero no daba señales de vida. ¡Si pudiera llevarlo hasta lo alto! Pero la tarea se presentaba superior a sus fuerzas.

Lo único que podía intentar era asegurarlo a las ramas del árbol y marchar en busca de ayuda.

Tomó una cuerda, que llevaba a la cintura, y con ella realizó sus propósitos. No había terminado la tarea cuando oyó que su padre lanzaba un débil gemido. Aquello le hizo recobrar nuevos bríos y acercándose al oído del herido murmuró:

—¡Un momento, padre! ¡No tardaré en volver!

Inició la ascensión y llegó al estrecho camino en momentos en que se acercaba alguien.

¿Quién sería? ¿El viejo Murrión? Ricardo iba a pedir ayuda... cuando se detuvo... ¿y si fuese el mulato Pedro?

Se ocultó y momentos después se convenció de que sus temores eran fundado. El que llegaba era, en efecto, Pedro Harmon, quien lo había visto y lo atacó furioso.

Jamás en su vida había corrido Ricardo en la forma en que lo hizo al ver avanzar al mulato. Comprendía que la vida de su padre y la suya dependían de la ligereza de sus piernas. A pesar de ello no tardó en ser alcanzado, y entonces se dispuso a defenderse del mejor modo posible.

Pedro atacaba como un loco furioso, pero Ricardo le demostraba el poder de sus nervios de acero. Cayeron al suelo y el mulato oprimió con sus manos la garganta de su adversario, quien lo iba arrastrando hasta el borde del precipicio. La situación era peligrosa, desesperada, cuando una voz exclamó:

—¡Manos arriba, mulato bandido!

Pedro miró y vió que a poco distancia sobre el sendero había un hombre que le apuntaba con su escopeta.

Era el viejo Murrión y al verlo el mulato lanzó un grito de furia y terror. Se incorporó, trató de huir, pero... ocurrió lo que era inevitable. Tan al borde del precipicio estaba que al moverse perdió pie y fué rodando por la pendiente hasta desaparecer entre las aguas del fondo.

El viejo Murrión corrió en auxilio de Ricardo que había perdido casi el conocimiento. Cuando recobró algo las fuerzas exclamó:

—Mi padre está ahí abajo...

. . . .

La verdad de lo ocurrido se supo cuando el viejo Fergusson, ya salvado recuperó las fuerzas.

Mientras iba a visitar a Murrión sorprendió a Pedro Harman emboscado. Para librarse de los dos disparos de rifle que le hizo intentó ocultarse, pero perdió pie y cayó hasta que las ramas del árbol lo detuvieron.

Pedro había cometido dos errores. El primero fué creer que su víctima había llegado hasta el fondo del precipicio y el segundo, que podría engañar fácilmente a la esposa y al hijo de su víctima, y a causa de esos dos errores la Justicia fué satisfecha.

Las raíces del alma

Por José Rodríguez de la Peña

Martirio cosía, sentada junto a la ventana, a la clara, pero suave luz de una tarde de otoño. La habitación resplandecía de limpia. Los muebles, alineados en la pared, parecían contemplarla con la gravedad melancólica de viejos servidores familiares. Un silencio profundo, espeso, un silencio que parecía corpóreo, inundaba la estancia. En él venían a morir los lejanos rumores del pueblo: el chillido de los grajos, el acompasado martilleo de la fragua, la grave campanada de la torre parroquial...

Algún eco debió responder en el hondo vacío de su corazón, porque Martirio apartó los ojos de la costura y sus manos se detuvieron. Y permaneció así tiempo y tiempo, mientras las sombras crepusculares iban borrando el contorno de las cosas.

Envuelta en la penumbra vió llegar a la ventana la figura apuesta, enjuta y grave de Joseíto, que la decía con temblorosa voz, apretando la frente contra los hierros de la reja:

—Martirio: me han dicho que quieres a otro hombre, vengo a que me lo digas tú con tu boca de coral.

Calló ella, y el muchacho, crispando sus dedos en los barrotes, y encajando, rabioso, la cara contra ellos, proseguía:

—Por la salú de tu madre, si me has de clavar el cuchillo, clávamelo de una vez, pero no poquito a poco, que yo no te hecho nada malo para que tengas esa crueldad.

Ella persistía, tozuda, en su mutismo.

—Está bien, mujer; ya sé lo que quiere decir tu silencio. A tí te gusta la vida regalada y buena, y yo soy un pobre, un desgraciadito, un desamparao. Pero tu querer me hacía a mí capaz de agarrar con una mano el mundo para ponerlo a tus pies, de arrancar del cielo una estrella para adornarte los cabellos. Y me creía rico porque tú tienes el don de pintar la vida con los colores más de mi gusto. Ahora me has hecho ver que todo era mentira y que soy un pobre. ¡Quédate con Dios, y que no te lo tome en cuenta!

Al oir sus últimas quejas ellas quiso hacer un gesto, un ademán para detener al apesadumbrado amante; mas no hizo otra cosa que retirar su mirada de los panoramas interiores de su corazón y dirigirla a la reja. En la reja no había nadie. Nadie había llegado hasta allí, ni alma viviente alguna había turbado el silencio y quietud de la calle solitaria. Las palabras que acababan de resonar en su oído habían sido pronunciadas en aquella ventana y en aquella hora; pero ¡hacía siete años! y ya no eran más que la evocación de un sueño que Martirio, ¡ay!, hubiera querido soñar toda la vida.

En efecto; hacía siete años que por consejos de su madre y de las amigas oficiosas había dejado a Joseíto, un chaval gracioso y pinturero, que no tenía otro caudal que aquel cuyo inventario queda hecho más arriba, mas una garganta aflautada con la que cantaba a Martirio en la reja apasionadas coplas. Los había dejado para casarse con don Pablo Izaeta, joven vasco, pesado y silencioso, que acababa de llegar al pueblo de contramaestre de una fábrica de cementos recién establecida.

Huyó Joseíto al solo anuncio de la boda, y a los pocos meses de celebrarse ésta, la madre de Martirio presentó la dimisión de suegra con carácter irrevocable; quiero decir que se murió.

Quedóse, pues, Martirio sola con su marido. Trató de despabilarlo, de avivar su ingenio, de meter en su alma una chispa ardiente del fuego, de la gracia, de la agilidad, de la juventud, de la esperanza, de la alegría que desbordaba la suya. Fracasó. El buen Izaeta era impenetrable. La euritmia, el perfume del alma andaluza escapaban a la comprensión del contramaestre. Si se hubiera visto obligado a dar una opinión acerca de todo esto, probablemente se hubiera encogido de hombros.

Rápidamente con intuición maravillosa, Martirio comprendió que el abismo que Dios había puesto entre su alma y el alma de su marido era infranqueable. Al cabo de siete años, él le era completamente indiferente; apenas lo conocía. Ella no sabía, no había sabido nunca, lo que él sentía, lo que pensaba. Jamás hubo entre ellos esas confidencias en las que vamos cambiando lo más recóndito de nuestro ser con la persona querida, dando y recibiendo las inapreciables sensaciones que unen dos espíritus más allá de las fronteras del mundo sensible. Vivían el uno al lado del otro como dos extraños desde el día de la boda.

Así nació y fué fortaleciéndose en ella la resolución de abandonarlo. "¡Ni un día más — pensaba; — no volveré a sentarme en esta silla ni a dormir en esta casa, que ha sido mi calabozo durante siete años, ni veré más a este hombre que ha sido mi carcelero!"

Se levantó, dejó la labor sobre la silla donde había estado sentada, atravesó el comedor y penetró en la cocina, cuya puerta de cristales daba a un huertecillo cerrado por una espesa red de alambre. Permaneció algunos instantes allí inmóvil; el silencio y la noche habíanla seguido a través de las estancias, tocando con extrañas manos los objetos que al pasar ella se iban retirando en el recogimiento de una inmovilidad misteriosa.

Encendió la luz y comenzó a preparar meticulosamente la comida. Hacia las seis su marido volvía de la fábrica.

Su atención parecía enteramente absorbida por los cuidados de la cena. Separó completamente de la lumbre la marmita de la carne que ya estaba hecha; mondó las patatas y las puso al fuego; examinó el puchero donde cocían las judías verdes... Sus manos estaban constantemente ocupadas; pero su imaginación volaba hacia el porvenir. Por fin iba a terminar esta vida insoportable; las puertas de esta casa que parecían haberse cerrado para la eternidad, se abrirían mañana de par en par, y ella saldría a la luz, a la libertad, para vivir plenamente, puesto que aún era joven. Y el alma de Martirio se extendió por los grandes espacios.

De pronto oyó que hurgaban en la puerta de la calle. Era un ruido de todos los días que nunca la había soliviantado; pero esta vez la trastornó por completo, haciendo latir su corazón violentamente.

Abrióse la puerta, y se cerró luego de golpe. Y un momento después los pasos de su marido resonaban en el zaguán. Escuchó intensamente, conteniendo la respiración; los pasos se aproximaban. Ahora le oye detenerse para dejar el sombrero en la percha; luego entra en el comedor, se sienta, desdobla el periódico y se pone a leer.

Dominando su turbación, Martirio sirve la mesa, y ocupa su sitio en el lado opuesto. Ya están los dos frente a frente; ni se hablan ni se saludan. Cada uno procede como si estuviera solo, y parece ignorar la presencia del otro.

De repente, ella intenta hablar; pero de su boca no sale sonido alguno; tiene un nudo en la garganta, y hace un esfuerzo violento para dominarse. Aparenta comer para ir recobrando la serenidad, pero no puede tragar bocado. El, entretanto, sigue leyendo sin darse cuenta de nada; leyendo y comiendo como todos los días. Pasan unos minutos, y Martirio redobla sus esfuerzos; quiere que su voz sea fría indiferente, firme, que no tiemble en el instante supremo.

Al fin, respirando profundamente, tomando aliento como para dar un salto, exclama:

—Pablo; yo me voy; no puedo más. Me ahogo en esta casa. Para tí no soy más que un mueble, un trasto que se utiliza y se deja. Pero yo tengo un alma, Pablo, y un corazón, lo que tú no tienes. Y me

REGALO

Aquel buen serrano de quien dije que era
como el algarrobo, me mandó un regalo:
hojas de poleo, menta "peperina"
y un pan que sus manos habían horneado.
Yo apoyé la cara sobre el yuyo fresco;
cerráronse luego mis ojos cansados
y aspiré con ansia su perfume agreste.
¡Milagro, milagro!
Soledad ascética, silencio infinito,
vagar por las sierras con el alma en blanco,
escuchando como nos hablan las piedras
y el agua y el musgo, la hierba y el árbol.
Las manos inermes, ingenuos los ojos,
vacío el cerebro, Dios por todos lados.
Caja de sorpresa me mandó el amigo:
yo encontré las sierras al abrir el fardo.
No te ruborice tu presente humilde;
regalo de reyes: eso es tu regalo,
generoso amigo que esta vez has sido
como siempre, bueno; como nunca, sabio.

Alberto LARRAN de VERE



vuelvo loca del todo, loca de pena y loca de rabia, y loca de remate, y me faltan las fuerzas y no puedo más y prefiero irme, irme de una vez, irme para siempre por ahí, por los caminos, por el mundo...

No pudo seguir; una congoja le apagó la voz y se quedó hierática, tiesa, firme, mirándole a él con los ojos secos, pero ardientes y desencajados.

Apartó el marido la cabeza del periódico y la miró sorprendido.

—¿Dices que te vas?

—Sí.

—¿Por qué? ¿Qué te he hecho yo?

Ella se quedó estupefacta al oirle preguntar tal monstruosidad tan friamente; pero lo más extraordinario fué que en aquel instante no encontró reproche alguno que hacerle.

Sí; ¿qué reprocharle? El había sido siempre el mismo funcionario modelo, trayendo a casa su salario sin distraer un céntimo, saliendo a la misma hora, volviendo a la misma hora... No se enfadaba nunca, ni pronunciaba palabras vehementes, ni menos injuriosas, siempre de un humor igual y de una indiferencia desconcertante. ¡Eso es! Indiferencia, insensibilidad. Ni una palabra amable, ni una caricia. Ella era suya en un silencio glacial depresivo y humillante. Por eso Dios se había negado a bendecir aquel matrimonio.

Entretanto, él había dejado el periódico sobre la mesa y la examinaba con cierta curiosidad.

—Bien — exclamó viendo que ella no decía nada; — yo debía ahora de llamar al médico, porque lo que a tí te pasa es cosa de los nervios. Pero creo que te curarás mejor tú sola. Bueno, vete. ¿Cuándo te irás?

Ante aquella frialdad, Martirio sentía crecer su ira.

—Ahora mismo. — Me voy ahora mismo.

El pareció vacilar un instante; pero bajó la cabeza y no dijo nada.

Martirio entró en su alcoba; se puso un abrigo, y al pasar de nuevo por la puerta del comedor, le dijo al marido con la voz alterada:

—Ya vendré por mi ropa.

—Bien, bien.

Ella salió apresuradamente, dió un portazo y se perdió en la obscuridad de la noche.

Pasaron tres días, y Martirio volvió a la casa para recoger las ropas y objetos que le pertenecían. En la puerta quedó aguardando un mandadero con un carricoche.

Entró en el zaguán, y sobre una silla vió una chaqueta de su marido. De allí pasó a la alcoba, que tenía un aspecto lúgubre y olía mal, como si en varios días no se hubiese ventilado. La cama estaba sin hacer y tiradas por el suelo, acá y allá, prendas de ropa sucia. Dos o tres periódicos esparcidos por la habitación completaban el desorden.

De allí pasó al comedor, sobre la mesa, platos y tazas sucias, una botella de vino casi vacía, un vaso pringoso y una cafetera, todo revuelto. En medio de la mesa, un pan empezado.

Una fuerte emoción se apoderó de ella, tan cuidadosa y limpia, ante tal desorden. Hizo la cama, barrió el suelo, quitó la mesa, llevó los cacharros sucios a la cocina, encendió la lumbre, calentó agua y fregó olvidando que el carricoche la aguardaba en la puerta. Cuando todo estuvo ordenado y limpio, advirtió un trozo de piedra del chinero, donde su marido habíala escrito estas palabras:

"Martirio, antes de irte del todo, ¿quieres hacer el favor de coserme la manga del chaleco de lana? Los botones están en el bolsillo de la derecha. Gracias. — Pablo".

Y nada más.

Leyó y releyó el papel cien veces. Sus ojos rebosaban lágrimas, que, al fin, cayeron por sus mejillas a raudales. Fué a la ventana, se sentó en su sillita baja y se dispuso a cumplir el encargo de su marido. Durante un largo rato no pudo coser; no la dejaba el llanto. Al fin, resignada, se puso a la obra.

El hombre del carricoche que la esperaba fuera se impacientó y entró a recibir órdenes.

—Puede usted marcharse — exclamó Martirio.

Y siguió cosiendo.

Diagnóstico de enfermos que murieron hace miles de años

La costumbre de los antiguos egipcios de embalsamar a sus muertos, junto con el clima seco y cálido de aquella región, han permitido que los médicos, por examen comparativo de las condiciones de las momias halladas y las manifestaciones patológicas de hoy, puedan estudiar la historia médica retrospectiva de la región nilótica.

Es por extremo notable el estado de conservación de algunas momias procedentes del Alto Egipto, con mil quinientos años de antigüedad, que no habían sido sometidas a ningún proceso de momificación, salvo el de recubrirlas con cal y ser enterradas en ataúdes de madera en las secas arenas del desierto. Como no se les habían extraído las vísceras ni inyectado sustancia balsámica alguna, se da el caso sorprendente de que sea posible someter al análisis microscópico cortes de órganos que dan con perfecta limpieza su estructura y peculiaridades celulares. El doctor Ruffer pudo comprobar la existencia de la tuberculosis entre los coptos, lo cual abona la idea de que esta enfermedad ha sido en todos los tiempos y climas un azote de la humanidad, pues lo mismo se la encuentra entre los restos del Egipto mediterráneo que entre los de la Nubia tropical. También se ha podido comprobar, gracias a los bazos hipertrofiados, que la malaria hacía sus víctimas como ahora.

La piorrea dentaria es dolencia tan vieja como el hombre. Sus manifestaciones se comprueban desde los mismos cráneos prehistóricos y por el mal estado dentario de los cráneos hallados.

La hora política actual del país vista desde la Casa Rosada

El espíritu y la palabra del doctor Tamborini

El ministerio del Interior es el centro oficial desde el cual se mueven todos los hilos políticos de la Nación. Departamento eminentemente político es también profundamente administrativo, y he ahí como muchos hombres que ocuparon esa cartera no llegaron más que al fracaso o al descrédito de su reputación de secretarios de gobierno, porque unos la utilizaron para servir menguados intereses personales y de comité, avasallando al objeto, autonomías provinciales y barajando gobernadores de territorios y estados con ligereza de tallador de naipes, confundiendo la alta misión social y jurídica del ministerio con el aprovechamiento del mismo cual si fuese un arma electoral, confusión perniciosa y corruptora; y otros queriendo apartarse de la primera faz desvirtuaron el carácter de su creación, sentando precedentes discordantes y esterilizando una labor que pudo ser profícua en otras esferas. Afortunadamente la actuación brillante de argentinos honestos, inteligentes y con clara visión de la cosa pública y de los hombres, han compensado os errores.

Para ser Ministro del Interior no basta ser letrado, erudito, talentoso. Necesítase poseer, a más de altas condiciones morales, inspiración patriótica, orientaciones firmes y serenas comprensión austera, humana e idealista, tacto y educación y ética política.

El doctor José P. Tamborini, bajará del ministerio después de haberse desempeñado con acierto, discreción, ecuanimidad, criterio sólido y sensato. Es un ciudadano, hijo del pueblo, debido a su esfuerzo propio, sin egoismos, con miras superiores, de talla de luchador, de recia contextura. Médico, supo cumplir con los deberes que los facultativos contraen el día en que se gradúan. Y al revés de los que ostentan borlas doctorales y chapas relucientes en el frontis de su casa, mientras denigran la profesión con mercantilismo innoble, ha sabido servir a conciencia la noble ciencia que adornaron con su sabiduría Pirovano, Rawson, Penna, Luis Güemes y Eliseo Verón. Fué una tarde en cierta reunión cuando defendió con energía combativa de nuevo héroe de Utica el nombre inmaculado de la Unión Cívica Radical. Alguien había apostrofado, como chusma, al gran partido de opinión popular. Y la exclamación surgió entonces de sus labios, inmediata, terminante, rotunda:

—Bendita sea la chusma radical!...

Penetramos en la Casa Rosada. El Ministerio del Interior es uno de los más frecuentado por legisladores y tramitantes. Allí el cronista experimenta una emoción que le trae la amistad y el recuerdo evocado de épocas inquietas y soñadoras que tan bien y con tanta verdad y armonía reflejaba con pluma luminosa Miguel Cané en su libro *Juvenilla*, el poema más diáfano y bello, escrito por el insigne literato, Uno de los secretarios del Ministerio, Mario A. Paolino Posse, era aventajado estudiante de quinto año del colegio nacional cuando el que esto revive cursaba el tercero en el mismo establecimiento.

El nombre de FRAY MOCHO, suena grato en los oídos de las personas que se hallan en la antesala. Una joven de mirada lejana y misteriosa, en cuyas pupilas destella el ensueño su gama de matices, nos saluda y felicita. Ha sonreído con gracia y nos ha embelesado con los efluvios de su suave y exquisita gentileza.

—El Ministro, se halla visible.

De pie ante su escritorio el Dr. Tamborini nos recibe, cordial y afable.

—De qué puedo hablarles? —nos pregunta.

—De sus nuevas iniciativas, de proyectos que esperan sanción del congreso, de política, de tantas cosas... que cobran autoridad e interés en sus labios.

—Gracias. No es lo más fácil para un ministro del Interior hablar de política, porque se le sobreentiende siempre vinculado a las preocupaciones electorales, olvidando la noble jerarquía de la palabra tan venida a menos por abusos de lenguaje. Prefiero hablar de temas administrativos, puesto que la política está ahí al alcance de los ojos de todos los ciudadanos, con la evidencia de los hechos, claramente, sin necesidad de recurrir a discursos, para explicar lo que objetivamente detalla su propia consumación. La política nuestra es un capítulo que ha tenido su punto final en la Asamblea Legislativa realizada el día 12 de Agosto, que cierra el proceso electoral, que debiendo ser una tarea normal de nuestra democracia, nuestro espíritu latino, un poco inquieto, quiere darle aspectos de tragedia.

Ha pasado a la historia el tiempo en que la función de renovar sus autoridades la Nación se hacía necesariamente en medio de grandes pasiones en las que la coacción y la violencia jugaban papel principal. Huelgan las palabras ante la elocuencia viva de los hechos.

Y bastaría citar solamente la cifra de un millón cuatrocientos sesenta y un mil, quinientos treinta y un electores concurriendo a nueve mil comicios diseminados en toda la República, en paz y libertad, para exponer con satisfacción infinita y orgullo legítimo el magnífico ejemplo que hemos dado para la democracia sudamericana.

—Es realmente halagadora la evidencia de ese acto trascendental para nuestra vida cívica.

—El hecho de que algunos ciudadanos en retardo con respecto a nuestra cultura política hayan fincado en las malas artes electorales eficacia para torcer la expresión de la soberanía popular no alcanza a sombrear el cuadro.

En lo administrativo llega usted cuando dos preocupaciones me absorben. La de la ley de teléfonos, cuya sanción en nuestro derecho escrito viene sintiéndose desde tiempo atrás, sin que baste a llenar el vacío la ley de telégrafos del año 1867 que se aplica por analogía; y la otra, la de la sanción del censo que hace cuatro años que está retardada, y que tiene sanción favorable de la honorable cámara de diputados.

—¿Por qué esa demora?

—Ignoro la razón, aunque me supongo que debe ser el exceso de asuntos que se hallan en las carpetas del Senado que demoran la consideración de un asunto de capital importancia para el país.

Pienso redactar un proyecto de ley, reglamentando el artículo 39 de la Constitución y ordenando el censo automático cada diez años, con lo que se facilitaría la tarea de los gobiernos, se nos haría conocer mejor y sabríamos los datos imprescindibles para infinidad de iniciativas gubernamentales que no son posibles sin un exacto conocimiento de nuestra estadística.

—Ha podido realizar su obra sin tropiezos, y si ellos han existido, ¿cuáles fueron?

—Al llegar a este cargo honroso y de responsabilidad, de colaboración en la labor del primer mandatario, no vivo con quiméricos propósitos ni quijotescos antojos. El sentido práctico y mis mejores entusiasmos para la nueva tarea que se me confiaba. Creo que dentro de mis deseos he realizado todo lo que humanamente he podido. Ahora con respecto a los tropiezos, no los he tenido. Si he hallado pugna, ésta ha sido la Natu-



El ministro del Interior, doctor José P. Tamborini, en su despacho ministerial, acompañado del subsecretario, doctor Espeche y de nuestro redactor, señor Roque Cepeda Verón.

raleza y el hombre, lógica oposición que hay que vencer en el camino de la vida, que es trabajo, lucha. No me traje, repito fantasías y considerando al ministerio, una alta servidumbre del estado, creo que se ha servido a ese órgano todo lo correcta y sanamente posible.

—Respecto de la provincialización de la Pampa y otros territorios que han llegado con su población al número que la carta fundamental requiere para su autonomía, ¿qué puede decirnos?

—Ante nada es menester en todo territorio la independencia económica que debe preceder a la emancipación política. Así también en los individuos como en las sociedades. El gobierno es partidario de la provincialización de cualquier territorio que llene las condiciones prescritas, pero entiendo que su potencia económica debe hallarse equilibrada en su nervio político.

—Alguna anécdota suya, en el gobierno?

—¿Una anécdota? No se si tiene carácter de tal la que le voy a referir, pero de todas maneras tiene atingencia con las cuestiones políticas sobre que usted me interroga. Cierto político impaciente discurría sobre el mejor medio para ganar elecciones y me insinuaba sus temores de fracaso. Viéndolo llegar, percatándome de sus pretensiones repuse: "Conozco un procedimiento infalible para ganar elecciones, le dije, contestando a sus aspiraciones para que el caballo del comisario interviniese.

—¿Cuál?

—El de poner más votos en las urnas que el adversario.

—¿Y para eso?

—Para eso es menester que usted... no fuese usted...

—Y se puede saber el nombre del caballero tan vehemente y ligero de medios para llegar al fin?...

—Se lo diré pero les pido reserva, usted, comprenderá...

Y haciendo honor a la palabra de periodista no repetiremos el nombre del político de marras, pero lo colocaremos en el índice. Entra en el despacho el subsecretario Dr. Espeche con varios decretos para ser subscritos.

Al salir podemos admirar la franqueza del experto Ministro, y su afición al arte.

Un biombo con motivos de lo "Divina Comedia" pone la nota artística en ese severo lugar destinados a los que estudian y meditan los hondos problemas políticos de la gran nación que marcha siempre ascendente hacia sus destinos incomparables y gloriosos.

Roque CEPEDA VERON

El Ministro del Interior
16 de Agosto de 1928
El proceso electoral que terminó con la asamblea legislativa del 12 de Agosto prueba que de las democracias del mundo somos de las menos imperfectas.
[firma]

René Caillie y Tombuctú la misteriosa

El aprendiz de zapatero que fué un ilustre explorador

Las exploraciones en el Africa absorbían la atención de los espíritus inquietos y audaces en los comienzos de la pasada centuria. Para los exploradores había principalmente una ciudad en el Sudán, Tombuctú, que ejercía la sugestión del misterio. ¿Qué era Tombuctu? Se decía que una ciudad maravillosa, de población densa, de construcción superior a la de los demás pueblos del Africa conocidos, y sobre todo algo así como Eldorado. Creíase, al correr de las dos primeras décadas das del siglo XIX, que nadie había podido llegar hasta Tombuctú más que el explorador Mungo-Park, que siguió la ribera del Níger; pero una vez en la ciudad misteriosa no pudo regresar y dar cuenta de su expedición. El sultán lo retuvo por haber apreciado sus excelentes condiciones de cirujano, que quería tener al servicio de su salud y la de sus búbditos.

El sultán que gobernaba Tombuctú tenía solamente una mujer, ya de edad, y numerosas concubinas. Las atribuciones del sultán eran limitadas. Los pobladores de la ciudad del misterio vestían como los de diversas partes del Sudán; los ricos, con camisa y pantalón; los demás casi iban desnudos: El comercio de Tombuctú era de telas de algodón, cueros y armas. Pero lo que atraía todas las miradas era el comercio de oro en polvo. Este procedía de Djiuny, y por ser Tombuctú el centro de contratación recibía esta ciudad el nombre de "Beled el Tibbr" (país del oro).

Una leyenda corría acerca de este comercio. Decíase que había, lindando con Tombuctú, una nación desconocida que ejercía el tráfico de manera misteriosa. Esta nación con quien comerciaba, al parecer, era con Uangara; pero la imaginación de los árabes hacía coincidir a Uangara con Tombuctú. Es el caso que los mercaderes de aquella nación, desconocida porque sus súbditos sólo se movían en las sombras, acudían de noche con sus mercaderías, las dejaban amontonadas en lugar adecuado y se retiraban sin ser vistos. De madrugada regresaban cautelosamente los mercaderes a dicho lugar, donde los compradores habían ido separando los objetos y colocando frente a ellos montoncitos de polvo de oro. Los traficantes misteriosos, si consideraban que su mercancía estaba bien pagada con el polvo de oro depositado frente a ella, cogían el oro y desaparecían; en el caso contrario, se marchaban para volver nuevamente al día siguiente(y al otro si era preciso, hasta que hubiera al lado del objeto en venta la cantidad de oro que tenían por remuneradora.

Estas y otras fantasías circulaban entonces como artículo de fe respecto a los misterios y las maravillas de Tombuctú, e hicieron que los exploradores de todos los países, especialmente ingleses y franceses, se lanzasen al Africa en busca de El Dorado. Uno de aquellos exploradores, el capitán inglés G. F. Lyón, que exploró durante los años 1818, 19 y 20, aclaró algo la situación de Tombuctú. Para éste, que juzgaba por referencias de los mercaderes árabes, Tombuctú no era una ciudad de la magnitud que se le atribuía. Por ser lugar de etapa para las caravanas procedentes de Marruecos, Trípoli, Ghadams y los estados Negros, la población aumentaba durante el período de las lluvias en unos quince o veinte mil habitantes, porque las caravanas construían cabañas para defenderse de la inclemencia de los elementos. Pero cuando aquéllas levantaban el campamento, la población quedaba reducida a proporciones pequeñas, Tombuctú tenía un puerto llamado Kabra, a unas 10 millas al Sur, que era un conglomerado de almacenes donde se recibían los cargamentos arribados por vía acuática. El puerto estaba en la ribera del Níger, llamado el Nilo o Gulbi o Djaliba o Kattagun. Era ancho y se deslizaba lentamente en tiempo de sequía: los camellos podían atravesarlo. Pero cuando se presentaban las lluvias el caudal era profundo y marchaba rápido, por lo cual le era peligroso vadearlo. En cuanto a la ciudad, estaba sólidamente construída.

De Mungo-Park creía el capitán Lyón que no existía, pues los mercaderes que visitaban la ciudad misteriosa no sabían nada de él, no obstante tener aquéllos abiertas las puertas de todas las casas, incluso la del Sultán.

Con mucho de leyenda y buena parte de realidad Tombuctú era una obsesión, y dejó de serlo por la gran voluntad de René Caillié en 1827.

* * *

René Caillié, huérfano, aprendiz de zapatero en Mauzé, villa de Deux-Sévres (Francia), no se avenía, a pesar de su educación escasa, con el oficio sedentario de no dar tregua a la lezna ni al tirapié. René soñaba con los grandes viajes de exploración y distraía sus ocios con las lecturas que a ellos se referían. Por aquel tiempo se hablaba de la exploración de Mungo-Park en el Sudán, remontado el Níger, y constituía un objetivo para los espíritus audaces y los recios temperamentos el descubrimiento de la ciudad de Tombuctú, que aparecía en los mapas situada arbitrariamente, rompiendo la monotonía del desierto, en el Africa Central. René Caillié sintió la necesidad de llegar a Tombuctú y atravesar el Sahara.

Lo intentó tres veces. La primera, en 1816, embarcó en Rochefort en una flotilla velera con rumbo al Senegal. Llegó a San Luis, y quiso agregarse a la expedición del mayor Gray. Para ello, acompañado de dos negros, recorrió centenares de kilómetros hasta Dakar, donde cayó extenuado y agonizante. No faltaron personas que tuvieran piedad del explorador, y lo atendieron curaron y reexpidieron en un navío para Guadalupe. Dos años después volvía René a San Luis y se incorporaba a una expedición inglesa, con la cual pudo curtir su cuerpo para que resistiese el sol abrasador, la sed devoradora y el hambre torturante; pero al final hubo de acogerse a un fuerte francés por haber fracasado la expedición. En el fuerte fué presa de la fiebre, y se le envió al Hospital de San Luis. Un mes más tarde, para salir de la miseria, tuvo que hacer de cocinero en las canteras de aquella población. Imaginad un Colón en busca, ya que no de un nuevo mundo, de Eldorado en el centro africano, cocinando en unas canteras para no morirse de hambre. René, sin renunciar a su empresa, regresó nuevamente a Francia dispuesto a hacer un esfuerzo definitivo.

Por el momento había adquirido la convicción de que para penetrar

en el Africa Central era un obstáculo intentarlo con fuertes contingentes de protección. La exploración tenía que ser objeto de una persona y no de un ejército. Con esta certidumbre, René Caillié volvía al Senegal el 1823 sin más bagaje que algunos objetos de bisutería que había podido proporcionarse en Burdeos. Se vistió a usanza de los negros y se proveyó de nn rosario y un Corán. Había decidido hacerse musulmán aparentemente, y cuando hubiese adquirido el hábito, conocido los usos y aprendido la lengua, emprender la expedición arriesgada confiando en Alá el clemente, el misericordioso. Pretextaría una peregrinación a la Meca y se internaría por el Sudán. Así se abrirían ante su vista los lugares prohibidos a los europeos, como se ensanchaba Castilla delante del caballo del Cid, y entraría en la ciudad de Tombuctú.

Para inspirar confianza a los mahometanos y que le permitieran la convivencia había pergeñado una pequeña historia: "Que había nacido en Francia y era hijo de un rico negociante, que había recibido educación esmerada; però un día cayó en sus manos un Corán y encontró tan grandes verdades en sus preceptos, que decidió convertirse; que, en fin, había tomado el nombre de Abdallahi, esto es, esclavo de Dios".

Un año después había terminado el aprendizaáe y se presentaba al gobernador francés de la colonia con su rosario coránico entre los dedos para hablarle de la expedición que intentaba. Le rechazó el gobernador francés y le aconsejó que se dedicase a disecar pájaros. Acudió entonces al gobernador inglés de Sierra Leona, y con su protección trabajó un año en una fábrica de índigo, al cabo del cual se ofreció para ir a Tombuctú; pero también fué rechazado por iluso. Con todo, alma de explorador, René Caillié, como todos los que han descubierto mundos y unido continentes, lejos de someterse a la adversidad, reaccionó con más vigor y se preparó para efectuar la expedición sin ningún concurso. Había ahorrado del fruto de su trabajo dos mil francos y empleó 1.700 en la compra de papel, tabaco, coral, ámbar, objetos de cristal, espejos, pañuelos y un paraguas. Así pertrechado echó a andar hacia Tombuctú. Iba vestido humildemente y no temía a nada. En apariencia era un buen musulmán y confiaba en el precepto coránico de que los huéspedes entre los mahometanos son sagrados.

Salió René Caillié el 19 de abril de 1827 de adonky, sobre el río Núñez, con una pequeña caravana: cinco mendigos, tres esclavos y su guía Ibraim. A los que encontraba a su paso les hacía otro relato:

—Soy de Alejandría, hijo de árabes, y fuí conducido a Francia cuando era pequeño por franceses que formaban parte del Ejército de Egipto. Mi amo me condujo al Senegal, porque así convenía a su comercio. Satisfecho de mis servicios me ha dado la libertad. Libre ahora, deseo, como es natural, volver a Egipto para reunirme con mi familia y practicar mi fe.

Fué el salvoconducto. Pero no le libró de contrariedades ni de dolores. Cuando llegó al país de los mendigos tuvo que luchar con llagas que le salieron en los pies, con el escorbuto y con la perfidia de sus guías. A pesar de ello, la voluntad, obradora de prodigios, hizo que curase de sus dolencias y venciese a la adversidad y a la traición. Visitó Djenné, remontó el Níger, entró en Tombuctú y atravesó el Sahara, sin que le rindieran las asechanzas de la sed, el hambre, el calor y las enfermedades. El zapatero de Mauzé acabó con el misterio de Tombuctú; abrió caminos para la colonización centroafricana y dejó trazada, con su esfuerzo heroico, la perspectiva de la comunicación transsahariana.

* * *

El 5 de diciembre de 1828 — recuerda André Lamandé—, el París sabio y distinguido se había congregado en el salón de la Sociedad de Geografía para asistir a una sesión solemne presidida por el naturalista Cuvier; pero no era Cuvier quien habío reunido allí lo más selecto de la Francia, sino el pobre zapatero de Mauzé, cuyo nombre estaba en los labios de todos: "René Caillié, el vencedor de Tombuctú". Un joven delgado, tímido, de pómulos salientes y ojos grandes; pero ardiendo por la fiebre.

Después, ya casado, tuvo que agarrarse a la reja del arado, no como los patricios que honran las faenas del campo y se solazan con ellas, sino abandonado por el gobierno francés, y sucumbía, gustando el acíbar de la ingratitud, a los treinta y ocho años, con la muerte anónima de los siervos de la gleba.

Ahora se habla en Francia de celebrar el centenario del intrépido explorador.

B. ARTIGAS ARPON.



—¡Dios mío! ¡Lo que habla esa mujer!
—Sí. Dicen que la vacunaron con una aguja de fonógrafo.

Origen de los finlandeses

Los etnólogos se hallan en desacuerdo respecto al origen de estos habitantes del planeta. Respecto a su nombre, dícece generalmente que proviene de la configuración física del país, de su naturaleza aguanosa, de la palabra "fani", que, en lengua gótica, quiere decir "pantano".

Su país de origen fué, indudablemente, Asia, que parece haber sido la cuna del mundo. Cuando aquel pueblo emigrante llegó a la que había de ser Finlandia, halló constituído allí un gobierno femenino. En tan melancólica región del globo habitaba, en efecto, un pueblo de amazonas, razón por la cual los primitivos anglo-sajones denominaron poéticamente "tierra de las vírgenes".

Poco sensibles a las seducciones femeninas, o quizás hombres metódicos los recién llegados emigrantes, el caso fué que se distribuyeron las amazonas que "por clasificación les correspondía", arrojando las sobrantes hocia las regiones extremas del Norte. Hecho esto, se establecieron de un modo definitivo, fundando su nacionalidad y permaneciendo aislados de todo contacto exterior durante muchos siglos.

Entre las cosas curiosas de aquel pueblo hállase su mitología. Por su actitud para observar los meteoros y los fenómenos físicos llegaron a merecer en la antigüedad reputación de hábiles magos. Sus divinidades celestes eran, sin embargo, menos numerosas que las terrestres y acuáticas. Sin dejar de adorar al sol, la luna y la estrella polar, tributaban culto a los genios de la aurora y de las brumas, del viento y del frío, a las "hijas de las olas", a las cataratas y a la "Virgen de las Espumas del mar". Esta simple enumeración de dioses y diosas basta para acreditar de exquisitos poetas a los primitivos finlandeses.

El lenguaje de una mariposa en el reino de la fantasía

Por Fernando Xumetra

Por la vertiente de un florido ramaje, Ikko, artista japonés, se dirigió a un pequeño y solitario paraíso acapullado, descubriendo a una espléndida mariposa que lucía en la belleza de sus alas ricos colores de fuego, rojo Van Dick y diminutas chispas de oscilente polvillo de oro a que daban vida límpidos rayos de sol.

Estaba en interesante capítulo de amores, entre unos arrogantes capullos con diamantino rocío; sorprendido por su belleza el artista sintió vehemente deseo de trasladar este bello ideal de la vida al lienzo que llevaba, y con devoto recogimiento pintó la poética escena que a su vista se ofrecía.

Después, la mariposa fué a acariciarle, y el artista, sin esfuerzo alguno, la cautivó entre sus manos; más luego, arrepentido de su propio impulso, le devolvió su libertad. Entonces oyó Ikko esta narración de su modelo:

—Yo te he inspirado esta entrevista, para sellar con mi sentimiento más puro y mi simpatía el don del maravilloso talismán de la inspiración, cual emblema represento. Mi simpatía hacia ti me inspiró revoletear sobre tu frente y besarla, para que tu divisa fuera el sello de mi inspiración más pura; pero tu, hombre egoísta y terrenal, querías aprisionarme entre tus manos, sin que te inspiraras en las justas quejas de la protesta mía, hasta tanto que lograste los deseos de tu posesión injusta. Quise recobrar mi libertad e impulsé todas mis energías a tu noble corazón para que me soltaras, no sin dejar entre tus dedos, en mi latir emocionante, parte del polvillo de oro de mis alas.

"Recuerdo mi promesa mental de que si me permitías gozar mi vida de inspiraciones felices sobre las purísimas flores donde cosquillea el sol con sus rayos vitales, te colmaría de inspiraciones, vendría a depositar en tí mi último beso terrenal y a hacerte el presente de mi rica mortaja.

"Voló el tiempo: vino el duro invierno, y una tarde en que el cielo parecía grisáceo sudario, sentí que mi corazón se helaba, tuve deseos de verte por postrera vez en la vida material, y, después de una dolorosa jornada, llamé moribunda en los cristales fríos de tu cerrada ventana... ¡Qué angustias, Dios mío!... Me sentía morir y no estabas en la sala de tu estudio; luché un minuto, que me pareció de eterno calvario, hasta que entraste en ella por intuición mía, con gran expresión de tristeza y sentimiento, por la reciente pérdida de tu querida madre. En vano intentabas croquizar un encargo que te habían confiado; porque te faltaba aliento y concepción. Al verte entrar se alegró súbitamente mi espíritu, procurando concentrar el resto de mis fuerzas postreras y golpeé con fuerza los cristales.

"Entonces, como efecto de un acto sobrenatural, se obscureció rápidamente tu estancia por las sombras de las milagrosas proporciones que proyectaban mis alas, y un brusco chispazo estalló dentro tu cerebro. Al verme, rápido como un relámpago, abriste la ventana, chocando mi frío cuerpo con la fiebre ardorosa de tu frente, que sellé con mi último ósculo de amor puro, resbalando extenuada sobre tu pecho palpitante.

"Un ardiente raudal de tus lágrimas devolvió el calor por breves instantes a mi rígida existencia, expresando con mis oscilantes alas la última sensación y el eterna agradecimiento de mi última alegría, hasta que mi cuerpo helado se paralizó, rígido y muerto, entre el generoso derroche de tus lágrimas y tus besos.

"Por largo paréntisis, quedaron entrelazados en éxtasis mudo mi triste mortaja y tus puros sentimientos, fecundados en holocausto mío con tus besos y preciosas lágrimas, ahorradas en la hermosa arquilla moral de tu sentimiento.

"Había, pues, cumplido mi promesa contigo. Con la devoción ferviente de tu diario culto, me adoras en el altar de tu corazón, y tu respetuoso amor filial, ángel custodio del retrato que pintaste en vida de tu madre cariñosa, conserva su recuerdo, prendidas mis alas sobre los secos capullos, compañeros de mi pasada dicha, de la que solo quedan agudas espinas, por ser la realidad del dolor mundanal.

"En algunas ocasiones, sin que tu lo presientas, mi estado espiritual, sonriente, contempla mi seca envoltura, que ya no conserva tampoco sus vivos y armoniosos colores, porque al salir de mi cuerpo el alma se alejaron con ella.

"Ahora, independiente y feliz, vuela triunfalmente y muy alta, entre salmos fervientes de gloria eterna, rodeada de un limbo de pureza, muy por encima de vuestra pestilente frontera terrestre, que deslinda con opacas cadenas nebulosas del reino del gozo santo e infinito y del mundo de vuestro placer momentáneo, doloroso y destructor. ¡Cuántas veces te visita mi espíritu para fortalecerte con la savia de mis buenas inspiraciones, que tanto necesita todo mortal en el curso de su existencia!

LAS VOCES DE LOS BUQUES

La aventura, la emoción constantes son patrimonio de los jóvenes que desempeñan en los buques el cargo de radiotelegrafistas.

En los salvamentos en el mar, en las revoluciones, en las costas, en los motines, en las exploraciones por las regiones polares, alguno de éstos está constantemente escuchando los avisos eléctricos de los centros en que tales acontecimientos se desarrollan. Ejemplos, los del *Ignacio Florio*, del *Eleven* del *Presidente Harding*, entre otros.

Los vendavales de octubre barrían los restos de los vapores. Los transatlánticos llegaban a su destino con dos y tres días de retraso, con averías, pasajeros y tripulantes heridos y rendidos a consecuencia de la lucha con los elementos.

El transatlántico *Presidente Harding* batallaba con las olas en mitad del Atlántico, con rumbo al Oeste, cuando el radiotelegrafista recogió el siguiente aviso:

"SOS... SOS Lat 49:55 N. Long. 38:16 Rota la maquinaria del timón".

Un camarero entregó el mensaje al capitán que, inmediatamente, dió órdenes para hacer rumbo al punto del desastre. Un buque, el italiano *Ignacio Florio*, se encontraba en grave peligro, como lo indicaban las alarmantes letras SOS.

A los cinco minutos el aire estaba lleno de despachos, que se cruzaban en todas direcciones.

Varios buques habían recogido la señal de alarma SOS y contestaban y ofrecían ayuda; pero al saber que el *Presidente Harding* y el noruego *Eleven* se encontraban cerca del *Florio*, continuaron su ruta.

Durante toda la tarde y la noche continuó la lucha contra la tempestad. A las diez de la noche, el capitán del buque náufrago telegrafió al *Harding*: "Sólo confiamos en vosotros; pues no podemos permanecer más tiempo a bordo. Todos los botes salvavidas están destrozados. SOS, Capitán".

Al amanecer aún no estaba a la vista el *Florio* y el capitán del *Harding* telegrafió preguntando si hacían señales. Cinco minutos después contestaba el italiano: "Estamos echando cohetes. ¿Los ven?

Después ocurrió algo rarísimo en la historia de la navegación.

Dos minutos más tarde el *Florio* enviaba este despacho: "Un buque pasa cerca de nosotros. ¿Sois vosotros? No se para".

El incidente es raro.

El *Florio* estaba tan cerca del otro barco que lo podía ver claramente, y, sin embargo, el otro buque, sin hacer caso de los cohetes, continuaba su marcha y desaparecía entre la niebla. Probablemente, jamás se llegará a saber el nombre de aquel buque.

A las dos de la tarde, veinticuatro horas después del primer SOS, el *Harding* vió al *Florio*.

La mar estaba picadísima, lo que dificultaba la maniobra para proceder al salvamento. El lanzamiento de cabos se hacía imposible, y con frecuencia la marejada separaba a largas distancias a las dos embarcaciones.

A las cinco de la tarde el *Florio* envió un despacho desesperado que decía: "¿Nos abandonáis"?

"Estamos cerca" — contestaron los otros". "No os desesperéis; valor".

Se logró botar al agua un segundo bote salvavidas; el primero había sido destrozado por una ola contra el casco del buque, y se avisó a los italianos para que estuvieran dispuestos a saltar, añadiendo que no se desesperaran,, y animándoles con estas palabras:

"No os abandonamos; poned luces en los mástiles para que veamos el buque. Estaremos a vuestro lado hasta mejore algo el estado del mar y podamos salvaros".

Al atardecer calmó el viento y las olas empezaron a disminuir. El bote estaba ya listo.

Al desatracar, el telegrafista del *Florio* nos avisó. Abandono mi puesto unos momentos para ponerme el chaleco salvavidas". Y al poco rato otro despacho: "Ya estoy de nuevo en mi puesto". Aquel joven había estado trabajando continuamente setenta horas.

Esta es la historia del *Ignacio Florio*, cuya tripulación fué salvada por el *Harding*.

El *Eleven*, el buque noruego que también ofreció auxilio al *Florio*, llegó tarde, cuando ya todos los náufragos estaban a bordo del buque salvador, por lo cual varió de rumbo y siguió su ruta.

Tres días después el buque noruego pedía, a su vez, auxilio con la fatídica señal, SOS, que la recogió el *American Trader*, a 175 millas. Con grandes trabajos llegó al punto de la catástrofe, pero antes de que el *Eleven* se fuese a pique, consiguiendo, no sin grande peligro, salvar a sus treinta y dos tripulantes.

Kaichiro Yonemura es otro radiotelegrafista que se distinguió cuando los terremotos del Japón.

Los dirigibles que exploran las regiones árticas llevan sus radiotelegrafistas, en todos los puestos peligrosos se encuentran.

En la extremidad de la isla en que se encuentra Nueva York, en la llamada Batterry Place, hay un monumento dedicado a estos héroes. Tres de sus lados están ya llenos con sus nombres, y eso que la profesión es moderna.

Existen tres grandes cuadriláteros de piedra, donde están grabados los nombres de los radiotelegrafistas que han muerto en sus puestos de honor. Uno de los nombres es el de Jack Phillips, que se hundió con el *Titanic*, y hay los de otros que encontraron la muerte en el Pacífico, en el Atlántico, en el mar de las Antillas, en el mar Negro, en todos los mares.

Algunas veces, cuando por la noche se corta de repente la audición de la radio, quedando interrumpido el concierto o el discurso, la inmensa mayoría no sabe a qué obedece ese silencio. Es que en alta mar, el operador, a bordo de un buque en peligro, emite las trágicas letras SOS.

El doctor Juan Campisteguy, presidente de la República del Uruguay, es una alta personalidad pública

Uruguay tiene en su actual primer mandatario, doctor Campisteguy, a uno de sus más calificados hombres de Estado. Su reconocido talento y su aptitud innata para la labor regular y organizada, constituyen los factores determinantes de su provechosa gestión pública. El doctor Campisteguy ha sabido afianzar este concepto que acerca de su figura política existe ya, no sólo en el Uruguay sino aún en el extranjero, donde se le aprecia debidamente a través de la posición que su país ocupa en el concierto internacional. No hay en ello, seguramente, nada de hiperbólico. En estricta justicia, el doctor Campisteguy merece ser considerado como una personalidad de relevantes cualidades, que al propio tiempo que sirve al Uruguay en la medida amplia en que puede hacerlo, contribuye consiguientemente a exaltar el progreso colectivo. Hombre de estudio, dotado de un espíritu superior que le permite encarar los más diversos problemas, tanto los puramente culturales como los de índole material y práctica, el doctor Campisteguy es lo que en la acepción contemporánea se entiende por un patriota civil. Complementando la obra realizada por los prohombres de la Independencia uruguaya, el doctor Campisteguy contribuyó en todos los días de su vida, con denodado sacrificio y desinterés, a la organización y el afianzamiento de las instituciones del pueblo hermano. Su acción constante en este sentido es su verdadera obra. Una sucesiva y creciente actividad en favor de su patria forma su existencia entera, consagrada absolutamente a elevar el Uruguay al grado de desarrollo y prestigio que alcanza en los últimos tiempos. Por eso su nombre es una garantía moral. En medio del apasionamiento cívico que caracteriza a la política uruguaya, el doctor Campisteguy tuvo sin embargo la virtud de inspirar en las más difíciles circunstancias la confianza de partidarios y adversarios. Podrían discutirse sus ideas; él mismo podría, a veces, promover la lucha con un irreductible concepto de disciplina o de convicción personal; pero es indudable que la entereza de su ánimo esclarecido sabe sobreponerse a tiempo a todos los intereses políticos para entenderse exclusivamente de los intereses superiores de su país. De ahí el inconfundible carácter de su personalidad. Una general simpatía circunda al doctor Campisteguy; simpatía que es, a la vez, reconocimiento explícito de sus méritos y que, como hemos señalado, no se circunscribe sólo al Uruguay, porque ha trascendido justamente a todos los pueblos civilizados del mundo.



Doctor Juan Campisteguy

Presidente de la República del Uruguay

El período gubernamental del doctor Campisteguy tiene adquirido, pues, el título que desde luego le presta la gestión del mismo ciudadano en otros altos cargos públicos. Será recordado por el desenvolvimiento perfecto de las instituciones nacionales, el impulso profundo dado a sus actividades comerciales e industriales, el crédito económico, financiero y diplomático que Uruguay goza internacionalmente; y será recordado también por el permanente beneficio de sus múltiples obras públicas, renglón al cual el doctor Campisteguy concedió una preocupación preferente, logrando realizar empresas de servicio público que colocan al Uruguay a la cabeza de las naciones hispano-americanas.

El Dr. Campisteguy se inició en su juventud en la carrera de las armas. Lo guió a ello su espíritu dinámico y directriz; pero, luego, anhelando, acaso, orientarse hacia el campo político en el que debía descollar, se separó del Ejército con el grado de teniente, ingresando, poco más tarde, a la Facultad de Derecho. Egresado en abogacía, fué luego diputado, senador y Ministro de Estado, distinguiéndose en todos estos cargos por sus excepcionales condiciones. Cuando se formó en 1916 *la Asamblea Constituyente resultó elegido Presidente, función delicada que desempeñó hasta que las distintas fracciones se pusieran de acuerdo para programar la Carta Magna que está hoy en vigencia sobre la base de división del Poder Ejecutivo en dos ramas.*

Antes de ocupar la Presidencia de la República el doctor Campisteguy integraba el Consejo Nacional, habiendo presidido también este cuerpo durante un período memorable. En conjunto la personalidad del Dr. Campisteguy es, entonces, de caracteres hondamente sugestivos y hablan alto de las virtudes ciudadanas en que es pródigo el noble pueblo platense.

Señor don Rufino T. Domínguez, ministro de Relaciones Exteriores de la República Oriental de Uruguay

El pueblo hermano venera la figura del eminente hombre público

La organización institucional y política del país hermano es demasiado reciente para que algunos de sus prohombres sean juzgados ya en toda la magnitud de su obra y de sus méritos. Falta aún la necesaria perspectiva histórica, el espacio de triunfo que permita advertirlas y admirarlas en su debida significación. Cuando esto sea posible, cuando las pasiones se hayan amortiguado y la serenidad y el patriotismo impongan un verdadero concepto sobre las personalidades y hechos acontecidos en la historia del Uruguay, entonces el nombre del actual Ministro de Relaciones Exteriores D. Rufino T. Domínguez, adquirirá la consistencia moral de las figuras llamadas a perpetuarse en la memoria de las venideras generaciones. Ciudadano de acción y de estudio, es decir, héroe militar y civil, y a la vez espíritu de cultura, D. Rufino T. Domínguez tiene ganado con creces el recuerdo de la posteridad. Su vida es la epopeya del "pioneer" y del jefe de multitudes. Es verdadero exponente de las virtudes uruguayas, y su obra está vinculada por correlación al ideal alimentado por los grandes patricios de su país y por las legiones bravías del gauchaje que izó en la punta de su lanza el grito primero de Independencia. Por ello puede afirmarse que el ímpetu del soldado no disipó en su espíritu las nobles inquietudes civiles; al contrario, lo uno fué consecuencia de lo otro, como para compendiar los rasgos de su fisonomía patricia, es decir, de aquél tipo glorioso de héroe americano que se improvisaba militar en los combates, pero que era fundamentalmente una consciencia civil. Sin embargo, D. Rufino T. Domínguez no fué un soldado hecho solo en las contingencias del combate. Su notable preparación técnica, su clara noción militar evidencian que hubo en él algo más que un militar improvisado: que hubo un gran temperamento guerrero y que hubo, en verdad, una inteligencia de la estrategia. El contacto diario con jefes de vasta cultura, y su pensamiento ávido de ilustración apresuraron la formación de su personalidad militar. Y así, en plena juventud, pudo destacarse por su extraordinaria pericia como uno de los oficiales más calificados del Ejército. El curso de las distintas revoluciones que convulsionaron al pueblo hermano antes de que afianzara su actual organización institucional, debe mucho a las cualidades y a la actividad de D. Rufino T. Domínguez. No importa que luego la vida civil lo arrebatara al Ejército. A cambio de un militar de alta graduación, — que lo hubiera sido si prosiguiera su carrera — es hoy una notabilidad política de su patria. Diputado nacional, Ministro de Relaciones Exteriores en distintas oportunidades entre las que cabe señalar la actual; Jefe de Policía de Montevideo; Ministro del Interior, es decir, magistrado y funcionario constante en el servicio del bien público, su intensa obra administrativa descuella tanto como su acción en las armas. De las comandancias militares que ejerció a lo largo de las revueltas armadas del Uruguay, heredó, seguramente, el profundo dinamismo que le permitió desarrollar tan vasta labor institucional. Se multipla D. Rufino T. Domínguez, en sus actividades. Su espíritu avisado y su infatigable energía parecen atribuirle una facultad excepcional de ubicuidad: está ahí, en el simple expediente, en el trámite menudo, como está también allá, en el problema fundamental, en la responsable y grande tarea de las relaciones del Uruguay con todas las naciones del mundo. Y este sentido ejemplar de democracia, no disminuye por cierto su concepto; antes bien, lo acrecienta, le da el toque definitivo a su personalidad, que está hecha con la pasta de los estadistas, ilustres que han dado brillo a la civilización latina. D. Rufino T. Domínguez merece, pues, la veneración que le profesa el Uruguay. La justicia no ha llegado tarde para él; pero, como afirmamos al principio, abierta la perspectiva histórica necesaria, quien tanto dió de su vida y su espíritu para el engrandecimiento de la patria vecina tendrá, seguramente, bien ganada la perduración de su nombre.



Señor Rufino T. Domínguez, ministro de Relaciones Exteriores de la República Oriental del Uruguay

El doctor Juan Carlos Blanco, embajador del Uruguay en la República Argentina

El doctor Juan Carlos Blanco, Embajador del Uruguay en nuestro país, es una figura familiar, cuya presentación resultaría superflua si no nos moviera a ello, más que el propósito de retribuir la simpatía que en su condición de caballero y de representante diplomático ha prodigado constantemente a los hombres y cosas argentinas, el deseo de complacernos en el estudio de una personalidad como la suya, tan dotada de caracteres propios y tan rica en sugestiones morales e intelectuales.

El doctor Juan Carlos Blanco pertenece a la generación creadora del Uruguay actual. Cuando la República hermana salió de las vicisitudes terribles de la guerra civil, dándose normas institucionales definitivas y encarando el futuro con el optimismo natural de toda entidad joven, algunas mentes esclarecidas percibieron, no obstante, las dificultades con que tropezaría el país a medida que su desarrollo adquiriera consistencia y originara los problemas consiguientes cuya solución debía preverse. Uruguay había sido hasta entonces una nacionalidad pujante, alentada de patriotismo fervoroso, más que llegaba recién al pleno dominio de sus libertades, luego de un largo período de gestación de las leyes y poderes públicos que tendrían que regirlo en el futuro. De ahí que la generación aludida corriera con una enorme responsabilidad histórica, semejante a aquella que tocóle asumir a nuestros prohombres de la post-organización nacional. Uruguay iba a iniciarse en la conquista de los altos destinos que ejerce en estos momentos en el concierto de la civilización occidental. Era necesario, pues, afrontar situaciones nuevas, fenómenos nuevos, procedimientos nuevos, como es lógico que ocurra en cada etapa histórica aún cuando una y otra se eslabonen hondamente, y la historia no sea en verdad sino una sucesión de acontecimientos ligados entre sí. Particularmente, Uruguay presentábase inquietante en su incipiente organización. ¿Ajustaría su ritmo político y social? ¿Se sobrepondría a las pasiones de sus corrientes cívicas, a las que guiaba sin embargo un dignísimo patriotismo? ¿Sería Uruguay lo que es hoy, la admirable avanzada civilizadora del Plata? Todo lo consiguió la patria hermana mediante la inteligencia y el espíritu de sus hijos, entre los cuales, precisamente, el doctor Juan Carlos Blanco supo descollar en todo instante. Desde su esfera de acción, en la medida vasta de su actividad y de su cultura, el actual Embajador del Uruguay en nuestro país fué de los ciudadanos que más entusiastamente bregaron por el afianzamiento de las instituciones uruguayas y el progreso común en todos los órdenes de su vida nacional. En tal sentido puede afirmarse, sin temor de pecar en la hipérbole, que el doctor Juan Carlos Blanco ha realizado una obra duradera, justamente abonada por la gratitud de sus conciudadanos y el hondo respeto general que rodea su nombre. Colaborador intenso en la empresa de su generación — digna de la jerarquía moral de los patricios de Artigas y Lavalleja — su figura bien merece ser destacada en el elevado cargo representativo que ocupa y ser señalada como un ejemplo de las virtudes ciudadanas que sabe dar Uruguay. Diputado brillantísimo, cuyo infatigable dinamismo corrió pareja con el talento probado en debates ruidosos y memorables, el doctor Juan Carlos Blanco contribuyó eficazmente a la sanción de la legislación vigente, primero en representación de Rocha, y luego de Minas; Ministro de Obras Públicas más tarde, sus dos períodos, alternados con el desempeño de otros altos cargos públicos, se recuerdan como ponderables esfuerzos en favor del progreso material del Uruguay; miembro del Consejo de Administración del Pueblo de Montevideo; Director Honorario de Tráfico y Conservación de Puertos; Embajador Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en Misión Especial a Estados Unidos; Ministro Plenipotenciario en Francia, Delegado a la Conferencia de la Paz, Ministro de Relaciones Exteriores; luego, cuanto hizo por el prestigio internacional de su patria y por el conocimiento y acercamiento de todos los países del mundo no puede, por su magnitud, sino ser simplemente consignado y admirado en la crónica sucinta. Delegado de la Legación del Uruguay a las asambleas de la Liga de las Naciones, su notable gestión hizo que en 1922 Uruguay fuera elegido para participar en el Consejo de la entidad de Ginebra, tocándole al propio doctor Juan Carlos Blanco representarlo con la natural eficacia con que antes acreditara a su patria en la histórica Comisión de Reparaciones. La embajada que desempeña ahora en nuestro país no ha hecho más que acrecentar su obra y ratificar el concepto y la simpatía públicos de que goza. Será ella por muchas razones paralela de la augusta ruta trazada por su antecesor, el benemérito doctor Daniel Muñoz; como será, asimismo, digna del preclaro patrimonio de los Blanco, la rama prócer que tiene en él un continuador ilustre. Nuestro país lo ha advertido ya en el hecho de que el doctor Juan Carlos Blanco fué designado para ocupar la primera Embajada con que cuenta la diplomacia del Uruguay. Y porque quien acreditó títulos suficientes para merecer a tal punto la confianza de sus conciudadanos, es, indudablemente, un alto espíritu, nosotros, el pueblo argentino todo, sabemos reconocerle tanto como la representación política que inviste, sus condiciones personales puestas al servicio del interés común de Hispano América y de los ideales superiores de la humanidad. El doctor Juan Carlos Blanco, que es, por otra parte, un publicista de singulares méritos, ha enriquecido el acervo de la pinacoteca política con sus siguientes libros: "Sistema de Explotación de Puertos", "Lecciones de la guerra", "Puertos y zonas francas" y "El Puerto de Montevideo".



Doctor Juan Carlos Blanco, embajador de la República del Uruguay, acreditado ante nuestro gobierno

El personal de la embajada de la República Oriental del Uruguay



DE IZQUIERDA A DERECHA, SENTADOS: SEÑORES FELIPE BUXAREO ORIBE, CONSEJERO HONORARIO; EMILIO CERDAN, CONSEJERO TITULAR Y RICARDO J. ARECO, PRIMER SECRETARIO. DE PIE: SRES. MARIO I. PERCOVICH, CAPITAN DE CORBETA, AGREGADO NAVAL; AGUSTIN MINELLI, SECRETARIO Y DANIEL MUÑOZ CARAVIA, SEGUNDO SECRETARIO

Acompañando la delicada gestión diplomática del Embajador Plenipotenciario del Uruguay, doctor Juan Carlos Blanco, un plantel representativo del pensamiento y la actividad del pueblo hermano, ocupa los distintos cargos inherentes a la misma y colabora así, desde los respectivos radios de acción, a la amplia tarea de acercamiento e intercambio de las naciones del Plata. En realidad, toda alta función pública que comporte el estudio y la solución de numerosos y trascendentales problemas es, en cierto modo, una célula vital en cuya energía participan diversos factores distribuídos en orden concéntrico. Por eso el esfuerzo común es lo que hace denodada y eficaz la empresa que, por razones naturales de jerarquía, recae con todas sus ventajas y responsabilidades en la autoridad superior. Y es que, aún siendo común el esfuerzo, la jerarquía es, el orden de todas las instituciones que reposan sobre las bases sólidas del derecho, y, al propio tiempo que asegura a la sociedad su constitución recta, asegura a cada uno la conquista de los destinos más elevados mediante sus propias cualidades y su propia obra. La diplomacia uruguaya ha sido, en este sentido, una verdadera escuela de justicia y aptitud, donde las posiciones no se escalan por simple beneficio político, sino por probados servicios y méritos adquiridos en la carrera. La Embajada destacada en nuestro país es así un modelo ejemplar: sus miembros son funcionarios de actuación destacada en el desempeño de distintos cargos administrativos y diplomáticos.

D. Ricardo Julio Areco, Primer Secretario, ingresó a la vida pública en Octubre de 1910, como agregado a la Secretaría del Honorable Senado; en 1918 fué nombrado Agregado a la Legación, adscripto al Ministerio de Relaciones Exteriores hasta 1923, en que fué designado segundo secretario de la Legación en nuestro país; finalmente, con motivo de la creación de la Embajada, D. Ricardo Julio Areco pasó a desempeñar el cargo que ahora ocupa. D. Emilio Cerdán, Consejero de la Embajada, llegó a este delicado puesto después de haber sido segundo y primer secretario de la misma. Se inició en la diplomacia en 1903, desarrollando antes una intensa labor consular en diversos países de América y Europa. D. Agustín Minelli, Secretario del Ministerio de Relaciones Exteriores y Secretario de la Embajada Extraordinaria en ocasión de la transmisión del mando presidencial de nuestro país, en 1922; D. Mario E. Percovich, Agregado Naval de la Embajada, que cursó estudios en la Escuela Naval Argentina como alumno becado por su país, fué jefe de la Sección Cálculos de Geodesia y Astronomía en el Instituto Geográfico Militar y el Servicio Hidrográfico de la misma sección; D. Daniel Muñoz Caravia, Segundo Secretario de la Embajada, ocupó antes de su designación para este cargo, los puestos de agregado a la legación en Inglaterra y en Chile. En 1915 mereció la condecoración de la Orden de Isabel La Católica; finalmente, el doctor Félix Buxareo Oribe, designado recientemente Consejero Honorario de la Embajada, acreditó en distintas comisiones oficiales a congresos agrarios internacionales, y en diversas funciones diplomáticas, los méritos que aseguran la eficacia de su gestión pública en el nuevo delicado cargo que le ha confiado su gobierno.

Doctor Carlos María Gurméndez, cónsul general de la República Oriental del Uruguay

El desempeño de la fuacion consular en países que como Uruguay y Argentina mantienen una tradición de afectos e intereses, no parecería a simple vista sino una tarea de relativo alcance diplomático, es decir, una representación designada a sólo título de llenar los requisitos protocolares y del derecho internacional. Sin embargo, es precisamente en tan felices circunstancias que la misión consular se torna múltiple y difícil, complicada por los numerosos problemas que se derivan de una intensificación profunda del intercambio comercial y cultural, y de la asociación de los intereses comunes, que convergen hacia un mismo centro en virtud de la identidad de una y otra nación, como asimismo por el claro acento de fraternidad que las une y cuya honda raigambre debe buscarse en la historia. El Consulado General del Uruguay en nuestro país es por eso un cargo de verdadera responsabilidad. Exige para su desempeño condiciones especiales de actividad, de preparación y de simpatía. Una atmósfera de noble idealismo debe difundirse en su radio de acción. Llegada la compenetración de los pueblos y los gobiernos al máximo de inteligencia que puede lograrse, cuando ya las líneas fronterizas no son sino simples delimitaciones geográficas, que el amor recíproco salva fácilmente en nombre de un superior designio de humanidad, la obra consular, como la diplomática, tiene por único objeto custodiar la fe común, alimentar la imperecedera llama sagrada de la paz y del trabajo.



Doctor Carlos María Gurméndez, Cónsul general de la República Oriental del Uruguay, personalidad política y diplomática de reconocidos méritos.

El doctor Carlos María Gurméndez, actual Consul General del Uruguay ha sabido en todo momento hacer honor a su cargo, desempeñándose con contracción ejemplar y con indudable eficacia; hasta el punto de haber merecido en distintas oportunidades los plácemes de ambos gobiernos del Plata. De ahí que su actuación sea considerada de considerables beneficios para la prosperidad y la firmeza de los sentimientos comunes. Sub-secretario del Ministerio de Industria, Trabajo e Instruccion durante el Gobierno del doctor Claudio Williman; Secretario General del Consejo de Asistencia pública y Prevision Social; Catedrático de Derecho Institucional; Delegado a la 5.a Conferencia Panamericana de Santiago. Redactor de "El Siglo", "Diario del Plata" "La Mañana" y otros colegas de Montevideo; colaborador de "La Nación", de esta Capital, y autor además de diversas obras de alta trascendencia diplomática, el doctor Carlos María Gurméndez es por todo ello una reconocida personalidad de Uruguay e Hispano América.



El cuerpo de funcionarios que colabora en la intensa labor del Cónsul General del Uruguay en nuestro país, doctor Carlos María Gurméndez: Cónsul de Distrito, D. Conrado Etcheguen, Secretario Contador, D. Juan Carlos Larramendi; Canciller, D. Alfredo Varzi. La regularidad y eficacia de la alta representacion hablan mejor que todo adjetivo de la contracción e inteligencia con que actúan los citados funcionarios, los cuales han pasado antes por otros delicados puestos en que revelaron iguales méritos y cualidades personales.



María Teresa Baqué Vega



María del Carmen Baqué Vega



Carlos R. y Octavio Gurméndez



EL ABUELO

Por Delfín Fernández y Gonzalez

—¿Qué es, qué es?, — preguntó ansiosa la madre. Adela, incorporándose en el lecho, fijos los ojos en el pedazo de sus entrañas que el médico victorioso, radiante, alzaba entre las manos.

—Una niña hermosa, mucho más guapa que su madre, contestó el doctor acercándosela.

—¡Mátela, mátela usted!, rugió la recién parida, y al mismo tiempo estrechaba contra el pecho y cubría de besos y de lágrimas a su hija.

El parto había sido difícil, un primer parto laborioso, que acaso sin la intervención del doctor hubiera costado dos vidas. Pero ya había pasado, y a los ayes de Adela, a sus quejidos desgarradores, a sus gritos salvajes, sucedían ahora las risas locas de la nueva madre, sus parloteos nerviosos y desordenados, y el llorar agudo y constante con que la niña entraba en el mundo.

Más tarde el médico terminada su misión, dispúsose a marchar; pero antes,

—¿Queréis, preguntó a Adela y su marido, que ahora, al pasar, dé la noticia al abuelo?

Una nube de tristeza veló la felicidad del matrimonio, y hubo unos instantes de silencio.

—Sería inútil, respondió al fin el marido, Alfredo, conozco a mi suegro. La consideración que usted le merece podrá hacer que le escuche sin mostrar disgusto; pero... ¿Qué espera usted del hombre a quien no conmueve ni el peligro de muerte en que acaba de estar su hija?

El médico a pesar de este mal concepto que Alfredo tenía del padre de Adela, y que, conocedor de la vida íntima de aquella familia, hallaba natural y fundado, no desistió de su idea.

—Bueno, bueno, ya veremos, salió diciendo.

Marido y mujer, al quedar solos, se miraron silenciosos, como queriendo y no atreviéndose a continuar entre sí la conversación iniciada por el doctor, conversación que ya otras veces había turbado la paz de aquella casa.

—Eres demasiado injusto con papá, exclamó pasado un rato Adela, que jamás reconocía en su padre un endurecimiento de corazón, contra el cual no obstante se estaba estrellando todos los días, desde el de su boda con Alfredo, el afecto profundo que ella le tenía.

—¡Injusto!... Pero déjalo, hoy te está prohibido discutir y disgustarte. Otro día hablaremos de eso, dijo Alfredo abrazando a su mujer.

* * *

D. Pedro Majada, el padre de Adela, era aborrecido, odiado en el pueblo, y en verdad que su aspecto, aún prescindiendo de sus obras, lo hacía perfectamente explicable. Hombre de unos cincuenta años, alto, delgado, siempre vestido de negro, siempre afeitado, hablando siempre en voz baja, misteriosomente, creyérasele un cómico amanerado en perpetua posesión de su papel de traidor de drama, incapaz de inspirar otro sentimiento que repulsión. Su mismo andar cauteloso, de espía, deslizándose como una sombra, prevenía contra él. Favorecíanle también muy poco sus ojos, unos ojos pequeños, de mirada baja, innoble, que hacía adivinar todas las malas pasiones: orgullo y desprecio cuando se fijaban en un pobre; envidia y ambición al clavarse en un rico; lujuria, sensualidad, asquerosos apetitos seniles cuando seguían rastreros los pasos de una mujer joven y hermosa.

Es probable que si todas estas circunstancias, contra lo que suele acontecer, hubieran estado en abierta oposición con el carácter de don Pedro, con su proceder, con sus sentimientos, no hubieran bastado a hacerle odioso a sus paisanos. Pero, además, era malo, malo por naturaleza; cuanto exteriormente se veía en él, armonizaba perfectamente con su modo de pensar, de obrar, de ser, y el pueblo lo sabía. Era notorio que jamás su corazón se había conmovido ante la desgracia ajena; que jamás había mostrado un buen deseo, una buena voluntad hacia sus semejantes. Era ya proverbial su maldad.

Su misma fortuna, su mismo enriquecimiento — porque D. Pedro era rico — recordaban una mala acción, un verdadero robo. Siendo un chiquillo había marchado Majada del pueblo, y a su regreso, ya hombre, dueño de un pequeño capital, habíase casado con una viuda de buena posición, de quien a poco tuvo un hijo. Meses después de nacer éste, un hermano de la señora de D. Pedro, rico como ella, y soltero, fué herido mortalmente en una cacería, y trasladado al pueblo, a casa de su cuñado, falleció inmediatamente; pero no obstante, pasados algunos días, se supo que momentos antes de morir había hecho testamento, dejando toda su fortuna a su sobrino, el hijo de D. Pedro. Los demás cuñados de éste, convencidos de la falsedad de aquel testamento, por cuanto las heridas recibidas por el finado habíanle privado instantáneamente de la vista, del habla, del conocimiento y casi de la vida, habían pensado denunciarlo al Juzgado; pero viendo que D. Pedro había previsto todos los casos y que el testamento, aunque falso en realidad, tendría que ser declarado perfectamente legal por los tribunales, habían desistido de sus propósitos.

Esa mala acción de D. Pedro, cuyo recuerdo infamante no había de poder borrar en la vida de la memoria de sus conocidos, fué entonces duramente censurada, y más adelante, cuando, a poco de nacer Adela, murieron primero su madre y seguidamente su hermanito, hizo a muchos ver en tales desgracias de Majada un doloroso castigo por su mal proceder pasado.

Es verdad que también hubo quien creyera que no por desgracia, sino por suerte, había tenido don Pedro aquellas pérdidas, por cuanto ellas hacían más suya la fortuna robada a sus cuñados.

* * *

La boda de Adela y Alfredo y los disgustos que habían mediado entre ambos y D. Pedro con motivo de ello, habían puesto de manifiesto por sí ya no lo estuvieran sobradamente, los ruínes sentimientos de Majada, y habían acabado de excitar contra él los odios generales.

Alfredo, sin ser pobre, distaba mucho de tener la fortuna que algún día había de poseer Adela, y eso solo, esa sola circunstancia, esa única superioridad de su hija, había movido a Majada a oponerse abiertamente, rudamente, desde que había tenido noticia de ellas, a las relaciones de ambos jóvenes. A nadie se ocultaban las buenas cualidades de Alfredo, sus buenos antecedentes, su honradez, laboriosidad, su ilustración, sus primeros éxitos en su carrera de abogado que había empezado a ejercer entonces; pero para D. Pedro el dinero solo con dinero era comparable, y únicamente a quién tuviera tanto como ella creía digno del amor de su hija.

Por su parte, Adela, en quien el ejemplo de su padre no había ejercido la más ligera influencia, tenía ideas muy opuestas a las de él en ese punto, y considerándose favorecida con aquellas relaciones, y amando ya profundamente a Alfredo, cariñosa como siempre lo era con su padre, cuyos defectos no veía ella jamás, había intentado convencerle de lo injustificada que era su oposición, había procurado hacerle variar de pensamiento con razones no por respetuosas menos atendibles, y cuando había visto irrealizables sus deseos, defraudadas sus esperanzas, desechados sus ruegos, alma fuerte, había tenido el valor de arrostrar todas las intemperancias de D. Pedro, todos sus inconcebibles rigores, y contra su voluntad terminante había dado su mano a Alfredo.

Este, como consecuencia de esa inmotivada y tenaz oposición de su suegro, odiábale tanto como amaba a Adela, y ese odio, del que nunca llegó a participar la joven, había sido causa de serias discusiones entre el nuevo matrimonio, especialmente en los primeros meses de casados. Después ya, poco a poco, Adela habíase ido convenciendo, aunque no en absoluto, sin embargo, del escaso afecto que su padre sentía hacia ella, y como por otra parte Alfredo procuraba hablar de él lo menos posible, iban haciéndose cada vez menos frecuentes aquellos disgustos, siquiera tuvieran que reprimir algo sus sentimientos en más de una ocasión marido y mujer.

* * *

Viejecito ya, aunque sano y fuerte todavía, el doctor Ramírez era uno de esos hombres convencidos de que no valen las cosas de la vida los disgustos que cuestan, y apóstol de esa fé, y bondadoso, además, por naturaleza, procuraba siempre llevar el ánimo de sus semejantes aquel su mismo convencimiento.

Era el eterno mediador en todas las cuestiones que se suscitaban entre sus vecinos, y muchas, muchísimas se habían solucionado amigablemente gracias a él.

—¿A qué reñir? Cuatro días que hemos de estar aquí, pasémoslos en paz, — solía decir.

Aparte de la confianza que tenía con todos sus clientes por razón de su carrera, la cual confianza le autorizaba a hacer toda clase de preguntas, su carácter conciliador convertíale en depositario de los más íntimos secretos. El que había entre Alfredo y Adela, el escollo con que tropezaban en su vida matrimonial los dos jóvenes, érale sobradamente conocido, y ya otra vez había intentado apartarlos de él, pero no había podido lograrlo. A poco de casada Adela habíalo hecho ir a implorar perdón de su padre, y seguidamente había ido él también a pedir a Majada que se reconciliara con sus hijos, pero todo había sido inútil; D. Pedro habíase mostrado duro, intransigente.

Sin embargo, no desesperanzaba al buen doctor ese fracaso, y ahora, recién parida Adela, parecíale inmejorable la ocasión para llevar a cabo sus deseos, porque pensaba que si no por los hijos, por la nieta, se hallaría Majada propicio a la reconciliación.

Además D. Pedro debíale señalados favores profesionales, tal vez la vida, y había de costarle mucho desatender nuevamente sus ruegos, no rendirse a sus teorías: "¿A qué reñir? Cuatro días que hemos de estar aquí, pasémoslos en paz."

-Pase que no me hiciera caso antes, decíase el doctor. Realmente entonces los disgustos pasados estaban muy recientes, y al fin D. Pedro, aunque no la tuviera, creía tener razón. Pero ahora...

Las casas de D. Pedro y sus hijos estaban juntas. Mejor dicho, era una sola casa convertida en dos por medio de una separación reciente, Pertenecía el edificio a la señora de D. Pedro, y al morir la propietaria lo heredaron por mitad Adela y su hermano. Muerto también éste, su parte pasó a D. Pedro, y luego, casada Adela, su marido exigió a Majada los bienes que le correspondían. Como no tenían otras casas en el pueblo y padre e hijos no cabían juntos en aquella, a pesar de ser enorme, acordaron dividirla, único acuerdo que hubo entre ellos, siquiera a éste llegaran porque a ambas partes movía el mismo deseo de perjudicar a la contraria.

No hizo, pues, el doctor más que salir de casa de Alfredo y a dos pasos halló la puerta de la de D. Pedro abierta de par en par.

Dió unos golpecitos con su bastón el bondadoso médico en la misma puerta, atusó nervioso el blanco bigote, dió un estirón a la americana, hizo un gesto que bien podía tomarse como de mal humor, aunque en realidad solo aparente y para atemorizar a Majada y trepó con agilidad impropia de sus años por la escalera que arrancaba del fondo de un pequeño patio.

Una vez arriba halló a la criada de D. Pedro, que se disponía a bajar, y como ella le dijera que el amo estaba en la sala, conocedor

(*Continúa en la página* 39).

DAMAS URUGUAYAS







Señora María Luisa Gómez Cibils de Domínguez, esposa del ministro de Relaciones Exteriores de la República Oriental del Uruguay.



Señora María Delfina Lugones de Cerdán, esposa del consejero de la embajada del Uruguay, señor Emilio Cerdán



Señora Margarita Idiarte Borda de Blanco, esposa del embajador de la República Oriental del Uruguay, doctor Juan Carlos Blanco

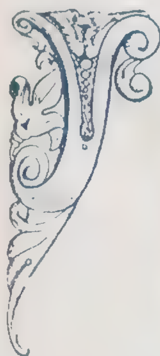


Señora Blanca Guillermette de Gurméndez, esposa del cónsul general del Uruguay, doctor Carlos María Gurméndez



Señora María Ayerza de Buxareo Oribe, esposa del consejero honorario de la embajada del Uruguay, señor Felipe Buxareo Oribe.







Señora María Isabel Quincke de Areco, esposa del primer secretario de la embajada del Uruguay.





Señora Sara Usher de Minelli, esposa del secretario de la embajada del Uruguay, Sr. Agustín Minelli.





Señora Julia Mangin de Belo



Señor Domingo Baqué, miembro del directorio del Banco de la República



Señora Rosario Vega de Baqué



Señor Juan José Belo, alto funcionario público del Uruguay

Don Juan José Belo, veterano luchador de las bregas civiles del Uruguay, es una personalidad reconocida de antiguo en todos sus méritos de funcionario y de caballero. Una larga carrera administrativa, que arranca desde los más modestos cargos hasta el desempeño de las más altas funciones institucionales, garantizan su entera consagración al bien público. Es, puede decirse, el modelo cabal del ciudadano llamado a cumplir su destino en la acción pública. Por eso su retiro de la administración de Gobierno, cuya Escribanía desempeñó hasta acogerse a los beneficios de la Ley de Jubilaciones, no significó precisamente el descanso que tiene merecido con creces. En otros órdenes de la actividad administrativa, D. Juan José Belo prosigue en estos instantes su obra, ejerciendo la acción tutelar y extraoficial para la cual lo habilitan su experiencia, su patriotismo y su clara inteligencia. De ahí que pasara a ocupar la Escribanía del Banco de la República, cargo de delicada importancia, que agregará una nueva nota a su considerable foja de servicios.

Cuando D. Domingo Baqué fué elegido para integrar el Directorio del Banco de la República, esta institución estaba aún en el estado primario de su desenvolvimiento. Normas tradicionales, muy respetables, por cierto, pero sinónimas de la rutina y lejanas seguramente del progreso que señala Uruguay en todas las demás manifestaciones de su vida, habían limitado el desarrollo del Banco de la República. Voces aisladas, en el periodismo y en la política, dejábanse oír a menudo acusando el estrecho miraje del crédito nacional y de sus operaciones en el país y en el extranjero. Era ciertamente el estacionamiento del Banco de la República frente al extraordinario impulso general. Y como con relación ello, esa institución debía ser precisamente el índice de progreso ya que el grado de éste se refleja inevitablemente en su economía y sus finanzas, el caso presentábase inquietante, a pesar de que las personalidades que se hallaban a su frente eran una garantía moral y patriótica indiscutible. La oportuna designación de D. Domingo Baqué para miembro del Directorio vino a zanjar ampliamente las dificultades del Banco de la República. Su inteligencia y su actividad promovieron el rápido desenvolvimiento de la institución, que alcanza en el momento actual su máximo desarrollo, en medio de la confianza envidiable que goza internacionalmente. Inmensos beneficios reportó la prosperidad del Banco de la República, tanto a las actividades diversas de la Nación como a sus intereses políticos. De tal modo, la gestión de D. Domingo Baqué puede considerarse como de las más provechosas, como la más fundamental, acaso, en favor de su afianzamiento público. Tanto es así que se le reeligió espontáneamente y como prueba de reconocimiento de sus excepcionales condiciones de funcionario.

Hombre de trabajo y estudio, verdadero "pioneer" de la grandeza del Uruguay, une a sus cualidades la modestia personal más sincera. Llano, franco, expansivo sus méritos aparecen doblemente exaltados por la gracia de su virtud. Y como la patria hermana sabe apreciar justamente sus valores, no sólo porque vaya en ello su propio prestigio, sino porque además se le impone el claro discernimiento de su tributo moral, D. Domingo Baqué es estimado como uno de sus más altos ciudadanos.





Doctor Atilio Narancio, una eminente y querida figura del Uruguay

El doctor Atilio Narancio, la popularísima y querida figura de un eminente médico, que es a la vez un sportmen consumado y propulsor del magnífico foot-ball uruguayo, se halla actualmente en gira, científica por la cuna de las civilizaciones occidentales, incorporando a su bagaje técnico y espiritual los más nuevos elementos de superación. Su paso ha sido saludado con generales simpatías y pruebas de reconocimiento de su alta labor pública y profesional, cuyo prestigio trascendió justamente al extranjero. El doctor Atilio Narancio, el "padre del foot-ball del Plata", como se expresa el entusiasmo de los deportistas, fué promotor del envío de la Delegación y el equipo uruguayo a las Olimpíadas de Amsterdan. En su carácter de miembro del Consejo Nacional Administrativo, puso en ello todo empeño, hasta obtener la sanción de su iniciativa, que tantos beneficios debía proporcionar al Uruguay como medio de difusión internacional de su nombre y como estímulo de la cultura física popular. El doctor Atilio Narancio, temperamento expansivo y cordial que capta los más caros afectos, tiene, pues, derecho a la gratitud y aprecio de sus conciudadanos.

Comité Argentino-Peruano Clorinda Matto de Turner





La presidenta de la Junta Directiva del Comité Argentino-Peruano Clorinda Matto de Turner, señorita Adelia di Carlo, acompañada de las señoras Rosa V. de Angarami e Inés C. Chiappori y de las señoritas María Luisa Parodi, Elvira Bottaro, Juanita Secco, Juanita Martín, Aurora Ravina y Carmen Coronel, que integran dicha junta, durante el té danzante efectuado a beneficio de la caja social de la institución.



Un grupo de señoras y señoritas concurrentes a la fiesta.

Médica de emigración



Doctora señorita Eloisa Soriano, médica de emigración española llegada a bordo del vapor "Antonio Delfino". La doctora Soriano es la primera mujer que viene desempeñando tal cargo

HUÉSPEDES ILUSTRES



El filósofo alemán, profesor Juan Driesch, que a invitación del Instituto Cultural Argentino-Germano, pronunciará varias conferencias en Buenos Aires. Le acompañan su señora, esposa y el doctor Josué Berutti y profesor Coroliano Alberini, momentos antes de desembarcar del "Antonio Delfino".

Asociación de Cultura y Cooperación Escolar





Con asistencia de numeroso público realizóse un acto en favor de la oficialización de la escuela que funciona en la calle Directorio 2227 y que sostiene la Asociación de Cultura y Cooperación Escolar. A la izquierda: doctores Bard y Uslenghi y señores Grego, Echichurry, Aranguren, Muñoz Lara, Videla, Rousseau, Bonomi, Duran y Cosentino, durante el discurso del señor A. Mañé. A la derecha: vista parcial de concurrencia.

Recital poético de la profesora Blanca C. de la Vega



La distinguida profesora de declamación Blanca C. de la Vega, durante su recital poético en el teatro Cervantes.



Un aspecto de la sala del teatro Cervantes, mientras se efectuaba el recital poético a cargo de la profesora Blanca C. de la Vega, quien obtuvo un señalado éxito artístico.

Darling Tennis Club



Vista parcial de la concurrencia que asistió a la fiesta organizada por el Darling Tennis Club en honor de las familias de sus asociados.

Teatros



Ofelia de Aragón, la popular artista que en breve reaparecerá en el Teatro Solís de esta capital

ACTUALIDADES CINEMATOGRAFICAS



La actriz rusa E. A. Roniser, protagonista con Eugenio Cherviakof de "Zar y poeta", la superproducción rusa que Solá Film estrenará el 4 del próximo



Charles Farrel (Fazil) y Greta Nissen (Fabiane) protagonistas de "El príncipe Fazil", o "Razas en lucha", que la Fox Film estrenó ayer.



Estelle Brody en la superproducción "Mademoiselle From Armentieres", que estrenó anteayer la Corporación en tres grandes salones.



Dolores del Río y Ben Bard, protagonistas de "Amor cubano", que la Fox estrena pasado mañana



Nedda Francy y Eduardo Morera en "La borrachera del tango", película nacional que la Maipo Film exhibe desde ayer.



Patt O'Malley y Carmelita Gerarghty en "La tragedia de un amor", que estrenó el domingo la Corporación



Charles Ray y Jobyna Ralston en "Los enemigos del amor", película Jewel que la Universal exhibe desde ayer.



Ninna Vanna y Mary Johnson protagonistas de "Lo que las hijas ocultan a los padres", cinta extraordinaria que en breve estrenará la New York Film Exchange

EL HALCON

(CAPITULO DE LA OBRA "LOS GAUCHOS COLONOS", RECIENTEMENTE APARECIDA)

Por Mario César Gras



Las aguas del Gualeguay corrían mansas, tranquilas, cristalinas, entre las umbría frondosa de los sauces llorones, cansados de lamer siempre la misma ribera silenciosa y salvaje y de sumar sus lágrimas simbólicas al mismo caudal de linfa huraña.

Era tan diáfana aquella corriente azul que no solo reflejaba como en un espejo el dulce paisaje ribereño, sino que dejaba ver sin esfuerzo a través de su maravilla transparencia el ligero ambular de las tarariras y de las mojarras o el pesado y torpe circular de las tortugas.

Todo era silencioso allí, un silencio religioso, casi místico, apenas hollado por el susurro agreste de la selva, imponente en su formidable rudeza. El grito desapacible de las urracas, el uuu uuu de las palomas torcaces, cobraban allí sonoridades extrañas, inquietantes.

Eduviges inclinada sobre la costa, de rodillas sobre la dorada arena que encajonaba el cauce del arroyo se ocupaba esa tarde en lavar la ropa de la familia, tarea doméstica en que se relevaban semanalmente con Doña Casimira.

No sentía miedo, ni inquietud, ni emoción. Estaba habituada a realizar trabajos de esa índole, sola su alma en medio de la adusta tenebrosidad del Gualeyan, ora haciendo leña en lo más fragoso del espinillal, ora repuntando la caballada de su padre en las gélidas madrugadas del invierno, ora buscando entre los sarandisales de la costa algún ternero extraviado, ora, en fin, recorriendo los nidos de los pájaros, cual muchachuela traviesa, en procura de huevos y pichones.

Por eso no le sorprendía el ruido de alguna vaca que emergía de la espesura, chafando el verde carrizal, para aproximarse a la aguada, ni le interesaba verla llegar arisca, recelosa, hundirse en el agua hasta los encuentros y beber con avidez, resoplando, mientras un tordo audaz y juguetón se posaba tranquilamente sobre su lomo aterciopelado.

Por eso no le inquietó, tampoco, el estrepitoso zambullido de algún carpincho que al alejarse vertiginosamente aguas abajo, dejaba en la superficie tersa del arroyo, la estela temblante y fugitiva de su trayectoria.

Por eso, no se immutó lo más mínimo ante el rumor de trueno de una tropilla de caballos que desembocó como un torrente por el abra inmediata y se arrojó, tumultuosa, en el abrevadero. La vió, indiferente, beber de prisa, chapalear el agua a manotadas y alejarse de nuevo, relinchando, al compás del cencerro de la yegua madrina que parecía querer rimar el tropel de los cascos.

Por eso no advirtió ¡qué habría de advertirlo! el espectáculo sugerente de un martín pescador que, cayendo como aerolito en el agua tranquila, se alzó en seguida llevando en el pico como botín de su audacia, una nacarada mojarrita que fué a engullir, atascándose, entre la fronda silenciósa, mientras en el espejo del arroyo se abrían infinidad de círculos concéntricos que denunciaban el punto donde aquel pájaro vistoso clavara su pico certero y voraz.

Por eso, porque permanecía con el alma ausente de todo lo que la rodeaba, absorta en quien sabe que extrañas cavilaciones no percibió Eduviges la llegada de un jinete que apeándose rápidamente de su cabalgadura se acercó hasta ella con sigilo deteniéndose a contemplar codicioso aquellos brazos mórbidos, aquellas piernas desnudas, morenas y bien torneadas que la falda recogida de la muchacha dejaba ver algo más de lo prudente. Observó embelesado aquel cuerpecito esbelto, ondulante que oscilaba al ritmo acelerado del movimiento enérgico de sus manos, semi ocultas entre la espuma del jabón y que batían vigorosamente la ropa.

El recién llegado, que no era otro que el hijo de Pitaluga denotaba visible nerviosidad como si vacilara entre revelar su presencia a la muchacha o prolongar la contemplación furtiva de sus encantos. Sentía un impulso primario de arrojarse sobre la indefensa criollita aprovechando su actitud descuidada y estrujarla con frenesí brutal, llenándola de besos y saciando de una vez sus ansias de posesión, pero le pareció demasiado torpe y miserable el procedimiento y resolvió obrar con cautela y discreción, temeroso de las consecuencias que podría acarrearle una actitud precipitada y violenta.

Arturo estaba seguro de alcanzar sus propósitos si procedía con cierta habilidad. Había obtenido de la muchacha algunas fugaces pero elocuentes manifestaciones de simpatía que dilataban sus ilusiones. Debía, pues, obrar con astucia y paciencia. Aún cuando la perversa intriga de Domitilo le había hecho cambiar de concepto sobre la interesante criollita comprendía que no era posible lograr su amor groseramente ni por sorpresa, máxime conociendo su rudimentaria educación y su psicología de potranca arisca. Eduviges se había convertido para él en un capricho obstinado, obsesionante, del que no podría desprenderse con facilidad. Por eso temía perderla ofendiendo innecesariamente su pudor. Se acusaba de gravísimos errores de táctica inconcebibles en su experiencia amorosa. Había perdido un tiempo precioso, no había sacado oportuno partido de las revelaciones de su capataz y había cometido, en cambio, la imprudencia pueril de dar a este una participación demasiado activa y directa en asunto tan íntimo. Reaccionando de todo eso que él consideraba una cobardía absurda y dispuesto a recuperar el tiempo perdido había ido allí esa tarde resuelto a todo, decidido a terminar, de una vez, con una insostenible situación de duda en que su amor propio jugaba un papel preponderante. Quería abordar personalmente a la rebelde chinita, confesarle abiertamente su amor, comenzar, en una palabra, su asedio, sin la ingerencia comprometedora de ningún extraño. Debía fingir una pasión desbordante para disfrazar sus verdaderas intenciones bajo la apariencia de un romance selvático. Allí estaba el secreto de su nueva táctica para conquistar sin esfuerzo el ingenuo corazón de aquella encantadora mujercita, humilde y rústica como las margaritas rojas de las cuchillas pero fascinante y radiosa como una aurora primaveral.

Aquella tarde al descender al arroyo en procura de la anhelada entrevista, al verla allí tan desprevenida y tan seductora, se sintió poseído de una emoción extraña, mezcla de admiración y voluptuosidad. Trémulo indeciso, sin saber que decir, permaneció como alucinado a breve trecho de la muchacha contemplando con arrobamiento aquellas formas perfectas de mujer en sazón.

Eduvibes, ajena a su presencia, lavaba con frenesí, acentuando en cada movimiento la flexibilidad de su cadera audaz.

Se detuvo un instante para recobrar alientos y miró vagamente en derredor como si quisiera recoger en su retina la belleza evocadora del paisaje. Una calandria, columpiándose graciosamente en lo más alto del sauce ensayó en ese momento una argentina serenata de amor y Eduviges, dócil a esa fuerte insinuación de lirismo tarareó con juvenil desenfado:

El hombre que a mi me quiera .
Ha e tener muy morena
La cabeyera...

—Si es así tendré que privarme de quererla... — le interrumpió Arturo con afectada zalamería, aprovechando la coyuntura para hacerse advertir de la confiada criollita. Esta, en un movimiento instintivo de animal asustado dió un grito de espanto, y se incorporó estremecida. Sus mejillas curtidas por el sol y el aire fuerte del campo habían adquirido, por efecto de

la brusca sorpresa, una palidez mortal que se trocó en el tinte purpurino del rubor cuando reconoció en el inesperado visitante a su tenaz pretendiente.

—Ah, era usté. ¡Qué susto, Virgen Santísima! — balbució en el paroxismo de la turbación.

Arturo, turbado también, sólo acertó a repetir el inocente requiebro, mientras castigaba el pie de su bota con la azotera de la fusta:

—Decía que si lo que usted cantaba fuera verdad, los rubios tendremos que renunciar a quererla...

Arturo era, en efecto, muy rubio, de un rubio azafranado, que revelaba en forma neta su origen extranjero.

La muchacha, reaccionando apenas de su estupor, contestó con inconsciente coquetería:

—Era un decir, no más... — y agregó reflejando su ingenua perplejidad, mientras ordenaba nerviosamente el desaliño de su vestido y la maraña de sus rizos de seda.

—Me asustó dendevera... yo estaba tan distráida, lavando, que lo que menos pensaba...

—Es que yo viniera a importunarla — concluyó Arturo con calculada finura.

Ella contestó con una sonrisa inexpresiva, hija de su desconcierto.

Esa sonrisa, que el mozo interpretó como un tácito asentimiento a su conducta, le infundió audacia y explicó con calor:

—La he estado contemplando desde hace rato... Encantado de verla tan trabajadora...

Eduviges hizo un mohin de indiferencia. Estaba tan aturdida y era tan inocente en las lides del amor que creía desinteresados y sinceros los elogios del galán. Este prosiguió con vehemencia:

—Quería encontrarla así, solita, para poder decirle lo mucho que la quiero, lo mucho que pienso en usted...

La muchacha, encendida hasta las orejas se puso seria y lo miró azorada. El temiendo haberse precipitado trató de infundirle confianza:

—No tenga miedo... Usted tiene la culpa que yo haya venido a buscarla a este lugar...

—¿Yo?...

—Si usted, que me huye sin motivo, como si yo fuera a comerla...

Hubo un breve silencio durante el cual se oyó el rumor de las respiraciones desiguales.

El mozo prosiguió:

—Cien veces he tratado de hablarla para decirle esto mismo y usted se empeña en no escucharme, no se por qué...

—Oh, Don Arturo...

—Cuando voy a casa, usted se esconde y yo no puedo tolerar esos desaires ¿entiende?

Eduviges comenzó a temer. Las palabras del mozo tomaban un rumbo inusitado. Sus ojos fosforecían y los labios le temblaban al hablar.

—Será casualidá... Yo nunca me escuendo — murmuró.

El mozo la contempló embelesado. Estaba tan linda y tan femenina así sumisa, humilde y con el rostro tan lleno de arrebol que sintió un vértigo extraño. Un deseo irrefrenable de tocarla, de estrecharla, hacíale crispar los dedos temblorosos.

Se detuvo sin embargo y cambiando de tono exclamó insinuante:

—Yo todo se lo disculpo Eduviges si me promete ser buena, quererme un poquito, corresponder a mi cariño...

La muchacha se sentía desfallecer. Un miedo cerval la invadía, molécula por molécula avasallando toda su energía. Se sentía sola a merced de aquel hombre lleno de fuerza y de poder que podía hacer de ella lo que se le antojase.

—Oh Don Arturo... Vayasé — imploró angustiada.

Pero el mozo, ebrio de concupiscencia, lejos de obedecerle, insistió vehemente:

—No, no me he de ir... He venido expresamente para hablarle, para exigirle...

Decíale esto en voz baja, echándole encima del rostro el calor de sus palabras. Ella gimió nuevamente:

—Oh Don Arturo .. Vayasé, por favor... Si mi tata supiese...

—Su tata no tiene por qué saber esto... si usted no se lo dice...

Eduviges temblaba. Sentía que las fuerzas le abandonaban. Su voz se hacía suplicante. Cada palabra le restaba alientos. Como el mozo, aproximándosele tanto le había obligado a retroceder hasta la orilla misma del arroyo, llegó un momento en que Eduviges, para contener su avance debió ponerle la mano sobre el pecho.

Fué en ese instante que Arturo, perdido ya su propio control, ofuscado. loco de pasión, se apoderó violentamente de aquella mano, después de aquel brazo y en seguida, tomando por el talle a la muchacha en un movimiento rápido y enérgico, la cubrió de besos frenéticos, mientras ella, rendida, inerte, consciente de su femenina impotencia rompía a llorar desesperada.

El mozo, al verla así, vencida por la fuerza, llorando su debilidad de gacela aprisionada en sus garras hambrientas de lobo salvaje, sintió lástima de su víctima y asco de si mismo y en un rapto magnífico de decoro varonil se apartó de ella y comenzó a consolarla:

—Cálmese, no llore, no quiero verla llorar...

La contempló un instante y agregó con tono grave, severo casi:

—La dejo porque no quiero abusar de usted ¿entiende? No quiero ganarla por la violencia...

Hizo otra pausa y añadió imperioso:

—Mañana iré a su casa al atardecer y espero verla más dócil, más suave, más decidida a ser mía...

Eduviges, con la cara oculta en los antebrazos, no contestó. Profundos sollozos hacían estremecer y ondular su busto bajo el prieto vestido de percal.

Arturo montó de un salto sobre su famoso doradillo sobre paso y se alejó arrogante, con esa arrogancia voluptuosa de un general que sabe ha ganado la batalla.

Se sintió el chasquido de la fusta en las ancas recias del doradillo, estimulando su esfuerzo para repechar la empinada barranca y luego un bufido estrepitoso del corcel, ganoso de retornar a la querencia.

Eduviges, siguió gimoteando breve tiempo. Después, cuando tuvo la certeza de encontrarse de nuevo sola y libre de todo peligro, se enjugó las lágrimas y se dispuso a continuar su trabajo pero era ya tarde y tenía miedo. Se sentía transtornada, como envuelta en los vapores de un sueño. Veía oscilar el horizonte bajo el temblor de su llanto y le parecía que la miraban los ojos cerriles del paisaje. Enjugó con prisa las piezas de ropa que había jabonado antes de la brusca aparición de Arturito, hizo con todo un lío, lo alzó con agilidad y emprendió resueltamente el regreso al hogar por la senda solitaria entoldada de molles y espinillos.

Millares de alguaciles que pululaban en el aire, nimbaban su ruta entre el monte, con sus tenues alitas de cristal.

Si Arturo se hubiera ocultado por allí para atisbar su paso menudo y ligero habría experimentado un nuevo acceso de deseo, quizá incontenible. Con su cabello negro azulado, como las plumas del morajú, con su carita linda y morena, levemente marchitada por el llanto, con el ritmo gracioso de sus caderas, la línea fugaz de la cintura, el busto oscilante, amplio, el cuello terso, esbelto, admirable, inclinado ligeramente a un costado para hacer contrapeso al lío de ropa apretado al talle por su brazo derecho, desnudo y enérgico, Eduviges, se diría un hada gaucha, iluminando la selva aborigen con su donaire salvaje.

El oreo cerril le empujaba las faldas acentuando la línea que dividía sus piernas de perfecta conformación.

A poco de andar topó con un zorrino que escapaba presuroso hacia su cueva impregnando la atmósfera con el olor acre y penetrante de su orina.

NO SOÑAR ES MEJOR

(A. Angélica Quiroga)

Gallarda morena de mirar cansino,
en tu tez broncínea se trasunta el vino
que a tus venas diera la vid de Mendoza.
En tus labios tersos impregnó la rosa
su dulzor calino:
la rosa y el vino te hicieron preciosa.

Hiló tus cabellos la noche invernal,
con ráfagas tenues de negro cendal
rasgado del cielo... por rudo aquilón.
Tus ojos profundos besó la ilusión;
e hirió tus pupilas el sol matinal,
cual dardo inflamado... que incendia un crespón

Las Gracias amables robaron al mar
sus más bellas perlas. Hebrando un collar,
formaron con ellas la joya exquisita
que encierra tu boca mimosa y chiquita.
Cupido, perverso, jugando al azar,
pintó tu sonrisa, morena Afrodita.

A veces... yo sueño — despierto y dormido—
Yo sueño en la rosa, las perlas, Cupido...
y gusto el sabor
de miel aromosa que vierte la flor
del amor. Mas... luego recobro el sentido,
y río, pensando: — No soñar es mejor!

Armando FLOR

Eduviges caminaba de prisa enfrascada en sus cavilaciones.

La escena de que acababa de ser actora absorbía todos sus pensamientos. Su instinto le advertía que había marcado un nuevo rumbo a su existencia. Se sentía transfigurada. Un anhelo inexplicable y vago le agitaba el alma. Pensaba en Arturo sin odio, sin rencor, casi con gratitud. Tuvo en sus manos su doncellez y la respetó. Pudo violarla impunemente y no lo hizo. ¿No era ese un rasgo de hidalguía, que obligaba su reconocimiento? ¿Qué se proponía entonces el mancebo? ¿Elevarla hasta él o perderla para siempre? Y alucinada por visiones extrañas que la cegaban, que la deslumbraban, avanzaba la ingenua paisanita sintiendo en su virgen corazón el ligero roce de unas alas que estremecían de un modo nuevo su sangre joven y ponían encantos de sorpresa en las cosas más vulgares y conocidas.

De repente una araña pollito, peluda, horrible, que atravesaba a grandes zancadas la senda, la hacía dar un rodeo cauteloso para desviarla y la arrancaba por un instante de su dorado ensueño.

En seguida reiniciaba la marcha dejando de nuevo que su imaginación hilvanara ilusiones. Sin saber por qué le parecía fascinante el cuadro vivo de la naturaleza. Encontraba más luminoso el sol que se acostaba en el horizonte y advertía un encanto singular en el iris tembloroso que resbalaba sobre el perfil de los últimos árboles.

Ya trasponía, Eduviges, los lindes del monte y divisaba los ranchos de su padre, achaparrados bajo la custodia de los viejos talas que se recortaban escuetos en el cielo sereno, cuando un espectáculo vulgar la estremeció hasta llenar su alma de supersticioso terror.

Una inocente perdíz temerosa de su avance, emergió de entre unas matas de mío mío. Corrió breve trecho atónita, pusilánime, silbando su sorpresa y levantó de golpe su vuelo raudo y sonoro.

En ese mismo instante y con la rapidez y certeza de una bala, un halcón, que la atisbaba traicionero quién sabe de dónde, se lanzó sobre ella, tocándola apenas. Se sintió en el aire un chasquido breve, como un tijeretazo y la pobre perdíz se precipitó al suelo desnucada con prodigiosa habilidad. El halcón describió en el espacio un círculo magestuoso y de pronto rozando casi la cabeza de Eduviges cayó sobre su víctima exánime y la alzó entre sus garras potentes; lanzó un grito de júbilo agrio y desapacible y remontando el vuelo con sorprendente ligereza se perdió en el azul infinito. Lejos, muy lejos, desplumaría su presa, la despedazaría ferozmente y lo devoraría con deleite.

Eduviges se demudó. Nunca la había impresionado tan hondamente aquella escena trivial que había presenciado cien veces sin atribuirle la más mínima importancia. Ahora la sobrecogía hasta hacerla desfallecer. ¿Sería un presagio?

Y como hostigada por aquel terrible presentimiento, apuró el paso, clavando anhelosa sus negras pupilas en los ranchos queridos, segura de que solo allí, en el regazo tibio del hogar paterno, podría encontrar defensa y amparo contra los embates de la vida y, sobre todo, contra las acechanzas y peligros que en esos momentos se cernían agresivos sobre su inexperto corazón.



—¿Es muy bravo tu perro?
—¡Ya lo creo! — Se pasa la vida durmiendo, pero si me ocurre algo, lo despierto y ladra furiosamente.

CAVILACIONES

Un reputado dramaturgo observa, que es para la mujer un orgullo despertar el deseo. En efecto, aun siendo su felicidad completa, respetada y considerada, de una virtud ejemplar, se siente halagada cuando a su alrededor se detallan sus encantos físicos, se alaban sus formas y se extasian contemplándolas.

Y esa debilidad de la mujer es una modalidad del sexo, de la que no pueden substraerse los espíritus superiores, atreviéndonos a afirmar que estos reciben con más placer un elogio a lo que es superficial, que a una manifestación de su cerebro privilegiado.

La honestidad de la mujer se defiende con la religión que inculca resignación y alienta las esperanzas, o en la lealtad a un gran cariño correspondido o no, que domina su pensamiento e idealiza su sensibilidad.

Esa virtud amparada por un amor terrenal o un temor al castigo de Dios, no tiene mérito, resistirá mientras no se encarne el ideal o desaparezca el prejuicio.

La mujer desea lo que no posee y exagera imaginativamente el mérito, calidad o importancia, de lo que a otras pertenece. Es ilimitada en sus aspiraciones y tiene una falsa idea de la dignidad, que considera ofendida o rebajada cuando sus caprichos no son satisfechos.

Se considera con todos los derechos a ser feliz y no temiendo la suerte de alcanzar sus ambiciones, su espíritu se debate en un conflicto en el que intervienen instintos, sentimientos reprobables y dignos, resolviéndose invariablemente en un desconocimiento de afectos y de sacrificios.

Para la juventud el matrimonio es un ideal. Ilusión del amor. Al materializarse, cuando las obligaciones son superiores a las satisfacciones, viene el arrepentimiento de la edad madura. La vejez trae la conformidad, porque en el ocaso de la vida se rememora el pasado, lo que puede ser agradable, lo que fueron ilusiones y no realidades.

Sylla MONSEGUR

¿Por qué cambian de color los ojos de los niños?

Para entender esto bien tendríamos que poseer profundos conocimientos acerca de los colores y de la estructura de los ojos. Pero basta a nuestro propósito decir que el color del ojo depende de la estructura del iris, especie de pantalla hecha de fibras musculares muy delicadas, que poseen la facultad de contraerse o dilatarse. En el centro de esta pantalla existe un orificio que se llama pupila. Cuando la pantalla coloreada se contrae, la pupila se ensancha dejando pasar mayor cantidad de luz al interior del ojo; y cuando otro haz de fibras musculares se contrae, la pupila se estrecha para evitar que pase la luz.

El color de la pantalla depende de la naturaleza y cantidad de la substancia coloreante que contenga sus células y de la manera en que éstas se hallen dispuestas.

Ahora, esta materia coloreante puede sufrir alteraciones al paso que el hombre crece, presentando menor brillantez a medida que transcurren los años y siendo más apagada con la vejez. Si notamos más este cambio en los ojos de los niños es porque en ellos estas alteraciones se verifican con mayor rapidez.

"Records" policiacos

Según el "Police Magazine", de Nueva York, en 1926 se han efectuado robos en Norteamérica por valor de tres mil millones de dólares y se ha asesinado o más de siete mil personas.

En la proporción de un 75 por 100, los autores de esos delitos han escapado por completo a la acción policial, lo que también constituye un "record".

Además se ha descubierto que numerosos empleados, policías y jueces estaban afiliados a bandas de malhechores que pagaban su silencio generosamente.

ELLA. — He descubierto la causa del ciento por ciento de los divorcios.

EL. — ¡Es admirable! ¿Cuál es?

ELLA. — El matrimonio.

Joe Roisenzvit, el hombre que llora

Por Alberto Pinetta

El autor de "Miseria de 5.a Edición", libro que la Editorial Claridad ha editado en la Colección "Los Nuevos", pertenece al núcleo de escritores jóvenes que ha intentado en los últimos tiempos una verdadera revolución literaria en las letras de nuestro país. Su obra es, seguramente, de las que contribuyen a afianzar dicho movimiento. "Miseria de 5.a Edición" aparece parapetada contra las negaciones irresponsables, en conceptos entresacados a "La deshumanización del arte" e "Ideas sobre la novela", de Ortega y Gasset, y de los cuales merece transcribirse, — porque define, precisamente, la obra de Alberto Pinetta — el siguiente párrafo: "La poesía es hoy el álgebra superior de la metáfora".

El siguiente relato que integra "Miseria de 5.a Edición" revela a nuestros lectores el temperamento profundamente doloroso que vibra en este libro, llamado de seguro a repercutir en nuestro ambiento literario.

Es soltero, hombre de negocios, gerente de Banco, vive sólo. Las cotizaciones de la Bolsa le interesan angustiosamente. La mirada dura. Dos triángulos estilizados en los ojos. Visitó Alemania — él lo dice con el ceño sobre el cual hay una línea vertical — Hamburgo, Berlín, las grandes ciudades del trajín seco y frío.

Y siempre, por rara coincidencia, —él no lo dice — fué oriundo del último país que visitara. El "Jacobo" se tornó Joé, y en Buenos Aires sólo pensó en compañías limitadas y en sociedades mineras. Era su gran sueño.

Oía como escuchándose, el concierto desolado y febril de la ciudad.

Joe Roisenzvit encerróse en una pirámide de hierro, y con la seriedad de los caminos paralelos, contó los pasos de su casa al Banco.

Por algo tenía dos triángulos estilizados en los ojos hechos de piezas de niquel.

* * *

Al negociante de subas y bajas le pasa algo raro...

En su frialdad, él está contento con eso. Y es, que, las máquinas de compra y venta que le rodean, sólo le miran por fuera. La corbata y el traje de lata.

Nadie se ha preocupado de ver si tiene corazón. ¡Bah! — Joe Roisenzvit es Joe Roisenzvit. — Eso basta.

Cuando alguna vez, un intruso, se paró frente a los triángulos estilizados, este tuvo la sensación de que el barniz de la corbata y el traje corrían, y que la lata aparecía pobre, sucia, miserable. Los ojos eran dos brasas de fuego y Joe Roisenzvit no era Joe Roisenzvit.

* * *

Una preocupación.

Son las 13 y 15 de la tarde y Joe Roisenzvit sale de su casa. Hay una intensa angustia en los triángulos estilizados. Sin embargo, bajo el sol con reflejos de esterlinas, el traje y la corbata siguen siendo de lata.

Las manos ágiles y rojas hacen gestos mecánicos.

—El veinticinco por ciento se salva... ¡Se salva! ¡Se salva! ¡Se salva!

—¿...?

—¡Maldita The Titan Textile Company!... ¡Se salva! ¿Y lo demás? ¡Se salva!

Joe Roisenzvit, tiene la impresión de que el barniz de su traje de lata se derrite y corre...

El sol es malo. El lo tolera porque parece una pieza... ¿de cuánto?... ¡vale... vale!

Ha entrado en Reconquista, calle de las piezas doradas. Su Banco, está en el sitio de todos los bancos. Han sonreído sin sonreir los triángulos estilizados.

Los peatones de compra y venta, alza y baja, le miran hoy, a la 1.20 con más curiosidad que nunca.

Y Joe Roisenzvit apresura el paso. Quiere llegar a su pirámide de hierro. La que traía de su casa la perdió en el camino.

* * *

Son las 5.25 y Joe ha tenido malas noticias.

El escándalo ha sucedido a la larga espera.

Ahora sabe con seguridad que lo ha perdido todo.

Sin embargo, y siendo las 5.30 el negociante de cotizaciones está todavía dentro de su pirámide de hierro.

—¡Maldita The Titan Textile Company!... ¡No vale! ¡No vale!

Los triángulos están marcados ahora con líneas de fuego. Los ojos hechos con piezas de niquel tienen un brillo desolado.

—¡No vale! ¡No vale!

Las máquinas de compra y venta que van por Reconquista, le miran como siempre. El traje de lata y la corbata.

* * *

Joe Roisenzvit entra a su casa. La pieza tiene una mueca insólita.

Se ha mirado al espejo. De pronto se produce algo raro. El gerente se ha mirado en el azogue burlón, su traje y su corbata de lata. Los triángulos estilizados de los ojos hechos con piezas de metal se han humedecido. Los discos de niquel chorrean, se derriten.

Y es que Joe Roisenzvit no es Joe Roisenzvit.

El hombre que vive solo, y es negociante de las alzas y bajas, siendo las 5.45 está llorando.

Venganza contra un muerto

Los marineros habían hecho los más desesperados esfuerzos; pero el buque estaba perdido sin remedio. Ya estaba frente al puerto: pero dentro de un minuto — o diez minutos — se hundiría.

Arturo, llevando en brazos a Luisa, su joven esposa, se abrió paso por entre el grupo que se precipitaba hacia los botes de salvamento.

—Ya no hay lugar — gritó un botero. — El bote está lleno.

—No es para mí, es para ella.

—Péchala — dijo el botero. — Que no entren hombres en este bote. Las mujeres y los niños primero.

Arturo hizo un gran esfuerzo para echar a Luisa en los brazos del botero; pero un joven se lanzó entre ellos y saltó dentro del bote, mientras Luisa caía en el agua, agarrándose a un extremo de la frágil embarcación.

El joven estaba lívido de terror. Golpeó las manos de la mujer indefensa asida al bote, y, por último la golpeó en la cara con un remo. Las manos de la desgraciada cedieron y el cuerpo se hundió.

El botero, que no había logrado impedir la rápida y terrible escena, sacó su revólver y disparó sobre el cobarde, quien cayó muerto en el agua.

Arturo, mientras tanto, se lanzó al agua también en busca de Luisa. Zambulló varias veces, pero no pudo encontrarla. Volvió a la superficie, y vió junto a sí el cadáver del joven. El mar no había querido tragárselo. El bote que llevaba a las mujeres iba ya lejos, camino de la costa. Luisa no se veía en parte alguna.

Arturo llenó de aire sus pulmones y zambulló de nuevo.

No recordaba más. Cuando despertó se hallaba en tierra, rodeado por amigos. Su cerebro no podía coordinar ninguna idea. Pero luego vino a su memoria toda la terrible escena del naufragio.

—¿Y Luisa? — preguntó.

Los amigos movieron la cabeza tristemente.

Durante algún tiempo, Arturo estuvo como loco. Sentía un odio inmenso contra el cobarde que había causado la muerte a Luisa. ¡Odiaba a un muerto!

Viajó para distraerse; pero nada podía hacerle olvidar aquel espantoso episodio.

Un día penetró en una residencia campestre donde vivían tristes y solitarios dos viejos esposos.

Ellos le contaron la causa de su tristeza. Su hijo, su único hijo, había perecido poco antes en el naufragio de "La flor del sol".

"¡La flor del sol"! era el nombre del buque en que había naufragado Arturo. Así, el hijo de aquellos dos buenos ancianos había perecido en la misma ocasión que Luisa.

—Yo también estuve en este naufragio — dijo Arturo.

Los viejos se explayaron sobre el asunto.

—¡Y pensár que en ese naufragio habrían podido salvarse tantas vidas! — dijo el viejo. — Fué un desastre ignominioso, según cuentan los periódicos. Hubo gentes que se portaron como tigres. No me gusta ya el mar. En otro tiempo fuí marino. Era Capitán. Pero todos son unos cobardes. Los valientes se han muerto todos. ¡Cobardes! ¡Perros!

—Pero mi hijo no — decía la anciana llorando. — Todas las noches se me aparece en sueños. Le he visto luchando por salvar a las mujeres y a los niños indefensos, dando su vida para que ellos se salvaran.

—Ese es mi único consuelo —dijo el viejo — saber que su muerte tuvo que ser la de un valiente.

—Es lo único que nos hace vivir — agregó la madre. — Pensar que nuestro hijo fué un héroe.

Se levantó y trajo una fotografía, que enseñó a Arturo.

—Este es — dijo toda temblorosa.

¡Era él! Sintió deseos de romper la fotografía y lanzarla a la cara de aquella madre que había dado al mundo un hijo tan cobarde.

En silencio devolvió el retrato a la anciana.

—¿Usted lo conoció? — preguntaba llorando la madre. — ¿Usted lo vió morir?

Arturo no podía hablar y todo su cuerpo se estremecía. Al fin, contestó con un esfuerzo:

—Sí; lo ví morir.

Ante las ansiosas miradas de los viejos, prosiguió:

—Lo ví en sus últimos momentos. Estaba en uno de los botes de salvamento, y se lanzó al agua para dar su puesto a una mujer.

¡No había sido capaz de vengarse del muerto!

—¡Loado sea Dios! — dijo el anciano. — No me engañaba mi orgullo de padre al presentir que él había dado su vida por otros.

John CUSHAM.

El capitán Brown cuenta como mató a Richthofen

La cuarta victoria sobre los "circos" y Richthofen sin aparecer. "¿Pero existe realmente Richthofen?" se preguntaba Brown el día antes de darle muerte.

(Continuación)

Pensar que me había dejado el aeroplano allá lejos, en las trincheras, era idea que me mortificaba. No era cosa de dejarlo allí abandonado y dije al comandante que quería ir por él.

La cuestión era tan sencilla.

No había amanecido aún cuando, en compañía de un oficial de ingenieros y tres mecánicos, salí en "auto". Llegamos después de un viaje de 15 millas al lugar en que estaba el aparato, que era exactamente el mismo en que lo había dejado yo. Lo encontramos, en efecto, indemne. Pronto, con la instalación de un nuevo filtro, quedó dispuesto para volar.

Pero, ¿cómo despegar? Seguían cayendo bombas que venían de la dirección de Villers-Bretonnoux. No era un bombardeo fuerte del que hubiera que preocuparse gran cosa; pero el caso era que cada nueva granada contribuía a hacer más imposible el estado del suelo.

Subí una colina buscando un espacio llano de suficiente extensión para despegar. Inútil. Todo el terreno estaba lleno de agujeros y calas. No pasaba de treinta yardas la mayor superficie lisa practicable, pero había que intentarlo.

Llamé a los mecánicos. Rodamos el "nariz roja" hasta poner su cola justamente al borde de uno de los hoyos orientado hacia abajo de la colina. Probado el motor, que respondió admirablemente, dije al oficial de ingenieros:

—Ahora ponga usted a uno de los mecánicos en la cola, sujetándola lo más fuertemente posible contra el suelo. Los otros hombres, que se meta cada uno bajo un ala y empujen éstas hacia arriba con toda su alma. Cuando yo dé una voz, que suelten.

Yo gritaba como un demonio, dando órdenes, tanto, que oían mi voz por encima de la trepidación del motor. Soltaron. El aparato dió un salto hacia adelante, pero quedó como pegado en tierra. Por fin las ruedas se escurrieron desde el borde al interior del hoyo y yo me apercibí para el inevitable trastazo.

Pero de pronto sentí que me elevaba pulgada a pulgada. Una enérgica maniobra y me ví sobre el bosque.

La niebla y las nubes me envolvieron antes de que me hubiese elevado doscientos pies. No había peligro de que los alemanes me vieran; pero tenía que volar a ciegas.

A menos de doscientos pies de altura seguí la carretera de Grandpre, temiendo a cada momento romromperme la cabeza contra alguna torre. Así llegué a Amiens, luego a Bertangles y a las ocho estaba de vuelta en el aeródromo.

Esto era el 11 de abril. Aquella tarde salí de patrulla a las dos y tuve con los "circos" una escaramuza sin importancia. A la verdad, aquel grupo de aeroplanos con las insignias del "circo" no acrecentaron la reputación de estos súbditos de Richthofen. No llevaríamos en vuelo más de diez minutos cuando descubrimos un grupo de diez albatros de dos asientos que bombardeaban Amiens con la protección de doce *exploradores* en escuadrillas de a cuatro. Los cinco "narices rojas" se lanzaron sin tubeo contra aquella considerable flotilla.

Yo me fuí hacia los cuatro *exploradores* más próximos. Huyeron. Miré a mi alrededor y no ví más que aeroplanos enemigos que se volvían a casa. Intentar perseguirlos hubiera sido inútil. Una mala faena. O se trataba de gente poco avezada, o pronta a acobardarse. El caso es que salieron huyendo como pollos que hubieran visto un milano.

Pero al día siguiente, antes del desayuno, tuvimos con los "circos" un encuentro muy de otra índole. Entonces vimos por primera vez los nuevos triplanos Fokker. Teníamos curiosidad por saber cómo se las arreglarían. Aquí los fontásticos castillos de naipes.

Era una mañana luminosa y alegre. En un día así y a tal hora, los alemanes tenían evidente ventaja. Del lado del sol podían esperar a que nos acercáramos sin que nosotros pudiéramos verlos, obligados como nos hallábamos a volar deslumbrados por la fuerza del sol.

Generalmente había nubes aun en los mejores días. Nuestro sistema había de consistir en ir elevándonos capa por capa hasta ganarlos en altura, lo que nos daría probabilidad de acometer al enemigo por detrás.

Nos elevamos a 18.000 pies sobre nuestro propio terreno, y luego nos internamos seis millas sobre el de los alemanes. Cuando llegamos a Chipilly-sur-Somme, viramos al Oeste, no sin contar con la posibilidad de encontrar antes de llegar a la línea nuevos aparatos de caza.

De pronto vimos dos triplanos Fokker sobre la Motte. Iban a unos doce mil pies de altura. Nos fuimos derechos a ellos.

Fué como tocar un avispero. Los dos se convirtieron en ocho; ocho triplanos Fokker. Los otros seis estaban, por lo visto, en las nubes, No tratamos de ponernos a salvo, sino que nos pusimos a calcular cuál sería la ventaja que aquellos ocho Fokkers de nuevo tipo tuvieran sobre nuestros cinco "camellos" dignos de toda confianza.

Escogí un adversario el aeroplano más próximo: un "circo" pintado a rayas rojas y azules, los colores de Richthofen.

Dí una zambullida de seis mil pies, y él empezó a volar en espiral de tal suerte que al momento comprendí que no era todo lo experto que le hubiera sido menester. Dejé caer una bomba, y en seguida el aeroplano adversario entraba en barrena y caía todo él en llamas.

No tuve tiempo de elegir el tercer "circo". A mi cola había un triplano cuyas ametralladoras me saludaban demasiado cerca. Una rápida maniobra me puso fuera del alcance de ellas, y entonces miré.

¡Cielos! ¡Mi viejo amigo, el del aparato rosa pálido y verde, caballero ahora en su nuevo Fokker que ostentaba los mismos colores! Me holgué de hallarlo por tercera vez. ¡Ahora veríamos! Me interesaba, además, saber si era capaz de manejar su nuevo aparato como manejaba el albatros.

Viendo que me tomaba altura, me hundí rápidamente para levantarme en seguida otra vez. Quedé detrás, pero un poco por debajo.

Intenté atacar; pero él me adivinó el propósito, y otra vez nos encontramos en aquel famoso círculo en que cada cual iba vertiginosamente a la caza de la cola del otro.

No tardé en advertir que mi viejo aparato aventajaba al suyo. Gradualmente iba dominándolo en altura. Pero otra vez, cuando ya estaba a punto de atacar, mi adversario me dijo adiós con la mano muy alegremente y se escabulló con la acostumbrada maniobra de descender aceleradamente.

Todavía estaba yo luchando entre la satisfacción que me había producido su amistosa conducta y el disgusto de que se me hubiera escapado, cuando vino sobre mí otro Fokker disparando; y ahora fuí yo quien tuvo que recurrir a la maniobra con que acababan de burlarme.

Cuando me restablecí ya no se veía ningún aeroplano. Puse rumbo al aeródromo, y, llegado, ví que toda la escuadrilla estaba indemne. Nuestra agarrada con los "circos" Fokker había sido satisfactoria por completo. Los "narices rojas" seguían teniendo la sartén por el mango.

AL PARTIR

Llegó la hora... Con semblante altivo
di un ¡adiós! a tus ojos de sultana,
y me perdí sereno y pensativo
entre la imbécil turbamulta humana.

Es una ley por el dolor prescrita
y sin dolor es una momia el Arte.
Corazón, ve la senda... ¡es infinita!
esconde el oro de tu sueño y ¡parte!

Y mi rebelde corazón, lo mismo
que alza un león la pensativa frente,
rugió: ¡A la cumbre! ¡o al insondable abismo!
Bebamos agua en cada nueva fuente
que hallemos en las líricas andanzas:
es un trono que espera, cada monte;
las nubes son rosales de esperanzas
y es un imperio azul, el horizonte...

Alfonso CAMIN.

Llegaron varios pilotos nuevos de los aeródromos de instrucción. Llegó entre ellos May, a quien Richthofen estuvo a punto de cazar, precisamente, en el momento en que yo le ataqué y derribé.

Me encargué de llevar a aquellos muchachos más allá de las líneas para ir dándoles idea de lo que era volar en el frente antes de que salieran, efectivamente, a jugarse el pellejo.

Hasta el 17 de abril el tiempo estuvo imposible. Volábamos un par de horas sin encontrar a nadie nunca. Los cañones guardaban silencio, las trincheras parecían dormidas. Detrás de la línea no se movía nadie.

El 18 y 19 de abril no volamos. El 20 amaneció algo mejor y nos remontamos a las diez. En mi libro de guerra se registran las operaciones de aquella mañana con estas palabras:

"Atacado a algunos triplanos Fokker. Disparado sobre uno que se volvió, picó de ala y cayó sin gobierno".

Estas pocas líneas son el recuerdo de mi cuarta víctima que hice entre los "circos". La quinta había de ser al día siguiente, y había de ser Richthofen. Claro que yo no lo sabía; no quiero darme importancia.

¡Richthofen! Recuerdo que aquella noche del 20 de abril de 1918 hablábamos durante la comida de Richthofen y los "circos". Los "narices rojas" nos proclamábamos superiores. Creíamos haberlo probado durante un mes. Pero conveníamos todos en que ninguno de nosotros había echado la vista encima aun al propio Caballero Rojo. Aunque nos ufanábamos de pensar que no podía ser que ignorase nuestra existencia.

Tenía Richthofen un principio básico para la lucha que, según parece, no era fácil hacerle abandonar: no atacaba nunca, a menos de verse en posición de ventaja sobre su contrario. Este era el secreto de sus asombrosas ochenta victorias.

No quiero decir que no procediese ilícitamente. Estaba en la guerra y había ido a ella a matar.

Pero después de algún debate convinimos en que durante algunos de nuestros encuentros con los *circos*, si no durante todos ellos, Richthofen había estado, probablemente, a unos dos mil pies por encima y detrás de su escuadrilla, mirando a sus compañeros, que solían volver con el rabo entre las piernas.

Hubo entre los "narices rojas" cariñosas palmadas en la espalda, brindis y un tanto de baladronada. Sabíamos por dónde nos andábamos. Richthofen no quería nada con nosotros. Eramos pájaros de cuidado.

Me marché a la cama pensando quién sería Richthofen o qué sería; porque acaso no existiera en carne mortal, sino que fuese un mito y un nombre de la propaganda alemana.

¿No habría habido una serie de Richthofens, uno tras otro, para elevar la moral de los aviadores alemanes y que al mismo tiempo sirviese de fantasma con que amedrentar a los pilotos enemigos?

En verdad, yo nunca creí que Richthofen fuera un ser humano. Cuando pensaba en él, que era con frecuencia, era como en algo vago o irreal. Si existía, ¿cómo no me lo había encontrado nunca?

Al meterme en la cama lo que menos podía yo imaginarme es que al día siguiente hubiera de encontrármelo en el aire por primera vez y por última.



—En Nueva York, cada veinte minutos es aplastado un hombre por un automóvil
—¡Pobre hombre! ¡Cómo debe sufrir!

Sabiduria árabe

No digas jamás, hablando de lo que ves en la Naturaleza: "Esto está bien, esto está mal". Recuerda siempre que todo es necesario y que lo bueno y lo malo son términos relativos. ¿Sabes la historia de Ibrahim al Mansur?

Era un hombre justo e inteligente, caudillo valeroso, varón de buen consejo; pero había dado en la manía de hallarle faltas a todas las cosas.

Entró una vez en un establo y se enfureció al advertir que por todas partes colgaban telarañas.

—"¿Para qué sirven esos bichos asquerosos que así empuercan las habitaciones? ¿Qué necesidad tenía Allah de crear arañas? ¿Qué falta les hacen a los creyentes?"

En aquel mismo instante, llegó uno de sus servidores.

—"Señor, monta en tu yegua y corre hacia Medina sin descanso. Tu enemigo Ahmed llega por Occidente con gran número de jinetes. Sólo con la fuga te librarás de la muerte."

Ibrahim montó a caballo y galopó. Pero sus enemigos le persiguieron, y después de unas horas de carrera desenfrenada, la yegua de Ibrahim cayó reventada al suelo.

¿Cómo escapar? Ahmed y los suyos le seguían; dentro de un cuarto de hora le habrían alcanzado. Y la llanura se extendía monótona, sin un accidente, sin un árbol.

De pronto, Ibrahim vió una covacha junto al camino y se metió en ella por la estrecha abertura. Apenas dentro, una gran araña empezó a tejer una tela con la que tapó el agujero de entrada.

Llegaron Ahmed y los suyos. Se detuvieron ante la cueva.

—"¿Estará aquí?"

—"No perdamos tiempo; ¿no véis que la entrada está cerrada con una telaraña?"

Y los jinetes se alejaron.

Ibrahim cayó de rodillas y exclamó:

—"Gracias, Señor. Me habéis salvado la vida y enseñádome que nada huelga en vuestra obra. A no ser por la araña, estaría yo ahora en manos de Ahmed. "¡Allah, akbar!"

La astronomía en los tiempos pasados

La astronomía fué objeto de un verdadero culto durante los reinados de Luis XIV y Luis XV.

Los grandes señores se interesaban en los progresos de esta ciencia, y las más encumbradas damas leían con pasión las comunicaciones de los sabios, que trataban del descubrimiento de los nuevos satélites de Júpiter, de las manchas del Sol y de la distancia de las estrellas.

Se dará uno idea del favor que gozaban los estudios astronómicos sabiendo que en París, además del observatorio real, que dirigía entonces el gran Cassini, existían otros observatorios, entre los cuales se hallaban el de Soubise, el de Cluny, el del Colegio Real, el de la abadía de Santa Genoveva, el de Soissons, en donde Catalina de Médicis iba a hacer observaciones el del colegio Mazarino, el de la Escuela Militar, y, por último, el del castillo de la Muerte.

Casas giratorias

Dado el poco sol que reciben algunas casas, un arquitecto alemán ha ideado los "departamentos giratorios".

En dichos departamentos cada piso podrá girar sobre un eje y estará sostenido por tirantes de acero.

Por medio de un motor eléctrico, los ocupantes de la casa podrá variar la posición de las habitaciones exponiéndolas al sol para que reciban sus rayos bienhechores.

Premio poco deseable

Una empresa de pompas fúnebres de Viena ha repartido por las calles millares de sobres con un número cada uno. Si éste coincide con el número que está anotado en la administración de la empresa, ésta obsequia al poseedor del sobre premiado con un soberbio entierro absolutamente gratis.

El premio tiene que hacerse efectivo... ¡antes de los tres meses!

La bailarina que fué esposa de Nicolás II, último zar de Rusia

Ninguna mujer ejerció mayor influencia y ganó mayor fortuna en el corrompido pero magnífico imperio ruso, que la fascinante favorita del zar: Matilde Kshesinska.

Cuando el zar murió, la mayoría de su familia había sufrido una muerte terrible, o había sido arruinada; pero, aunque parezca extraño, Matilde Kshesinska siguió viviendo rica y honrada, gozando del título de princesa.

Y ahora, después de escapar a todos los peligros que cayeron sobre la familia del zar, Matilde se ha arruinado en las mesas de juego de Montecarlo, y al mismo tiempo se han hecho públicas sus desgracias; se ha descubierto, por primera vez, que era, en realidad, la mujer morganática de su gran protector, el zar Nicolás II. El matrimonio fué anulado con mucho sentimiento, según se dice, por el autócrata, cuando fué obligado a casarse por razones de Estado con la princesa Alix de Hesse.

Cuando estalló la Revolución, la bailarina vivía en un hermoso palacio de San Petersburgo que le había regalado el zar. Una muchedumbre de hambrientos y furiosos bolcheviques, compuesta de hombres y mujeres, invadió el palacio de la bailarina. La despojaron de sus joyas, saquearon el palacio y se llevaron los tesoros artísticos que contenía.

Matilde no hizo resistencia y se condujo con mucho tino y sangre fría. Estas cualidades le salvaron la vida.

Después empleó su encanto irresistible sobre el todopoderoso Nicolás Lenín, y consiguió que éste le devolviese la mayor parte de sus joyas.

El gran duque Andrés, primo del zar, había sido muy amigo de Matilde antes de la Revolución y la valerosa conducta de ésta durante el saqueo de su palacio completó su conquista. Ambos escaparon juntos de Rusia y se casaron en Francia.

La vieja zarina María, madre del zar, estimaba mucho a la princesa Kshesinska y la prefería, según se dice, a la emperatriz su nuera. Matilde poseía dos palacios y muchas posesiones y joyas fueron valuadas una vez en diez millones de dólares.

La pareja pudo vivir con el lujo a que estaba acostumbrada. Pasaba la mayor parte del tiempo en su hermosa posesión de Niza, pero hacía frecuentes viajes a París.

La princesa Kshesinska es ahora una mujer madura, once años mayor que su marido y hasta hace poco llena de alegría.

Desgraciadamente para ella, durante toda su vida había sido dominada por la pasión del juego, y esta pasión la ha arruinado después de haber escapado a los peligros de la Revolución y a las intrigas de la corte.

Hace poco, se hizo público en Niza, que Matilde y su marido se habían visto obligados a hipotecar su hermosa posesión y a empeñar sus joyas para satisfacer a sus acreedores más urgentes. Todas sus riquezas habían sido perdidas en Montecarlo.

Durante los procedimientos legales para arreglar las deudas del matrimonio, quedó establecido que Matilde había estado en realidad casada con el zar.

Nicolás conoció por primera vez a Matilde cuando era zarevith. El heredero del trono servía como oficial de un regimiento de guardias, de guarnición en Varsovia, cuando encontró a Matilde Kshesinska, una encantadora sílfide de 16 años. Trabajaba en el cuerpo de baile de la Opera Imperial de Varsovia, uno de los tres grandes establecimientos en que se distribuían las artistas del famoso cuerpo de baile imperial.

El zarevich observaba el espectáculo desde un palco, cuando los encantos de la bailarina atrajeron sus miradas y lo fascinaron por completo. Es difícil explicar la atracción de esta bailarina. No es, en realidad hermosa, pero en la época en que cautivó al zar su figura era maravillosa.

Cuando el zarevich regresó a Petrogrado, ella lo siguió y se instaló en un lujoso palacio situado en uno de los suburbios más aristocráticos de la capital.

Desde entonces principió una vida de esplendor y de lujo para la bailarina. Poco después del principio de sus relaciones con el zar, se le presentaron algunas dificultades, pero consiguió vencerlas maniobrando con tacto y destreza.

El zar reinante, Alejandro III, se inquietó al descubrir la inmenso influencia ejercida sobre su heredero por una humilde bailarina. Al principio se sintió inclinado a enviar a Siberia a Matilde y a toda su familia, pero la princesa Kshesinska atravesó victoriosamente esta peligrosa crisis, y, caso excepcional, debió su salvación a la esposa del zar, la zarina María. La pequeña bailarina hizo obrar sus asombrosos poderes de fascinación sobre esta augusta dama, que se convenció de que Matilde daba a su hijo una vida feliz, preservando su salud y salvándole de la vida disipada que llevaban la mayor parte de los duques de la familia imperial. Se sabía que en años posteriores la zarina viuda nunca simpatizó con su nuera, la zarina Alejandra; pero siempre trató bondadosamente a la pequeña bailarina.

Nicolás sufría de una enfermedad nerviosa, que se remontaba a la época en que, siendo un niño de doce años, había visto el cuerpo de su abuelo, el zar Alejandro II, destrozado en pedazos por la bomba que le arrojaron los nihilistas. La zarina María descubrió que sólo la bailarina tenía el poder de calmar en su hijo los terrores y convulsiones que sufría a menudo.

Sin embargo, el zar insistió en que su hijo debía hacer su famoso viaje alrededor del mundo, para familiarizarlo con los tareas que le imponía su cargo. Durante este viaje el zarevich recibió un sabrazo en la cabeza, de un fanático japonés, que agravó su perturbación mental. A su regreso se sintió más ligado que antes a Matilde.

Matilde le dió dos hijos, que recibieron título de nobleza, recibiendo una educación militar y figurando en la alta sociedad de San Petersburgo antes de lá guerra.

Eran amigos íntimos de Nicolás, y dicen que el zarevich le pidió a su padre que le permitiera retirarse a la vida privada y que consintiese en su matrimonio con Matilde, pero el viejo zar insistió en que su hijo debía casarse con una princesa real; y, obedeciendo las órdenes paternas, el zarevich se comprometió con la princesa Alix de Hesse.

Según se desprende de las revelaciones que se han hecho últimamente en Rusia, fué, más o menos en ese tiempo, cuando Nicolás II contrajo su matrimonio morganático con Matilde. Era una unión que podía ser anulada por la simple voluntad del zar. El zar Alejandro III murió repentina y prematuramente, y el desgraciado Nicolás heredó la corona más trágica que ha conocido el mundo. Los lazos que le unían a Matilde fueron rotos con gran sentimiento de su parte. Los gobiernos del mundo habían sido notificados de un nuevo matrimonio, y después de la muerte de su padre se unía a la princesa Alix.

El amor que el zar sentía por Matilde continuó, sin embargo, y los cortesanos de esa época recuerdan que la bailarina insistió que se le colocara un asiento al lado del zar en los entretenimientos de la corte. Sólo cuando el zar se vió envuelto, al igual de la zarina, en un extraordinario enredo de misticismo religioso, superstición y magia, fué cuando se efectuó una separación real entre él y Matilde. El desgraciado monarca se vió, por fin, tan ocupado por las sesiones místicas y reuniones con aventureros sin escrúpulos como el doctor Philippe Rasputín, que no le quedó tiempo para otros asuntos.

Pero continuó protegiéndola; le regaló un espléndido palacio en Petrogrado, lleno de inapreciables obras de arte, y otro en Tsarkoe-Selo.

Todos estos obsequios fueron hechos a nombre del gran duque Sergio.

La influencia de la bailarina era extraordinaria. Continuó bailando, y sus ganancias eran enormes. Se dice que los diplomáticos franceses derrocharon con ella enormes sumas para ejercitar su influencia sobre el emperador y ganarse la alianza rusa. Su última aparición en la escena fué cuando el Presidente Poincaré, en su última visita al zar, asistió a una representación en la Opera Imperial. En esta ocasión recibió mil rublos y un collar de diamantes del zar. Durante toda su vida la persiguió la pasión del juego, que ahora la ha arruinado en Montecarlo.

ANTE EL BRONCE RECORDATARIO DEL GAUCHO

En Montevideo

I

Cuando en la hora inicial
del hondo sacudimiento,
agrietábase el cimiento
de todo lo colonial;
dejó su "albergue rural"
y actuó en el patrio escenario
con ímpetu extraordinario,
e inimitable bravura,
la romántica figura
de ese tipo legendario!

II

Por su hidalguía y firmeza
fué el monarca de otra edad,
que cultivó en su heredad
la flor de la gentileza.
Como un ebrio de belleza
sintióse, a veces, trovero
y cuando no en el alero
del ombú entre los zorzales,
rimó sus cantos triunfales
con el bordón del pampero!

III

Nunca se podrá olvidar
a quién como él generoso
con su aporte poderoso
nos quiso independizar.
Por eso cumple imitar
al Uruguay, pueblo austero,
que en un acto justiciero
y evocador del pasado,
al gaucho le ha levantado
su bronce imperecedero!

Felipe FLORES

UNA ENTREVISTA CON SAN MIGUEL

Por Alberto Luis Terry

Corría el mes de mayo de 1922. En la esquina de las calles San Lorenzo y Patricias Mendocinas, de Mendoza, fué interceptada mi marcha por un desconocido correctamente vestido, en el preciso momento en que saludaba un amigo de mi primera juventud de apellido Petra. Tanto mi amigo como yo, nos detuvimos ante el desconocido que hablaba un castellano con leve acento inglés.

—Permítame una palabra, joven, — me dijo aquel hombre de mediana estatura y ojos celestes como dos cuentas de un collar de turquesas.

—Yo soy San Miguel, y quiero hablar con Ud. dos palabras.

Invité a Petra a que me acompañara a gustar la entrevista con ese extraño "San Miguel "que tan desenfadadamente desvirtuaba las anotaciones del Santoral Romano.

—Ud. no puede ser San Miguel, — advertí al desconocido, — desde que San Miguel hace rato que se venera en los templos...

—No joven, dijo el "santo". A quien Ud. y la iglesia llaman San Miguel, no es otro que el Arcángel Miguel, el jefe de los Ejércitos Celestiales. La Santidad en la denominación de Miguel Arcángel, no es sino un error en que persiste el Papado; porque no existiendo el Miguel santo que precisa el Santoral, el Papado hace que subsista la indebida denominación de "San Miguel Arcángel".

—Confieso, — dije al "santo",— que jamás me detuve a examinar este problema teológico con el que, en realidad, Ud. me confunde.

No alcanzando a vislumbrar cuál sería la verdadera finalidad de tan extraño personaje al pretender hacerse pasar por santo, mi primer impulso fué echar mano a mi billetera para congraciarme con tan alto cortesano del Supremo Ser.

Supuse que perseguiría la dádiva de algún dinero o efecto realizable cualquiera; pero hube de modificar mi juicio, cuando pregunté a mi interlocutor que si su deseo era que le ayudara monetariamente.

El hombre sufrió una horrible impresión.

Una mirada compasiva me hizo avergonzar de mi agresiva inquisición...

—¿En virtud de qué se titula Ud. San Miguel? — volví a preguntar al hombre de ojos turquesa.

—Yo, — dijo — sé que soy San Miguel, porque así me lo ha dicho Cristo. En mi pequeño pueblo de Irlanda, cuando apenas contaba diez y siete años, se presentó El Salvador y me dijo mientras trabajaba como aprendiz de zapatero en el pequeño patio de una vieja casa de calzados: "Miguel, vé por el mundo y predica el Evangelio" "Tú serás San Miguel".

—Aquel día fué el más feliz de mi vida. ¡Ansiaba difundir la palabra del Salvador y había obtenido el supremo mandato de sus labios!

Dije a mi patrón que dejaría el aprendizaje y que me iría a predicar la palabra divina. El buen hombre me abonó mi soldada y partí a la India, con la autorización de mis padres.

Entre aquellos infelices seres de tan escasa civilización, fundé escuelas, levanté templos, convertí al cristianismo a cientos de hombres, mujeres y niños, hasta que volví a percibir el imperativo de un mandato jesucristiano.

La voz ya conocida del Salvador habló a mis oídos: "No te detengas más aquí". "Sigue al Nuevo Mundo, ora y predica".



—¿Que te pasó?
—Me operaron de apendicitis.
—¿Y por qué traes vendada la cabeza?
—Porque se acabó el cloroformo y tuvieron que darme un martillazo.

Vine de la India y sigo viaje al Norte de Sud América, que es donde se requiere mi acción; allí seguiré propagando la palabra de Dios.

Intrigado ya, intensamente, pedí al extraño irlandés una prueba de su calidad de santo o iluminado, y con una desconcertante serenidad me respondió, "que él tenía condiciones de iluminado y que me maravillaría con cualquier experiencia que yo le solicitase".

Propuse a mi amigo, que había permanecido absorto ante la escena que veía desarrollarse, que diéramos al inusitado personaje una larga suma de cantidades de siete cifras cada una, para ver si obtenía el resultado de la adición sin emplear un tiempo vulgar.

Extraje un papel del bolsillo interior de mi saco y escribí una suma que se componía de nueve cantidades de siete cifras, cada una, y una de cinco; en total, diez cantidades.

Le alargué el papel y el lápiz al irlandés, quien se acercó a la pared, y apoyando en ella el papel escribió con suma rapidez los guarismos del resultado.

Dudando de la exactitud de la suma, mi compañero y yo, la verificamos. ¡El irlandés no se había equivocado!

El hombre me había subyugado. ¿Estaba en presencia de un iluminado?

Al par que observaba de arriba abajo al individuo que se llamaba santo a sí mismo, su personalidad iba cobrando prestigios en mi espíritu.

Yo respetaba ya aquel ser.

Preguntéle cómo subvenía sus necesidades y en qué lugar paraba en los pueblos donde llegaba.

—Dios me provee de todo — me contestó el "santo".

—¿En qué forma? — Inquirí.

—Por medio de otros seres, Dios pone en mis manos el pan y el vestido.

—Le ruego que se explique, — le dije.

—Bien, — continuó diciendo, — yo llego a un pueblo y me hago reconocer entre las gentes que me comprenden, entre las gentes que no han confundido el camino de Cristo.

Ellos me brindan su tribuna, su techo y su pan.

—¿Se refiere Ud. a los?...

—Sí, me refiero a los evangelistas...

—Ellos me comprenden y me escuchan siempre, en todas partes.

—Pero, si es Ud. santo y cristiano, ¿por qué no hace Ud. que los católicos lo reconozcan?

—No me reconocerían nunca, sus príncipes son muy orgullosos...

—De todos modos si es Ud. un iluminado, yo creo que bien podría allanar los obstáculos y ser más eficiente para la causa de Cristo.

—Yo sé que Cristo, está conforme conmigo y eso me basta.

Terminó la entrevista con mi pregunta de que en qué podía serle útil.

El "santo" me respondió" que me había hablado porque sabía que yo algún día iba a dar a la publicidad esa entrevista, que estaría llamada a ser origen de otras publicaciones que llevarían al conocimiento del público la personalidad de San Miguel".

Nos despedimos, cruzamos cuatro frases de comentario con mi amigo sobre la rara personalidad del irlandés y cada uno siguió su camino.

Yo continué pensando mil cosas sobre lo que acababa de escuchar y ver, hasta que me confundí en la multitud de la calle San Martín, en la hora del "desfile".

Un año después, en "La Nación" de Buenos Aires apareció el siguiente telegrama:

"Veracruz 28, Comunican de Tehuantepec, que los indios de la región, han crucificado cabeza abajo, a un súbdito irlandés que se hacía pasar por San Miguel".

Había una vez...

¿Recuerdas esa historia que comienza:
"Había una vez...",
y tiene en cada frase la amargura
de una gota de hiel?

Nosotros, en un tiempo, la vivimos
—yo creo que fué ayer—
y luego, pesarosos, la olvidamos
por tu bien y mi bien.

Construyendo castillos en el aire
hicimos, sin querer,
despertar a la vez en nuestras almas
una idéntica sed...

Mas de nada valió nuestro denuedo,
que todo inútil fué:
la realidad mató lo que soñamos
por que no pudo ser.

Sólo quedó, cual tierna remembranza
de aquella historia cruel,
esa frase nostálgica que añora:
"Había una vez..."

Carlos de ZAVALIA y ZOGHEB

(Continuación de "El abuelo")

como de las suyas de todas aquellas habitaciones, avanzó el doctor gravemente hacia la que se le había indicado.

Un instante después llegó a ella y a su puerta se detuvo; allí se quedó inmóvil como una estatua, asombrado, dudando de sus propios ojos, creyéndose dominado por un inverosímil sueño.

¿Qué había visto? Lo que menos esperaba, lo que nunca hubiera podido figurarse. D. Pedro, con el oído pegado a la pared que le separaba de la habitación de sus hijos, escuchaba embelesado el llanto de su nieta, y de sus ojos brotaban las lágrimas y en su rostro transformado, casi venerable ahora, se dibujaba una sonrisa de profunda, de suprema felicidad.

. . . .

¿Explicaciones? No me dió ninguna, no hacían falta. Ni el exordio del discurso que llevaba pensado: "¿A qué reñir?"..., necesitó pronunciar el doctor, que cogiendo de un brazo al abuelo marchó con él a la casa de al lado.

En el aniversario del Ecuador

(Poesía que abrió el acto en la fiesta celebrado en honor del país hermano, por la Comisión de Homenaje a las Repúblicas Ibero-Americanas).

Excelentísimo señor Ministro del Ecuador, Dr. Elizalde.

A la lírica manera, como cuadra en este instante,
desechando circunloquios y expresiones sin valor,
os brindamos esta noche, nuestras frases de cariño,
porque en música de años, ya sonríe el Ecuador.

Nuestra ofrenda de lirismo, de humildad, de sentimientos,
al país que luce galas, — y en el cuál nacisteis vos,—
es la página más pura, pues es página del alma
donde reinan tres palabras: "Libertad, Justicia y Dios".

Vuestra tierra engalanada, como novia de leyenda,
con sus flores de alegría... su dulzor de madrigal...
vivirá su aniversario, siempre firme en sus ideales,
entre un piélago de auroras y entre música inmortal.

Notas plenas de optimismo, gran redoble de tambores,
todo un sol de fe suprema, derramando su virtud.
Cada pecho es una lira modulando el himno patrio.
Cuánta fiesta... Cuánta vida... ¡Qué canción de juventud!

Esa frase: "Patria mía", resucita en todo labio,
y las lágrimas que brotan son mensajes de emoción,
que podemos traducirlos nada más de una manera:
"Ecuador, tierra de grandes, os consagro el corazón".

¿Quién no vive la armonía de un país que viste galas?
¿Quién no tiene a flor de labios la ternura de un cantar?
El amor al santo suelo se refleja en estas horas,
donde lucha la alegría con las ganas de llorar...

Ecuador, país hermano, noble tierra americana:
acoged en vuestro seno nuestro lauro inmaterial.
Es el lauro del afecto, del placer, del entusiasmo.
(Floraciones de cariños en un vaso espiritual).

La bandera ecuatoriana, como un pájaro de ensueño,
delicada en su grandeza, pareciera repetir:
"Soy el alma de una tierra de doctrinas impolutas
y el orgullo de una raza majestuosa en el sentir.

Soy la madre de unos hombres victoriosos y sublimes,
soy el símbolo de un pueblo laborioso y soñador.
Y en mis pliegues yo atesoro tres magníficas virtudes:
la virtud de la pureza, de la honra y del amor".

Para vos, señor Ministro, son las rosas de esta noche,
para vos y vuestra patria, que celebra un año más.
Y embargados en la dicha de los mismos sentimientos,
todos somos peregrinos del ensueño y de la paz.

Contemplad, señor Ministro, qué espectáculo tan bello:
Cada cual consagra un lirio de su afecto, al Ecuador,
mientras tanto esas banderas (1) hermanadas, se saludan
con el beso del cariño, de la gloria y del honor.

Arturo MARTINI.

(1) Refiriéndose a la ecuatoriana, argentina y española, que se hallaban juntas.

Berta Singerman

Una revelación de Arte superior



Berta Singerman no es una declamadora.

Berta Singerman es una creadora de su arte puro, de su arte que nos trae el reflejo sobrio del gracioso encanto de la notación musical con que acompañaban los griegos sus cantatas.

Las poesías selectas de nuestros contemporáneos son traducidas y ejecutadas en el pentagrama musical que Berta Singerman crea con la evocación clásica y respetuosa de la música griega. Ella no declama; ella en ferviente oración con el dulce sonido de la cítara de oro de su voz, canta los versos, como los griegos la melopea que estaba al margen de un determinado ritmo o regla musical.

A igual de ellos, Berta Singerman se apodera de las creaciones de nuestros poetas y colabora con su arte haciéndonos experimentar esa dulzura penetrante, esa emoción honda y sutil que nos exalta en el goce agudo y delicado que producen esas vibraciones... Esas vibraciones que son acumulación de tonos y semitonos sucesivos que parecen salir de las almas de todos los poetas.

Tempestuosos, tranquilos, épicos, emotivos, descriptivos... todos son adaptados a su género cromático. Porque Berta Singerman nos trae la cromática de los griegos que no era muy conocida, y que en varias oportunidades la han querido reconocer en las armonías wagnerianas, que también son discutidas, pero que a medida que se afina el gusto estético musical halla en ellas el encanto que las circundan, como todo ser refinado y capacitado en el arte verdadero, encuentra la particularidad de Berta Singerman, la cítara de oro que se complace en lanzar sus sonidos infinitos, como una modulación al himno de la Poesía.

Berta Singerman, muéstrase en todo su esplendor y con todos sus abundantes recursos de inteligencia, como una reencarnación de los griegos con sus cantatas inolvidables. En efecto, ver a Berta Singerman apasionada y un tanto febril en su ritmo poético-musical atenuado por un movimiento ilustrativo, es una armonía perfecta escrita con una inspiración puramente helénica.

A veces se oyen opiniones diversas sobre el arte de Berta Singerman. Sobre la ejecución de su arte. Y todo estriba en señalarla como declamadora, en compararla...

Todas las comparaciones son odiosas, máxime cuando hay una chispa de creación luminosa...

Si recordamos a los griegos no es para realizar parangones, es, simplemente, para ilustrar nuestros asertos, al reconocer en Berta Singerman, "algo único", entre nosotros; pues, esas cantinelas flexibles y variadas, marcan las poesías nuestras en todas sus bellezas expresivas, en todas las alternativas de la luz con que ilumina genialmente sus ejecuciones...

Berta Singerman, la precursora de la melopea griega moderna, la artista más seductora y refinada es cual ave canora que abre sus deliciosas alas y convoca a sagrados oficios a los verdaderos fieles de la Poesía rítmica, de la Poesía hecha música.

ADELA GARCIA SALABERRY

MISTER THIEF

Por Cleofé Pereyra de Goicoa

Había llegado a su estancia el doctor Romero con su señora madre, su esposa, sus cuatro hijitos y un ejército de sirvientes oriundos de distintas naciones. La cocinera era francesa; el mucamo y mucama, españoles; la niñera e institutriz, inglesas; la mucama de la señora mayor, italiana; y el chauffeur un criollo de pura cepa, dicharachero y ocurrente, el cual hacía burla de toda aquella gringada que importaba el patrón a la estancia durante el veraneo. Se llamaba Calixto Barragán, y era muy entendido en mecánica. Hombre honrado a carta cabal, en él depositaba el doctor toda su confianza, fiándole sus hijitos para que los sacara en el auto a tomar aire todas las tardes, en compañía de la institutriz. El nombre de la inglesa era Maud Healy, pero nadie la conocía allí, sino por la inglesita; muchacha joven, bonita, y con unos modales muy correctos. Estaba de novia con míster Thief, tenedor de libros de la estancia.

Los domingos y días feriados, el inglés los acompañaba en las excursiones campestres. El criollo no lo pasaba al gringo, ni con aceite! Habíale notado unos modales muy bruscos para con su novia, la cual era un encanto, ¡tan blanca, tan rubia, tan donosa y bien hablada! ¡Cha, si parecía una virgencita que le cuerpeaba al altar!

El inglés era un tipo vulgar; pecoso, bajo, grueso, con el cabello más colorado que corazón de sandía, y de un carácter déspota, sumamente mandón, esto lo tenía amoscado al paisano, pues no le reconocía autoridad suficiente para dar órdenes, las que él cumplía a medias.

Cuando Thief salía de paseo con su novia y los chiquilines, al llegar a algún puesto de la estancia, donde se les daba a los pequeños leche recién ordeñada, la pareja de enamorados dejaba los pebetes al cuidado del criollo, "haciéndose humo" y rumbeando hacia el monte.

Así fué como Calixto aprendió el significado de algunas palabras inglesas, entre chacotas y risas infantiles, causadas por la manera de pronunciar el paisano aquel idioma extranjero. Los chicos se empeñaban en servir de maestros a "su amigo" el chauffeur, y éste, con paciencia, algo aprendió. El ya sabía pedir besos, y decir piropos en gringo, y se los repetía a las dos mujeres socarronamente: "Pa hacerles estirar el hociquito a las duras de boca".

Entre charla y charla, Calixto supo por miss Healy que el próximo sábado, su prometido le regalaría 3000 pesos para que se aprontara para el casorio.

Llegó el deseado día, y la inglesita, que estaba más hermosa que nunca, aguardaba a su novio sentada sobre el césped de junto a la tranquera, que abría paso al camino que conducía al pueblo, de donde llegaría su amor con los flamantes billetes que sacaría para ella del Banco.

El criollo la observaba desde el pescante, y riendo, para sí, pensaba:

—¡Lo que puede la plata, caray! Dende hoy está que se derrite la gringuita, riyéndose sola, y mostrando los dientes por la rajadura e su boca, igualito que espiga de maíz maduro que ofrece su grano pa que lo coman. ¡Lindo sería darles un julepe, a estos apichonados!

Vió llegar al inglés montado en su moro, con una valijita sobre el recado, apearse, saludar a su novia, entregar el animal al mensual y reuniendo a los chicos ir hacia el auto, disponiéndose para el paseo. Ya instalados en el vehículo, dió al chauffeur orden de ir hasta el puesto de Casimiro.

Al llegar se bajaron todos del coche, y Thief colocó la valija en el cajoncito del pescante, debajo del almohadón recomendando su custodia a Calixto.

—Vaya no más tranquilo, míster, que queda en buenas manos.

Conforme se alejaron los novios en compañía de la chiquilinada, quienes iban a ver tirar al blanco, alzó el paisano el asiento, y sacando la maletita la abrió, encontrando en su interior una cartera repleta de billetes; tomóla sin titubear, y la escondió en el bolsillo interior de su uniforme, volviendo a colocar todo tal cual lo dejara el inglés.

* * *

Regresaron a la estancia, y Calixto entregó la valija a su dueño.

Al rato aquello era un hormiguero humano, todos los sirvientes gritaban a la vez acusando al chofer de ladrón. Intervino el doctor, y llamó a su presencia al criollo.

—Calixto, aquí se te acusa de ladrón; dicen que tú has robado una valija con dinero, perteneciente al señor Thief; ¿es verdad lo que se dice?

—La valija, no patrón, el dinero... pueda ser, pero quién sabe.

—¿Acaso no sabés que quien toma dinero ajeno va a la cárcel?

—Ya lo sé, patrón, pero a mi naide me pone preso por eso.

—¿Qué?

—¡Oh! Estar lindo esto, — exclamó el inglés, — decir que no ir a la cárcel un ladrón; ¡oh, oh!; él querer saber más que la justicia, indio bruto estar éste, querer saber más que nosotros que hemos cruzado el mar.

—¡Juá, juá! Por que has atravesao el charco, ¿te crís más léido que un criollo? También las valijas viajean y no dejan e ser cuero.

—¡Oh, madonna mía! — decía la mucama italiana, mientras los gallegos gritaban desesperados:

—Eu que creía que en la América eran todos honraus, mira tu que estar bajo el mismo techu de un hurtador de pesetas. ¡Alabado sea el señur!

—¡Mon dieu! ¡Mon dieu!, — exclamaba la francesa.

—¡Basta de discusiones!, — ordenó el doctor, — y vos Calixto, entrega ese dinero a las buenas, y tomas todas tus pilchas, y te retiras de mi servicio, pues yo no puedo tener en mi casa un hombre que roba.

—Permítame dos palabras, dotor: yo no le entrego ese dinero a este gringo alazán para demostrarle que por sacarle su plata yo no he de dir a la cárcel, y también le diré que él no la verá más. ¡Aura vas a saber quien es este indio!

—Mira, Calixto, no me hagas gastar saliva inútilmente, pues si no quieres obedecer, me veré obligado a llamar al comisario por teléfono, y no quiero escándalos en mi casa, ya verás que así no te irá del todo bien.

—¡Pero, patrón! ¿usté también? Güeno, pué... ¡haga lo que guste! Priecisamente, diba dir pa ayá denseguida, y ansina llamándolo aquí, me ahorro la galopeada.

Al rato llegó el comisario, criollo de ley, y una vez enterado del asunto, hizo venir a su presencia al chofer.

—¡Como e'eso Calixto! Me dicen que te has vuelto ratero, y yo siempre te he tenido por un hombre honrao.

—Ansina no más es, don, y lo sigo siendo, de no que eyos se empeñan en decir que soy un matrero.

—Pero; si asigún dice el dotor vos mesmo decís que tenís los nacionales en tu poder.

—¡También los Bancos guardan dinero ajeno, y no están en Sierra Chica; ¡qué embromar!

—Dejame de querer voltear con tus bolazos!...

—Pierda cuidao, que no tengo boleadoras.

—Entonces, desembuchá pronto, pues.

—A eso voy, pero es que no me dejan con tanta priegunta.

—Parece ser que te has volvido pájaro de cuenta...

—De cuándo acá, si me faltan las alas, y no soy tenedor de libros... Yo no niego que tengo los nacos del gringo, pero lo que yo alego es que no me ha de llevar preso por esto.

—Decime, ¿cuándo te has recibido de procurador, pa saber tan bien la lay?...

—No es eso, don; denó que como yo he robao a otro ladrón..

—¡Qué decís desgraciao!...

—No soy chico mamón, pa disgraciarme...

—Has insultao a una persona decente.

—¡No me haga reir, comesario! Si este inglés es decente, yo le doy mis cinco, a los indecentes.

—¿Pero que querís decir con todo esto?... Dejate de rodeos y hablá claro.

—Sépase don, que este inglés es un ladrón! Sí el mesmo apelativo lo está delatando, po! Ha de saber que a este gringo lo marcaron en su tierra pa ponernos sobre aviso, pero como naide conoce aquí su idioma, nos está agarrando de gansos, este "espic inglish", y gracias a los chiquilines es que yo lo he descubierto a tiempo. "Mister Thief" en inglés quiere decir "Señor Ladrón" y asigún dice el refraneo: "Aquél que roba a un ladrón tiene cien años de perdón..." Ansina que guárdeme el calabozo pa después de cumplido el centenario, señor comesario...

ELOGIO DE LA AMADA

Amada, tú eres frágil como un lirio lunado
y tu alma es un claro diamante de Golconda.
Tu eres leve, pequeña, toda pálida y blonda,
pero en el ritmo lento de tu andar ondulado
tienes toda la gracia de la hembra española,
el desmayo de un tango y el vaivén de la ola.
Tú eres bella por blanca, por pequeña, por leve
y también por risueña; pues cuando tu sonríes
tus labios se dirían dos arcos de rubíes
en torno a la corola de alguna flor de nieve.
Y así, mujer o lirio que perfumó mi fronda,
en la pupila llevas lo azul de una mañana,
y tu melena rubia como la miés lozana
te agrega un raro encanto de muñequita blonda.

Adolfo QUEVEDO

Conocimientos útiles :: *Fórmulas, procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar*

Para pegar etiquetas en aluminio. — La mayoría de las colas y gomas ordinarias no dan ninguna adherencia cuando se trata de fijar el papel sobre superficies de aluminio, porque solo se fijan a la delgada capa de aluminio que recubre siempre el metal, y se desprende muy fácilmente. Puede obviarse esta dificultad añadiendo a la cola un poco de sal de mercurio, la cual ataca al aluminio.

Se obtienen excelentes resultados, añadiendo 5 por 100 de acetado de mercurio a la cola ordinaria hecha con goma arábiga y agua.

Tinta bronceada. — Se disuelven 15 gramos de goma arábiga en unos 120 de agua, dejándolo cierto tiempo y moviéndolo y sacudiéndolo de vez en cuando para que se disuelva bien. Por otra parte, se echan en un mortero 15 gramos de polvos de cobre, buenos, y 5 de miel, y se machacan echando, poco a poco, hasta 30 gotas de alcohol corriente. La disolución se completa echando lentamente en el mortero solución gomosa. Si la tinta resultante sale demasiado espesa se aclara con agua, aunque esto no importe mucho porque esta tinta se aplica principalmente con un pincel de pelo de camello más que con pluma.

Los marcos dorados se limpian con una brocha mojada en una mixtura compuesta de 32 gramos de agua y 96 gramos de claras de huevo.

Terminada esta primera operación se les da una mano de barniz del que usan los doradores de madera, que puede adquirirse en cualquier tienda de barnices.

El dorado recobra en seguida su brillantez y puede repetir muchas veces la operación sin que el dorado sufra nada.

Para pegar el cuero al hierro, operación que se practica frecuentemente en la industria textil, da excelentes resultados la goma laca, si es posible calentar el hierro. La solución alcohólica de goma laca que se utilice al efecto, debe ser de consistencia pastosa. Aplicando una débil capa de esta substancia sobre la barra de hierro, se sujeta encima del cuero mediante una cuerda arrollada en espiral a todo lo largo y se conserva en este estado, hasta que se enfríe por completo. Para que la operación resulte más perfecta, conviene hacerla a torno.

Manchas de tinta sobre la madera. — Si las manchas son recientes se frotan con vinagre blanco (ácido acético), o más bien con ácido oxálico. Una vez que la mancha ha desaparecido, se lava con agua clara. Si las manchas son antiguas y no desaparecen con los anteriores ingredientes, se humedece la parte manchada con agua hirviendo. De seguida se echa sobre la mancha un poco de bioxalato de hierro y se frota con un trapo.

Para escribir directamente sobre el cinc puede emplearse una tinta compuesta de una parte de sulfato de cobre y otra de cloruro de calcio disueltas en 36 veces su volumen de agua.

Pasta para marcar la ropa. — 30 partes de sulfato de cobre y 30 de anilina hidroclórica se pulveriza bien por separado, se mezcla luego cuidadosamente.

Esta composición se mezcla con 5 partes de glicerina y agua suficiente para hacer una masa pastosa, espesa y uniforme que puede usarse en cualquier momento. Para usarla se emplea un estarcidor y una brochita de cerdas fuertes. Después de marcar o estarcir los artículos, se dejan por lo menos dos o tres días sin planchar, al cabo de cuyo tiempo las marcas se ponen de color verde obscuro, después de lavadas con jabón y sosa se vuelven de color negro intenso.

La pasta puede conservarse mucho tiempo. Si se seca basta mojar la brocha en un poco de agua. El color es tan resistente como el de la anilina.

Para hacer tinta de marcar basta echar en agua un poco de pasta.

Para quitar del mármol blanco las manchas de grasa que tanto lo afean, se lavan con un líquido que se hace disolviendo de 50 a 60 gramos de cloruro de cal en un litro de agua. Se aplica esta solución con un trapo suave, y luego se deja secar bien, esperando para ello una hora ú hora y media. Después se acaba de lavar con una esponja bien empapada en agua clara.

Con frecuencia sucede que la parte en que el mármol ha sido así tratado, pierde el brillo. Para devolvérselo, frótese con piedra pómez, y despuée, si fuese necesario, con trípoli muy fino, y por último, con blanco de España.

En vez del cloruro de cal puede emplearse sosa cáustica o crémor tártaro.

Cuando se tiene mucho tiempo guardadada la plata cría unas manchas negras que la afean mucho. Para quitarlas se emplean polvos de asta de ciervo mezclados con espíritu de vino en forma de pasta, con la que se cubre la superficie del objeto, dejándola secar. Cuando está seca, al día siguiente se quita con un cepillo, repitiendo el tratamiento una o dos veces si es preciso.

Los plateros cuando se les presenta plata muy sucia por haber estado mucho tiempo guardaba, emplean el hiposulfito de sosa, producto baratísimo y muy usado en un platillo con otro poco de agua, y con un trapo mojado en el líquido se frotan las manchas. Si se da la fricción con rapidez, desaparecen en seguida, y una vez quitadas, se lavan las piezas con espuma de jabón, se secan, y finalmente, se pulimentan como de costumbre.

Pintura para cuevas húmedas. — Mezclar batiéndolo bien, 93 partes de ladrillo, 7 de litargirio y cantidad suficiente de aceite de linaza.

Las dos primeras substancias hay que pulverizarlas por separado, y luego se mezclan con el aceite para obtener una especie de pasta o masa, que aplicada a las paredes, se endurece en tres o cuatro días e impide el paso a la humedad.

"SOSIAS"

Se miraron, fijamente parados el uno frente al otro, en plena calle y al mismo tiempo exclamaron:

—¡Julián!

—¡Gloria!

Y después de un momento de confusión:

—Señorita, yo no soy Julián...

—Ni yo soy Gloria, caballero...

Pero no dejaron de mirarse fijos el uno en el otro.

Ved que cuantas personas pasan por la calle, todas tienen ojos, narices, boca, brazos... y todas, en miles y miles, son, sin embargo, distintas. Alguna vez podemos encontrarnos una persona que nos recuerde a otra; pero por muy exacto que sea el parecido, siempre ha de existir un detalle, un rasgo, un gesto, que las diferencie entre sí.

El caso que me refirió mi amigo Ricardo excede a cuanto pueda imaginarse y referirse.

Pues señor..., es el caso que mi amigo Ricardo tuvo hace tiempo una novia que se llamaba Gloria, mujer muy interesante y muy inteligente, cualidades que dieron ocasión a unas relaciones sembradas de inquietantes aventuras. Aquello pasó, y un día mi amigo vió venir hacia él a su antigua novia Gloria. Notó en ella la misma emoción que sentía él — salto del corazón, recuerdo de todo lo pasado..., — y sin dudar se dirigió a ella:

—¡Gloria! — le dijo, al mismo tiempo que ella exclamaba:

—¡Julián!

Esto es, la escena que os he descrito anteriormente.

Pero, como veis, resulta que como él no se llamaba Julián, ella no se llamaba Gloria; de donde se deduce que mi amigo Ricardo debía ser el "sosias" de un tal Julián, así como esta señorita lo era de la antigua novia de mi amigo... . . . . .

Así se lo dijeron, después de haber mediado entre los dos innecesarias explicaciones, que dieron ocasión a que uno y otro continuaran hablando. . . . .

Pero como a mi amigo Ricardo le entusiasman las inesperadas aventuras, creyó ver en este hecho el principio de una de aquéllas que había de ser pródiga en gratas sorpresas...

Y hacía bien en suponerlo, porque si esta señorita se parecía a Gloria, yo que conocí a Gloria os aseguro que sería guapísima y sumamente interesante. Para que todo fuera más interesante hay una casualidad más, que yo no puedo ni debo olvidar: es que la señorita que era el "sosias" de Gloria era la homónima de Ricardo.

Todo este cúmulo de casualidades y coincidencias mezcladas con un poco de broma y chirigota por parte de mi amigo, y a las que correspondía Ricarda, dieron por resultado una amistad íntima, que terminó en noviazgo, que estuvo a punto de convertirse en matrimonio a no ser porque en el camino de las bromas surgieron unas escabrosidades en forma de celos que dieron al traste con los propósitos matrimoniales de Ricardo y de Ricarda.

Claro está que la verdadera culpa fué de mi amigo, que de la broma y el chiste pasó al romanticismo, con ribetes de tragedia de una manera rápida e inesperada.

Un día, en un bar, le dijo muy en serio, no obstante haber pianola:

—¿Sabes, Ricarda, que estoy muy enamorado de ti?

—¡Ay, qué gracioso!...

—...y dispuesto casarme!

En resumen, que de esta escena del bar salió el noviazgo, y pronto los preparativos de matrimonio; hasta que un día, en otro bar, a mi amigo se le ocurrió la idea de recordar el día que se conocieron. Y lo peor fué que él se dió en pensar, hasta que le dijo:

—Oye, Ricarda; si tú me quieres ¿no será porque me parezco a Julián?

—Y si tú me quieres a mí, ¿no será porque yo te recuerdo a Gloria?

¡Y al traste con proyectos matrimoniales, con noviazgo y hasta con la amistad!

Ahora van a casarse Ricardo y Gloria — vueltas las aguas a su antiguo cauce... — y Ricarda según me he informado, se va a casar con Julián.

Según Ricardo, sus relaciones con Ricarda fueron tan semejantes a las relaciones con Gloria, que parecían una continuación de aquéllas.

—¡Pero Dios me libre — me dice — referirle mi aventura a Gloria! Se sentiría celosa, como me lo sentí yo, y todo terminaría... A mí, sin embargo, me parece que no he roto nunca las relaciones con Gloria...

J. TELLEZ de MENESES.

Notas cinematográficas

"Zar y poeta", la nueva extraordinaria de Solá Film.—

La conocida alquiladora Solá Film, que con tanta suerte se inició en sus actividades cinematográficas, con la presentación de la película "La Madre", que llenó todos los salones donde fué exhibida, prepara su segundo estreno de la actual temporada con la super-producción rusa "Zar y poeta", de la que nos llegan inmejorables referencias.

En efecto; esta notable producción editada por los Soviets mereció de los colegas extranjeros elogiosos comentarios que demuestran el agrado con que se presenció la proyección de este excepcional film.

"Zar y poeta" será estrenada en Buenos Aires, en los cines Empire Theatre, Petit Splandid y Callao el 4 del mes próximo.

"Zar y poeta" fué realizada bajo la super visión de Chervickof cuya técnica sorprendió hasta a los más entendidos.

La acción de este film, obra maestra de la cinematografía rusa moderna, se desarrolla en San Petersburgo en los años 1836 y 1837 bajo el reinado del zar Nicolás I.

Como es sabido, este emperador de todas las Rusias se distinguió por el lujo y la fastuosidad de su corte, que reproducía la vida galante de los reyes de Francia.

Alejandro Puckin, el más grande de los poetas rusos de la época, a pesar de ser noble, aborrecía a las castas privilegiadas y en más de una ocasión los satirizó en sus magníficos versos, mereciendo por dos veces el destierro a Besarabia y a Pskof.

Repatriado por el zar Nicolás, que simpatizaba con el poeta, entró a formar parte de la vida cortesana e intelectual de Tzarskoie-Seló (aldea real), donde de pronto fué víctima de las murmuraciones de la gente frívola por la belleza extraordinaria de su esposa Natalia Nicolaievna.

Primaba entonces en la corte de Nicolás, un joven holandés llamado Jorge Dantes, barón de Gekern, que era oficial de la guardia Imperial, y que por su arrogancia y por su fama de conquistador se había constituído en el tenorio ruso de la época.

Invitado Puckin a una fiesta en los jardines de Petergof, que era la residencia veraniega de los zares, observó con dolor que el pedante Dantes cortejaba descaradamente a su esposa. Pudo contenerse sin embargo, y para consolarse fuese a su casa solariega de la aldea natal. De regreso a su hogar comprobó que su esposa observaba con cierta simpatía al teniente Dantes, que pasaba por su casa con otros oficiales, naciendo en su espíritu, por primera vez los celos.

Un malvado anónimo, en el que se aludía a su esposa, aumentó esos celos: y el mismo día el poeta arrojaba violentamente de su casa a Jorge Dantes que iba a visitarlo.

Este incidente provocó el desafío de ambos hombres, pero el teniente Dantes, a quien no le convenía el duelo, para desarmar a su adversario, le hizo el amor a su cuñada Catalina, hermana de Natalia, pretendiendo de este modo calmar su furor y justificar su conducta.

Pero en un baile de máscaras del palacio, el poeta que vió a Dantes andar cortejando a otras mujeres, quiso convencer a su cuñada, de que aquel hombre no la quería, y para ello la condujo hasta el sitio en que el teniente estaba abrazando a una enmascarada. Catalina loca de celos, fué hasta la máscara y le arrancó el antifáz... Y entonces Puckin vió con el dolor consiguiente que aquella mujer era su propia esposa Natalia.

El duelo no pudo ya evitarse, y pocos días después se realizaba en los jardines de invierno de Tzarskoie-Seló, cayendo ambos adversarios gravemente heridos.

Algunos días más tarde, el poeta Puckin, fallecía en su hogar, rodeado de sus hijitos, por sus amigos y por la admiración de su pueblo, consolado en sus últimos momentos por el propio Zar. Al morir, sus últimas palabras son dedicadas a su patria: "Rusia, dice, sé libre".

Este film, rigurosamente histórico, ha sido realizado con la propiedad que merecía el asunto, el héroe y la época, siendo a la vez, un reflejo exacto y magnífico de la fastuosa corte de Nicolás.

A LAS ALMAS

Para FRAY MOCHO

Triunfar o no triunfar, que nos importa
si al fin nos moriremos algún día,
pobres o ricos en la tumba fría,
nos hemos de encontrar, la vida es corta

La vida es corta, sí, triste destino
del ser que nace, vive y después muere
blasfemando cual lúgubre asesino
o rezando tranquilo un miserere.

Así el adolescente o el anciano
todos aquellos que en el mundo están
recuerden que algún día no lejano
en la tumba sus cuerpos se hallarán.

Ernesto P. BUSTAMANTE

"La sirena de los trópicos", con Josefina Baker de Protagonista. — Selección Golpe Film prepara para fines del corriente mes el estreno de la película "La sirena de los trópicos", primer y único film de la famosa bailarina negra Josefina Baker, llamada la Venus Negra.

Conocido es el episodio trágico ocurrido hace varios meses en Viena. La noticia escueta fué transmitida por el cable, con su laconismo habitual, pero elocuente, a todo el mundo. Decía:

"El cantante de cabaret, Franz Gaber, se suicidó de un balazo. Los diarios dan a entender que Gaber estaba enamorado de la célebre bailarina negra Josefina Baker, y que esta no le correspondía siendo esta la causa del suicidio.

"Josefina Baker que se encontraba dentro del Pabellón ante el cual Gaber se disparó el balazo, acudió a socorrerlo, junto con otras personas, pero ya era demasiado tarde. El cantante falleció poco después."

Indudablemente que la célebre bailarina, que tiene acaparada la atención de todo París, nada tiene que ver con las mórbidas inclinaciones de tales enamorados. Si éstas "estrellas", de la danza y de la cinematografía tuviesen que atender a todos sus enamorados para que no se mataran no les bastaría varias vidas a lo Matusalen.

Ahora cabe preguntar, ante el inminente estreno de "La sirena de los trópicos" si la aparición de Josefina Baker en la pantalla de los cines bonaerenses no producirá entre el público porteño tales efectos...

Nota interesante de actualidades Glucksmann.—Pocas horas después que se embarcaron para Asunción del Paraguay los cadetes militares y navales argentinos que van a asistir a la transmisión del mando presidencial de la nación hermana, Actualidades Glucksmann ofreció en los salones Grand Splendid, Palace Theatre y Teatro General Belgrano una nota gráfica amplia y técnicamente perfecta de esa interesante actualidad local, la que fué recibida con evidente satisfacción por el público.

"Actualidades Glucksmann" demuestra con éxitos de esta naturaleza que implican un verdadero esfuerzo, su excelente organización y la bondad de sus elementos técnicos.

Con el objeto de dar una información gráfica completa de las fiestas a celebrarse en Asunción con motivo de la transmisión del mando Actualidades Glucksmann ha enviado varios de sus operadores al vecino país.

Virginia Valli, con la Tiffany Stahl. — Virginia Valli, la célebre estrella de la Fox, cuya última producción "Titania", se va a estrenar en ésta, acaba de separarse de esa productora para unirse al conjunto ya célebre de artistas que trabajan en los estudios de la Tiffany Stahl.

La primera película en la que trabajará esta estrella será "El arco iris", se desarrollará en el territorio de Nevada, aprovechando los extensos desiertos que existen allí.

Exhibición privada del Phonofilm. — El estudio de películas parlantes que la Corporación Argentina Americana de Films posee, se encuentra en este momento desarrollando una actividad poco vista, pues el propósito de esta compañía es dar una exhibición privada en el teatro "Grand Palais", para demostrar a los señores exhibidores y a la prensa en general, el progreso que se ha alcanzado en la filmación de películas con temas y artistas argentinos.

El director Heffron trabajará con la Tiffany. — El director Tomás Heffren, uno de los mejores de la cinematografía norteamericana y que ha dirigido estrellas de la magnitud de John Barrymore, Betty Compson, John Gilbert, Alma Rubens y otros, trabajará en lo sucesivo con la productora Tiffany Stahl.

Una película misteriosa. — Las películas de carácter misterioso siempre han tenido una aceptación muy grande por parte del público y principalmente en los países latinos como el nuestro.

La Tiffany Stahl, ha resuelto, por lo tanto, adquirir la historia escrita por Harry Braxton, titulada "Tres llaves para una puerta", debiendo ser el protagonista principal, el muy conocido y estimado artista del público porteño, Ricardo Cortez.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — BUENOS AIRES

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U.T. 0428, B. Orden.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el Exterior	
Trimestre	. $ 2.50	Trimestre	. $ 3.00	Trimestre	$ oro 2.00
Semestre	. „ 5.00	Semestre	. „ 6.00	Semestre	„ oro 4.00
Año	. „ 9.00	Año	. „ 11.00	Año	„ oro 8.00
N.o suelto	. „ 0.20	N.o suelto	. „ 0.25		
N.o atrasado	„ 0.40	N.o atrasado	„ 0.50		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

N.o 30 — CHARADA

—Ya te he dicho que no quiero que tengas *Primera Tercera* alguno con *Primera Segunda*. Es un marrullero.
—¡Pobre chica! Es un *Tercera Primera*.
—Pues nada, lo dicho, y no me vengas con *Todos*.

N.o 31 — COMPRIMIDA

K : R

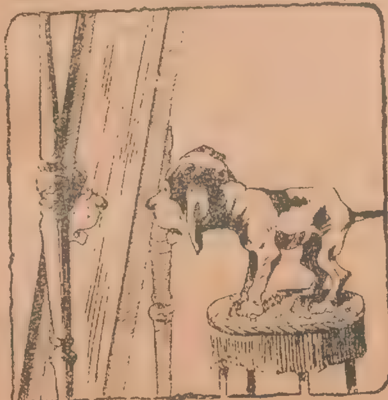
N.o 32 — ADIVINANZA

Para andar sirvo, y correr,
sin mí, ninguno pudiera:
me muestra el hombre doquiera.
y me esconde la mujer.
En los ricos, me has de ver,
vestida de seda fina:
tengo barriga y espina,
mas no brazos ni cabeza,
siendo mi fin una pieza
con que la gente conmina.

N.o 33 — JEROGLIFICO

DR 151 IL

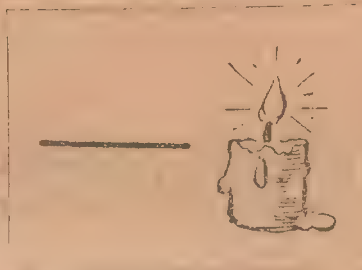
N.o 34 — FRASE HECHA



N.o 35 — COMPRIMIDO

MUUIKCLAAIK

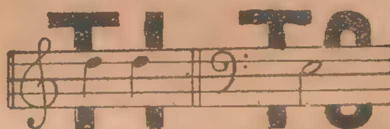
N.o 36 — JEROGLIFICO



N.o 37 — CHARADA

—Te voy a dar una *Primera cuarta*.
—¿Por qué?
—Ayer te *Primera Segunda* esto, y ya está como antes de haberlo *Primera Segunda Tercera*.
—Eso prueba que eres muy mala *Todo*.

N.o 38 — JEROGLIFICO



N.o 39 — TARJETA

ODRES - RIEL - LODO

Con las letras que forman esta tarjeta, formar el nombre y apellido de una famosa estrella del cine.

SOLUCIONES DEL NÚMERO ANTERIOR

N.o 20—Máquina.
,, 21—Epidemia.
,, 22—Dominó.
,, 23—Amoratado.
,, 24—La higuera.
,, 25—Areópago.
,, 26—No te pasés al patio que me vas a pisar los pollos.
,, 27—Etna-gigante.
,, 28—Entretelones.
,, 29—Adolfo Menjou.

LA CARICATURA

Su fundamento e historia

La caricatura se ha definido como una sátira pictórica, pero tal definición es incompleta, porque la caricatura participa de la sátira y del género burlesco y de la comedia. Como sátira, hiere despiadadamente a los que cree culpables; como obra burlesca, se vale de formas ingeniosas con que zaherir; como comedia, solaza al espectador, a costa de los personajes a quienes fustiga.

El fundamento de la caricatura está en l a propensión a poner de relieve los defectos de las gentes y a que del conocimiento de estos defectos se obtenga una enseñanza, un motivo de corrección.

Desde los tiempos primitivos se viene empleando la caricatura para fustigar el vicio, y los asirios, los egipcios, los griegos y los romanos la cultivaron con éxito. Los griegos hicieron sujeto de ella hasta a las mismas divinidades, y se cuenta que Ctediloco, discípulo de Apeles, se hizo famoso por un cuadro burlesco, en que se representaba a Júpiter dando a luz a Baco, con una mitra en la cabeza y dando gritos como una parturienta. Rodeaban al dios los dieses que hacían de parteras.

Los romanos sobresalieron en el género grotesco, y Cicerón, al hablar de las imágenes que provocan risa, nos dice: "Tales imágenes son risibles porque, generalmente, suscitan, con la deformidad física que ponen de manifiesto, la idea de otro objeto aun más deforme". Plinio dice que Antifilio, un pintor no muy notable, trazó un hombre de formas grotescas a quien dió el nombre de "Grillus" (que en griego equivale a marrano), y con este nombre se designaron, en lo sucesivo, las pinturas extravagantes y ridículas. Calades y Ludio sobresalieron en los asuntos grotescos.

En las excavaciones de Pompeya se encontró una pintura burlesca que representa a Eneas y Anquises huyendo del sitio de Troya. Aparece el héroe corriendo con su padre a cuestas, y lleva de la mano al niño Ascanio. Los tres personajes llevan cabezas de perro.

Los manuscritos y miniaturas de la Edad Media contienen también caricaturas admirables, llenas de intención, y puede decirse que en esta época alcanza gran desarrollo. Caricatura puede encontrarse en la "Danza de la muerte", en las esculturas y relieves grotescos que exornaban la grandeza de los templos, en las gárgolas... Se servían de animales para ridiculizar, con sus actitudes, los vicios y flaquezas de los hombres.

Después del Renacimiento, la caricatura se transformó y los pintores de nota no desdeñaron valerse de ella en sus intentos. Nadie estaba exento: papas, emperadores, magnates, de ser puestos en ridículo por el lápiz o el pincel de Leonardo de Vinci y Aníbal Carracci sobresalieron por la fuerza con que supieron hermanar lo burlesco del asunto con la perfección de la ejecución.

Pronto la caricatura había de cultivarse también en los países del Norte, y Holbein trazó unas ingeniosas caricaturas para ilustrar el "Elogio de la locura", de Erasmo. En Francia, Rabelais, según el testimonio más autorizado, fué el inspirador de los "Sueños estrafalarios", colección de grabados satíricos alusivos a la Reforma y a la Liga Callot; en el siglo XVII fué el más hábil de los caricaturistas y creó tipos admirables, llenos de gracia. Posteriormente se siguió cultivando, y Richelieu, Luis XIV, las favoritas Pompadour y Dubarry, la reina María Antonieta y otros personajes de provieron sus siluetas esbozadas con aviesa intención casi siempre. País fué Francia donde la caricatura llegó a un alto grado de perfección y en donde mayor número de artistas la cultivaron.

Síguele en importancia Inglaterra, país de hábiles caricaturistas, Hogarth, verdadero maestro en el género, marcó el sello de su desprecio por las costumbres sociales y políticas de su tiempo, con estampas que tienen gran valor.

El humorismo inglés contribuyó al enorme desarrollo de la caricatura inglesa, de la cual son testimonio las admirables colecciones de los veristas humorísticos del país.

En el siglo XIX la caricatura recobró auge en Alemania, en particular en Prusia. Guillermo Kaulbach, fué uno de los que más se distinguieron, y su célebre ilustración del "Romance del zorro" fué la piedra de toque para avivar el entusiasmo de los dibujantes por el cultivo de la caricatura.

España tiene la gloria de contar con un caricaturista del fuste de D. Francisco de Goya, que con tan certero dominio pintó la vida real en los calamitosos tiempos de Carlos IV y de su hijo "el rey manolo".

En sus famosos "Caprichos", se mezcla la sátira con l a fantasía para forjar un mundo alucinador, cuyos comentarios sangran.

Actualmente la caricatura ha alcanzado un desarrollo enorme en todos los países, los cuales cuentan con artistas admirables, qu e han conseguido colocar la caricatura a una altura envidiable.

PAPEL Y TINTA

"Historia de la civilización peruana", por R. Cúneo Vidal.

El ilustre autor de las obras *Vida del conquistador del Perú, don Francisco Pizarro*, y de la *Historia de las guerras de los últimos incas peruanos*, acaba de dar a la publicidad otro nuevo libro, cuyo título encabeza estas líneas.

Constituye esta nueva obra, la primera parte de una trilogía (la de la conquista del Perú), en la cual se verán descritos los años y edades que precedieron a dicha conquista, centralizados en sus incas, y la conquista misma, centralizada en la persona de Francisco Pizarro, y por último, los 37 años posteriores a aquélla, centralizados en las guerras sostenidas por Manco II, Sairy Tupac, Tito Cussi Yupanqui y Tupac Amarú contra la dominación española.

Dentro del programa narrativo y crítico que aquello presupone, se contrae a exponer el proceso de formación, consolidación y final cultura, que hicieron del país de los incas el "estado" soberano y próspero que Pizarro tuvo delante de sí al pisar su suelo, personero de una civilización superior, que forzosamente había de sobreponérsele.

En sus capítulos el lector tendrá delante de sí, analizado en sus menores resortes, aquel Perú que el futuro marqués tuvo, como está dicho, delante de sí, en 1532, y que debió aquilatar su mente, de permitírselo sus empresas.

Encabeza esta obra un "ensayo de determinación" de la "ley" que intervino en la traslación de Oriente a Occidente, de una fórmula de civilización que, embrional en la extremidad oriental del continente americano, y progredida en etapas sucesivas, tomó el nombre de civilización de Tiahuanaco, al instalarse al cabo, de acaso un milenio, en la altiplanicie de los Andes, cabe la laguna maternal de Titicaca, para tomar, al cabo de dos etapas sucesivas, los nombres de civilización de Hattun Colla y civilización de Cuzco.

Esta importantísima obra que recaba de su autor el justo renombre de historiador ilustre, ha sido editada, como las anteriores del mismo autor, con todo esmero, por la Casa Maucci, con varios grabados y cubierta artística de Gastón Pujol.

X.

"Como se forma una inteligencia", por el doctor Toulouse.

Entre los muchos libros que se han publicado tratando este importante tema, ninguno nos ha complacido tanto como el del Dr. Toulouse. Obra eminentemente práctica, de fácil comprensión, guía infalible de orientación en el desarrollo intelectual, es sumamente útil a todos y a cada uno cualquiera que sea su grado de ilustración y su posición social.

Pocas obras como ésta, en efecto, tan llamadas a figurar en todas las bibliotecas de los que compran libros para leerlos y aprovecharse de sus enseñanzas; pocas asimismo que puedan ser a la vez útiles al pedagogo, al médico, al padre de familia, rico o pobre, privilegiado o desheredado.

El Dr. Toulouse, cuya reputación nos excusa de todo elogio, ha estado feliz en extremo al realizar su tarea de vulgarización. Obra escrita por un médico eminente, que se inspira por completo en las orientaciones modernas. *Cómo se forma una inteligencia*, da reglas para hacer, ante todo, del hombre, un ser robusto, fuerte, bueno, sociable y altruísta.

Esta obra interesa a todos, cualesquiera que sean sus ideas, muy particularmente al maestro, y en general, a cuantos se dedican al cultivo de la inteligencia y a la formación del carácter.

Este libro forma un elegante volumen de clara impresión, y lleva en la cubierta una artística composición gráfica.

X.

"La senda del Palmero", por Jorge Max Rohde. — Librería "La Facultad", de J. Roldán y Cía., 1928.

Pretendo reflejar en las presentes páginas — dice su autor, el señor Rohde, en la "Advertencia" con que se inicia "La senda del Palmero", — no sólo a ciudades, mares, ríos, lagos, montañas, testigos de la vida y la pasión de Jesús, sino también a la Sombra que llenó de luz las sendas de Judea y Egipto, de Samaria y Galilea.

Como puede colegirse, este libro refleja las impresiones que el autor recogiera en su reciente viaje por la Palestina. El talento, la fina observación, hermanados, han hecho un libro altamente interesante, que dejará bien sentada la autoridad del señor Rohde como literato de positivos valores.

Jorge Max Rohde, es de esos escritores activos, trabajadores, que realizan conscientemente su labor basada en una cultura amplia y perfectamente orientada. Mas; él no busca resonantes campañas ni pretende emular a otros literatos: sigue su labor, tenaz, dejando pruebas fehacientes de lo que ésta vale, intrínsecamente.

En suma, estos catorce capítulos que integran el volumen que comentamos, no dudamos han de ser gustados y leídos con provecho por nuestros lectores, a quienes recomendamos la obra.

"SEIS ENSAYOS" (En busca de nuestra expresión), por Pedro Enriquez Ureña. Editorial "Babel", 1928.

He aquí un libro por demás interesante y novedoso.

Interesante, porque sus capítulos se leen con fruición, y, más que esto, porque a través de su lectura descubrimos una honda cultura, de la que, a vuelta de páginas y páginas, nuestro espíritu zahorí no tarde en ponerse a tono con la del autor, siguiendo así en feliz connubio hasta el final de sus nutridos y substanciosos estudios.

Y novedoso, porque en ellos se advierte un sano espíritu crítico para valorar lo que hasta aquí habíamos hecho en materia literaria. Esto le da pie al señor Enriquez Ureña, para aguzar el ingenio, y, con la preparación que le es característica, para extenderse hacia el origen de nuestro pasado literario y presagiar lo que aún nos reserva el porvenir.

Así por ejemplo, en el capítulo "Orientaciones", agrupa estos tres subtítulos, que definen de por sí a una obra: "El descontento y la promesa: en busca de nuestra expresión", "Camino de nuestra historia literaria" y "Hacia el nuevo teatro". Luego, en "Figuras", se refiere a las obras de "Don Juan Ruíz de Alarcón", "Enrique González Martínez" y "Alfonso Reyes", en amables acotaciones.

Completan este volumen, "Dos apuntes Argentinos" y "Panorama de la otra América", también de sumo interés. Por ello, creemos, que "Seis ensayos", de Pedro Enriquez Ureña, es un libro meduloso, bien construído y mejor pensado.

José MAURICIO PEIXOTO

EL TRABAJO

El trabajo es ley divina; es ley de la naturaleza; es la ley del alma humana.

Porque el alma necesita actividad como el cuerpo nutrición.

El aburrimiento, esa enfermedad moral, esa tisis de la voluntad, es la consecuencia y el castigo del ocio.

El trabajo es una necesidad; es una medicina.

Ni sabias leyes, ni arraigadas costumbres pueden consagrar el derecho al ocio, que la sapiencia llamó padre de los vicios.

Nadie puede estar dispensado de la condición impuesta al hombre para salvarlo de sus peores instintos y para fortificar sus instintos mejores.

El trabajo es la oración laboriosa.

El trabajo es la penitencia fecunda.

Sin trabajo el hombre gasta las riquezas ajenas, y gasta su alma.

La vida más ocupada es la menos infeliz.

César CORRENTI

TEATROS

"MI CRIADO Y YO", EN LA COMEDIA

No siempre los autores confeccionan una comedia buscando desarrollar un argumento previamente imaginado. A veces, desenvuelven escenas y más escenas, persiguiendo un argumento. Esto, que al pronto parecerá paradógico, se observa en muchas piezas de teatro.

El celebrado autor italiano Alejandro Varaldo ideó un personaje y en torno de él quiso construir una pieza que tituló "Mi criado y yo", posiblemente, sin plan alguno.

Hugo, protagonista de la obra estrenada por la compañía Rivera-De Rosas-Franco, es un profesor de filosofía, más que un profesor, un filósofo, que ha caído en la cuenta de que en el mundo todos sirven, y, en consecuencia, prefiere meterse de criado antes que buscar otro medio de vida. Esto, aceptable en un filósofo, le servirá para hacer experiencias con su amo, quien se trocará en criado, filosóficamente hablando, en tanto que Hugo será el amo, también del punto de vista, filosófico, parece ser el pensamiento guía de la comedia y a lo largo de sus tres actos, harto diluídos, se realiza en parte la finalidad del autor.

Hugo, detrás de su apariencia de sirviente, desarrolla y hace efectivo su propósito. Después de seducir a la institutriz de la hermana de su amo, conquista las simpatías de la chicuela alocada e inexperta que es ésta última, dándole enseñanzas de vida y de comercio social, y cuando advierte que el matrimonio de su patrón quiebra su tranquilidad, resuelve abandonar su puesto de sirviente, precisamente, cuando iba a ser despedido.

La influencia de Hugo en el hogar donde sirve es decisiva en muchos momentos; pero, en realidad, el personaje carece de toda verosimilitud y aún acrecienta la inverosimilitud de la comedia, que no es más que una larga conversación, a veces elegante y otras veces sin mérito.

Las desquisiciones dialécticas de Hugo levantan en algunos momentos el interés de las escenas, pero no contribuyen mayormente a otra cosa. Una pieza sin acción es harto difícil que mantenga la atención del público, y ésta no es una excepción. Algunas frases irónicas, tal cual episodio y nada más, puede encontrarse en esta producción que el conjunto de la Comedia interpretó discretamente, sobre todo, Eva Franco. De Rosas y Belluci, a cargo de los papeles de mayor responsabilidad.

PARRA ESTRENO

El popular bufo debió estrenar el viernes la nueva producción de Hicken "El harem de don Florencio", a la que aludiremos en otra edición.

"GOMINA Y JAZZ-BAND", EN EL COMICO

Desde que llegaron a nuestras playas las producciones de Pirandello, nótase en algunos de nuestros autores una empeñosa inquietud renovadora, aunque, desgraciadamente, a lo menos por ahora, está en la mayor parte de los casos limitada a las formas externas y afecta poco al contenido ideológico de las obras.

Bienvenida sea toda renovación, que no hemos de desconocer su eficacia en la labor artística, pero sí hemos de repetir una vez más que con ello solamente no se hace teatro moderno, ni mucho menos, buen teatro. Renovemos la estructura de las piezas quitándoles aquella rigidez artificiosa del teatro clasico y llevemos a la escena un soplo de vida y de realidad, más ello poco será si el contenido no responde en esencia también con valores positivos.

No se refieren estas consideraciones exclusivamente a la pieza del epígrafe, sino en general a una buena parte del teatro contemporáneo nacional y extranjero, del cual sólo pueden sacarse muy pocas obras que resistan la comparación con las de los buenos autores que aún no se han decidido a entrar por los cauces nuevos.

La pieza de Saldías viene a sostener la tesis de que muchas mujeres que no parecen honestas lo son y otras que lo aparentan están muy lejos de serlo. Para ello nos presenta a una muchacha tocada de todas las libertades y todas las extravagancias modernas, pero que en el momento decisivo sabe defenderse contra un ataque a su pudor mientras la madre, dama aparentemente virtuosa, es desde hace tiempo la amante del hombre que no ha podido seducir a la hija.

La pieza está dividida en cinco cuadros y al final de cada uno de ellos, un personaje que representa al autor, comenta lo ocurrido. Merced a ello, se logra explicar más claramente el pensamiento del autor.

La pieza interesa, aunque no convence, pero constituye un meritorio esfuerzo por llevar a nuestra escena los problemas del momento, con altura de intención, que ya es bastante.

Mucho hizo la interpretación por el buen éxito que tuvo la obra, sobresaliendo Mercedes Delgado en su importante papel; Berta Gangloff y los actores Arata, Bouhier, Arias y Varela.

EL CARTEL DEL NACIONAL

La pieza de Eduardo Trongé "Munsolino" es un sainete sin pretensiones en el que vemos a viejos amigos del género que viven su vida teatral efímera y humilde, logrando el aplauso amable del público.

Con gran éxito fué reprisado el poema de Yamandú Rodríguez titulado "El matrero", y se anunciaba para muy en breve la reposición de "Giácomo", de Armando Discépolo, reducida a un acto expresamente para esta compañía.

"300"

Esta cantidad, que sería buena como terminación de un número premiado o como dividendo de una carrera hípica, no es mala tampoco como cifra de representaciones de un sainete. No hay que decir que el afortunado autor es Vacarezza, pero consignemos que se trata de "El teniente Peñaloza", para evitar confusiones. El teatro Smart tiene con esa pieza y con "Nos cayó de arriba un cura" material suficiente para que Ruggero entretenga al público.

"DAMA PERFECTA FRANQUEZA", EN EL ATENEO

Una obra escrita exclusivamente para Pierina Dealessi, adolecerá, necesariamente de todos los defectos inherentes a las piezas destinadas al lucimiento de un actor, pero en el caso de Pierina Dealessi media la circunstancia de que su labor es siempre tan interesante, tan meritoria, tan notable, que aunque una obra no esté escrita para ella lo parece, con lo que el defecto capital queda disimulado bajo la meritoria labor de interpretación. El pabellón cubre la mercancía.

Por esto gustó la pieza de Mertens y De las Llanderas, agradeciendo el público que los autores dieran a la simpática actriz un papel tan preponderante, porque así triunfó la risa sin tasa desde las primeras escenas hasta el final de la obra. Zárate completó muy eficazmente la labor de Pierina y los demás llenaron cumplidamente su cometido.

DEL DICHO AL HECHO

El señor Julio C. Traversa es, sin duda, un experto hombre de teatro. La escena no tiene secretos para él, ni tampoco la boletería ni los camarines. Cualquier asunto más o menos teatral, por sencillo o lioso que sea, no puede tomarle de sorpresa. Cualquier situación dramática o grotesca, no le es nunca ajena por completo. Repetimos que el señor Traversa es un gran conocedor del teatro. Pero entre conocer el teatro y hacer teatro, hay la misma diferencia que entre conocer a los hijos de una señora y tener hijos con ella. Esta pequeña diferencia no ha sido tomada en cuenta por muchos (entre ellos el señor Traversa), y de ahí las lamentables equivocaciones en que con frecuencia se incurre. La nómina de estas equivocaciones sería interminable por lo que nos limitaremos a mencionar una de ellas "Gaetano Cantalamesa", que es la última.

Suerte que la interpretación del papel más importante está a cargo de Casaux, lo que significa una labor interpretativa admirable que da interés a la representación.

EN EL POLITEAMA

La compañía italiana de opereta que acaudilla Siddivó continúa gustando mucho al público, tanto por el mérito de sus componentes como por la variedad y selección del repertorio. Entre los últimos éxitos cabe citar la pieza titulada "Citta Rosa", de Lombardo y Ranzato.

NUEVO BATACLAN

Las compañías bataclánicas suelen coquetear con la fecha del debut, fijándola para un día y luego aplazándolo para otro, lo mismo que las mujeres en ciertos episodios de amor... Por eso no nos animamos a afirmar que el día 22 se presentó la compañía de revistas de Antonio de Bassi en el Ateneo, a pesar de las seguridades que nos dieron... En caso de haber ocurrido, el público se habrá puesto en contacto con "El mundo en broma", revista de Botta (devota del desnudo, probablemente) y con el gentil batallón de chicas del elenco, constituído así:

Primeras tiples: Lucy y Carmen Olmedo; primera tiple cómica, Pura Feijoo; bailarina fantasista, Lena Sirkoska; actores: Tito Lusiardo, Vicente Forastieri y Felipe Chiarello; barítono, Gerardo Ferrer chansonier, Carlos Casaravilla; otros actores: José Mármol y Carlos Ruíz; malambista, José Roldán Villa; bailarín fantasista, Harry Sinmons; segundas tiples y bailarinas: Perla Mary, Dora Martínez, Carmen Martínez, Yolanda Dufour, Dora Maidana Sáenz Elisa, Carmen y Marina Mármol, Celia Olivera, Lady Clayton, Dora González, Victoria Moreno, Femi Alvarez Lydia Fernández ,María N. Fernández, Carmen Rivas y Haydée Delys.

Este grito lírico es exclusivo de los pacíficos vecinos del Marconi, — el ex baluarte de Miguelito Gea, — que en su reconocido afán de escuchar del "bel canto", apenas ganan la sala piden que la orquesta del maestro Emilio Cappizzano rompa en los acordes inaugurales de la opera del cartel. En verdad que el elenco que allí ha sentado sus reales, sin ser nada del otro mundo, permite satisfacer los deseos de oír a Verdi sin protestar de los cantantes. Se explica, pues, que a las funciones acuda gente en abundancia.

GRAND SPLENDID

Esta regia sala que administra el señor Carmelo E. Carbone, continúa siendo el punto de cita de la aristocracia porteña, que la ha erigido en su preferida. Respondiendo a esta cirnustancia, la empresa prepara diariamente carteles de gran valor artístico y ofrece novedades de las más sobresalientes en el momento cinmatográfico, dando verdaderas notas de ar. te con las películas.

GLORIA

Mucho público acude a las funciones de este cine, que está a cargo del señor Marcos Sánchez, prestigioso cinematografista y persona muy estimada. Variando el cartel, se ofrecerán en esta semana admirables cintas de las marcas más acreditadas.

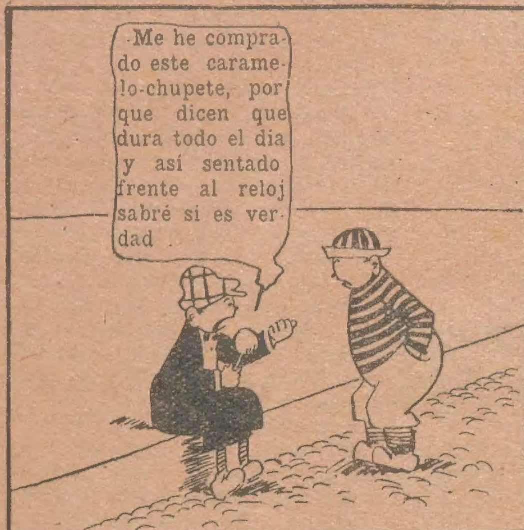
CAPITOL

Después de mantener muchos días "Alas" en las carteleras, este bonito cine brindó a su público, que es siempre numeroso y selecto, las películas "Llamadas de amor", Por Mary Philbin, y "El loco Bill, por Buster Keaton, dos producciones de gran relieve que atrajeron numerosas familias a la sala. Se preparan interesantes novedades para en breve.

PARC

Hemos visto desfilar durante la semana pasada las mejores familias de las circunscripciones de Las Heras y Palermo, entre las cuales está ubicado este bello cine, bajo el acicate de los carteles que eran muy atrayentes. Lo mismo sucederá, sin duda, en la corriente semana.

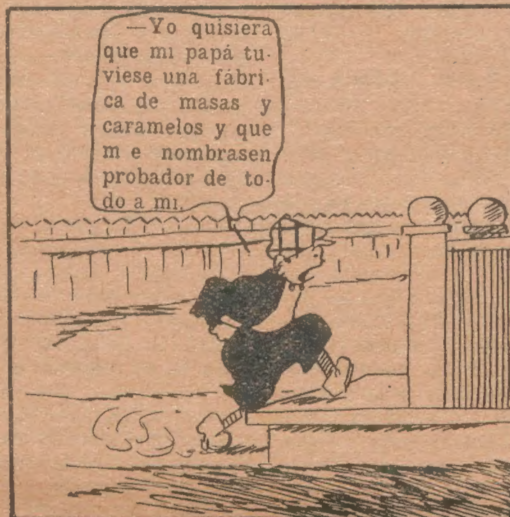
AVENTURAS DE PIPIRI











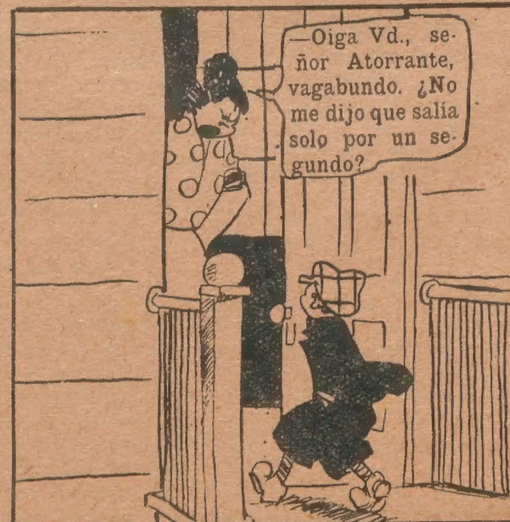














Hoteles y Casinos Municipales de Montevideo

Hotel Carrasco y casino municipal

El más suntuoso de América y la playa más hermosa del Atlántico.

TEATRO AL AIRE LIBRE
GARDEN PARTYS
PLAZA DE DEPORTES
CASINO
EXPOSICION DE FLORES
CONCURSO DE FOTOGRAFIAS
CANCHA DE GOLF

Parque Hotel y casino municipal

Por su moderna, cómoda y lujosa construcción, por su espléndida situación en la misma ciudad y junto a la playa Ramírez y gran Parque Rodó, por su servicio insuperable y por constituir el centro de las grandes fiestas sociales, el Parque Hotel es el preferido por las familias argentinas. Cocina y Bodega de primerísimo orden, servicio permanente de automóviles y autobuses para todas direcciones. Teléfono, Correo y Telégrafo directo con Buenos Aires, Rosario Argentino y Colonia.

Durante la temporada se realizan los más grandes Vegliones, bailes sociales y de Carnaval, bailes infantiles, conciertos, etc.

Dejeuner y Diner Concert todos los días.

Gran terraza de bailes con orquestas típica y americana permanentes.

Hermosos jardines rodean al Hotel con espléndidas canchas de Tennis.

Entre los dos Hoteles y las playas, un servicio de autobuses de lujo, efectúa, viajes exclusivamente para los pasajeros de dichos hoteles.



VISTA PARCIAL DE LA PLAYA Y HOTEL CASINO DE CARRASCO, OBTENIDA DESDE UN AEROPLANO.

El moblaje de este grandioso establecimiento ha sido instalado por las importantes firmas: Nordiska Kompaniet y Thompson Muebles Lda.

Fiestas y Atracciones

QUE OFRECERA EL HOTEL CARRASCO DURANTE LA TEMPORADA

CARRERAS DE CABALLOS
CONCURSO DE EQUITACION
CARRERAS DE AUTOMOVILES
CAMPEONATO DE TIRO
CAMPEONATO DE AVIACION
RAID DE NAVEGACION PARA YACHTS Y LANCHAS AUTOMOVILES
CAMPEONATO DE LAWN TENNIS
TORNEO DE BRIDGE
CONCURSO DE BAILE
BAILE DE MASCARAS Y DE ESTILO
BAILE INFANTIL
BATALLAS DE FLORES
CONCIERTOS
MATINEES DE BIOGRAFO PARA NIÑOS



EL PARQUE HOTEL Y EL CASINO MUNICIPAL DE LA PLAYA RAMIREZ. — FOTOGRAFIA TOMADA DESDE UN AEROPLANO.



A. García y Cía., Perú 1746